

MOSHE SHARETT

ISRAEL  
ANTE LAS  
NACIONES

---

ACERVO CULTURAL / EDITORES

Queda hecho el depósito que previene  
la ley 11.723

Copyright by ACERVO CULTURAL / EDITORES  
Buenos Aires

3

---

---

## LA BANDERA DE ISRAEL EN LAS NACIONES UNIDAS

Palabras pronunciadas al izarse en las  
Naciones Unidas la bandera de Israel, el  
12 de mayo de 1949.

*Esta Estrella de David, que hemos llevado con nosotros durante los millares de años de nuestro exilio, dispersión y martirio; esta Estrella de David, que fuera usada por nuestros opresores como distintivo de vergüenza; esta Estrella de David, que señaló nuestro Norte en todas nuestras peregrinaciones; esta bandera blanca y celeste que hemos llevado con nosotros durante las desventuras y tribulaciones que sufrimos en la tierra de Israel; que acompañó a nuestros pioneros cuando abrieron nuevas brechas en el desierto; que fué enarbolada por nuestros combatientes que en la última guerra mundial lucharon por la libertad en todos los campos de batalla; que fué levantada sobre los muros del ghetto de Varsovia en su desesperada rebelión; esta bandera, que reunió a las fuerzas del pueblo judío que luchaba por obtener su liberación en nuestro hogar ancestral; esta bandera, que acabamos de izar orgullosamente, marca ahora nuestra completa emancipación y es la 59ª bandera de este gran círculo, símbolo de las aspiraciones y de la unidad del género humano.*

*Frente a este gran acontecimiento, sólo puedo ro-*

IMPRESO EN LA ARGENTINA

*gar que sepamos merecer la dignidad que nos ha sido restituida, que sepamos estar a la altura de las responsabilidades que nos impone nuestro nuevo status. Mi corazón rinde homenaje a todos los que cayeron luchando por un porvenir nuevo y mejor para su pueblo, a aquellos cuyo supremo sacrificio nos trajo a la presente etapa. Los que perdieron a sus seres queridos en esa lucha trascendental, que encuentren consuelo en el pensamiento de que su inmolación no ha sido en vano, que perecieron para lograr vida, libertad e igualdad en la familia de las naciones, y la más amplia oportunidad de desarrollo para la capacidad creadora de su pueblo.*

## INGRESO DE ISRAEL EN LAS N. UNIDAS

Declaración formulada ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 11 de mayo de 1949.

Deseo comenzar agradeciendo al señor presidente, por sus generosas palabras de bienvenida. Ellas despertarán un eco de profunda gratitud en el corazón de nuestro pueblo, debido a la distinguida posición que ocupa, tanto en los organismos internacionales como en la vida nacional de su país y por el destacado papel que ha desempeñado personalmente en las etapas decisivas de la consideración de nuestro problema por las Naciones Unidas. Quiero también agradecer muy cordialmente al distinguido señor representante de la República Dominicana por la bienvenida que nos ha dado en esta histórica ocasión.

Este es, realmente, un gran momento para el Estado de Israel. Es un gran momento para el pueblo judío de todo el mundo. La responsabilidad que implica, sobrecoge. La visión que revela para el futuro, exalta.

La admisión de Israel en esta Asamblea consuma la transición de un pueblo del anonimato político a la clara identidad; de un status inferior al de igualdad; de la mera protesta pasiva a la responsabilidad activa; de la exclusión a la asociación con la familia de las naciones.

En esta histórica oportunidad nuestros primeros pensamientos se dirigen hacia nuestros correligionarios judíos de todos los países. El Estado de Israel no reclama la fidelidad

de los judíos de otras tierras. Como entidad soberana descansa sobre la lealtad de sus propios ciudadanos. El Estado de Israel es el único responsable de sus actos y de su política. Pero desde esta alta tribuna internacional enviamos a todos los judíos nuestros fervientes augurios de seguridad, de una existencia digna y de igualdad de derechos para todos ellos en todas partes. Israel tiene la profunda y reverente conciencia de su misión en la vida judía. Israel se empeñará en conservar bien alto el renombre judío y en ponerse a la altura de los nobles antecedentes de la tradición judía. Israel considerará como uno de sus deberes más sagrados mantener abiertas sus puertas para todos los judíos que necesiten un hogar.

Me siento ahora impulsado a expresar nuestra profunda gratitud a las naciones que, años atrás, cuando nosotros no teníamos voz en los organismos mundiales, han abogado desde la tribuna internacional, ya sea en la Liga de las Naciones o en los órganos de las Naciones Unidas, por los derechos y las aspiraciones del pueblo judío y sus demandas de establecerse como nación independiente en Palestina. Tengo particularmente el honor de expresar desde esta tribuna el hondo y eterno agradecimiento del pueblo judío a todas las naciones cuyas delegaciones alzaron sus voces, el 29 de noviembre de 1947, en apoyo de la histórica resolución que determinaba el establecimiento del Estado judío y a aquellas que hoy apoyaron y votaron por la admisión de Israel en esta Asamblea. Tengo el placer de manifestar que cincuenta y cuatro gobiernos, entre ellos cuarenta y cinco miembros de esta Asamblea, han extendido su reconocimiento a Israel.

Señor presidente: el Estado judío surgió porque, como dijera Teodoro Herzl, que con su visión profética vislumbró la creación de Israel hace cincuenta años, se convirtió en una necesidad mundial. Dos hechos históricos se reunieron para darle forma en nuestros días: la catástrofe de Europa y las realizaciones de Sión.

En ninguna etapa de las tribulaciones del pueblo judío quedó expuesta su inseguridad fundamental más trágicamente que en la última guerra mundial, en la que tres de cada cuatro judíos europeos —uno de cada tres judíos del mundo—,

fueron asesinados. No olvidemos que esta gran Asamblea representa en su origen una coalición antinazi, nacida en la lucha común contra las más tenebrosas fuerzas del mal que hayan amenazado jamás el destino de la humanidad civilizada. Recordemos también que en esa titánica y victoriosa batalla, no solamente participaron ampliamente los judíos de todas las naciones aliadas, sino que los judíos de Palestina cumplieron su parte como nación en armas. La victoria aliada habría omitido uno de sus objetivos esenciales, aunque quizá no advertido a la sazón, y el triunfo de las Naciones Unidas sobre el flagelo de la humanidad habría quedado incompleto, si el pueblo judío, como tal, hubiese continuado sin hogar, sin poseer su propio país.

En su hogar ancestral los judíos trabajaron firme e insistentemente para lograr esa meta. En el momento en que terminó el mandato británico, constituían un Estado en todo sentido, excepto en el nombre. Reclamaron el derecho de la autodeterminación. Dentro del marco de un Medio Oriente emancipado, en el que los países iban adquiriendo su soberanía uno tras otro, negarle la independencia al pueblo judío habría sido una flagrante anomalía y un lastimoso error. Los judíos tuvieron conciencia, cuando llegó el momento, de que estaba en juego su libertad y supervivencia en su propia patria, así como el cumplimiento de las esperanzas de incontables generaciones. En esta convicción reposa ahora su capacidad para defender y para conservar su independencia, inferiores como son en número y en armas.

En la histórica resolución, encontraron su expresión conjunta la reacción de la humanidad contra la tragedia europea y un profundo examen de la realidad de Palestina. Fué un acto de fe, de justicia internacional y de política creadora. Habiendo adoptado esa línea, la Asamblea nunca se apartó de ella. En dos notables oportunidades se negó a suscribir medidas de retroceso de esa política, que habrían anulado la independencia de Israel o mutilado su territorio. Al admitir ahora a Israel en su seno no hace más que sancionar la aplicación final de su propia determinación.

El hecho de que la rápida incorporación de Israel en la organización internacional se deba a una deliberada decisión



de las Naciones Unidas implica una circunstancia trascendental. La conexión orgánica de Israel con las Naciones Unidas combinó con su propio y apremiante interés por dictar su curso de acción en los asuntos internacionales; acción de total lealtad a la Carta de las Naciones Unidas y de consagración a la causa de la paz.

La paz es uno de los objetivos más preciados de la herencia judía. El ideal de la paz será la guía de Israel para conformar las relaciones entre el Estado y los ciudadanos, entre cada hombre y su vecino, entre el Estado y los demás países. Israel anhela la paz por su propio interés vital y porque le preocupa la supervivencia del pueblo judío. Diseminados como están por todos los países, los judíos sufrieron en la última guerra mucho más que cualquier otro pueblo de la tierra. Por consiguiente, nadie teme más una nueva guerra que Israel. Además, la paz es el oxígeno vital para la existencia de Israel y la condición indispensable para su crecimiento y desarrollo. Entramos en una arena internacional que se halla ensombrecida por un grave conflicto, aunque felizmente nuestro ingreso se produce cuando el convenio sobre Berlín, a un punto de entrar en vigor, permite esperar que conduzca a una significativa disminución de la tensión en las relaciones de las grandes potencias. Nuestra misma aceptación en el seno de la familia de las naciones no deja de ser un presagio alentador. Tanto Estados Unidos de Norteamérica como la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas se hallan entre las potencias que tendieron juntos sus manos para dar la bienvenida al nacimiento de Israel. Entre los Estados que reconocieron a Israel se hallan ahora los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad. Por su parte, y en su modesta capacidad, Israel tiende una mano de verdadera amistad a todas las naciones amantes de la paz. Israel compromete con todos ellos su cooperación, bajo los auspicios de las Naciones Unidas, para la preservación y la defensa de la paz y del progreso universal.

Este compromiso adquiere el carácter de un llamado sincero y urgente al dirigirse a nuestros vecinos más próximos, los Estados árabes y demás naciones del Medio Oriente. Israel tiene plena conciencia del destino común que lo une para siempre con ellos. Asegurado nuestro lugar y nuestro status, no tene-

mos otra ambición más grande ni otra tarea más urgente que la de establecer relaciones de buena vecindad y amistosa colaboración con los pueblos de esa zona vital. El Medio Oriente desempeñó un papel destacado en el progreso humano en los tiempos antiguos y medievales. Su contribución a la cultura y la civilización ha sido de efectos imperecederos. Y tiene capacidad para ocupar, actualmente, en nuestra época, el sitio que le corresponde en la gran marcha del progreso moderno. Esta obra requiere la concordancia de los esfuerzos y la experiencia de todos y la recíproca emulación de los ejemplos constructivos. Israel desea fervorosamente contribuir a ese empeño común.

No sabemos que haya ningún conflicto entre nosotros y nuestros vecinos, que no pueda ser resuelto mediante pacíficas negociaciones. Los recientes convenios directos de armisticio, aprobados entre Israel y Egipto, El Líbano y Transjordania, respectivamente —convenios en los que fué tan eficaz el patrocinio y la mediación de las Naciones Unidas—, refuerzan esa creencia. La incorporación de Israel a las Naciones Unidas, organización en la que integra un foro común con seis naciones árabes, puede facilitar el entendimiento. La guerra contra Israel y sus consecuencias han cambiado algunos elementos del cuadro encarado por la resolución de 1947. Los cambios deben forzosamente encontrar su expresión en los futuros acuerdos de paz. No hay ninguna razón intrínseca para que estas modificaciones, basadas en nuevas realidades, no sean motivo del beneplácito general.

Mi gobierno ha tomado buena nota de las discusiones mantenidas en la Comisión Política ad hoc, sobre ciertos problemas que aún subsisten entre Israel y sus vecinos por una parte, e Israel y las Naciones Unidas por la otra. Proseguiremos nuestros firmes esfuerzos para darles solución en el primer acuerdo que sea posible, mediante discusiones entre Israel y sus Estados vecinos y mediante los buenos oficios de las Naciones Unidas. Y nos empeñaremos en tomar parte, con carácter constructivo y responsable, en todas las discusiones que sobre esos tópicos se promuevan en la próxima sesión de la Asamblea General.

Los problemas específicos creados por el surgimiento de Israel no han de ser los únicos que ocupen la atención de mi gobierno. Sus esfuerzos se dirigirán hacia la absorción de la

inmigración en gran escala, que se encuentra ahora en plena marcha —inmigración que es una verdadera recolección de exilados—, y hacia el desarrollo de los recursos del país para beneficio de todos sus habitantes.

Israel tiene plena conciencia de que la pobreza y la ignorancia son los enemigos naturales de la paz duradera. El gobierno de Israel está determinado a hacer todo lo que esté en sus manos para extirpar esos dos males; para elevar el standard de vida del hombre común sin distinción de razas ni credos; para asegurar derechos iguales a todos; para salvaguardar la situación legal de hombres y mujeres; para exaltar la dignidad del obrero; para garantizar la libre empresa, individual y colectiva, dentro de la armazón de un Estado progresista; para asegurar la más amplia libertad religiosa y para añadir una prueba más a la demostración de que la verdadera democracia puede ser tan eficaz en Asia, para promover el bienestar común, como en cualquiera otra parte del mundo.

Estos son los objetivos principales en los que están empeñados el gobierno y el pueblo de Israel. Voy a citar algunos párrafos de una declaración política formulada por el primer ministro de Israel, sobre cuya base el actual gobierno israelí obtuvo un voto de confianza en la legislatura.

Decía la declaración:

“La política exterior de Israel se basará en los siguientes principios:

1. Lealtad a los principios fundamentales de la Carta de las Naciones Unidas y amistad con todos los Estados amantes de la paz, especialmente con los Estados Unidos de Norteamérica y la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas.

2. Obtención de una alianza árabe-judía basada en la cooperación económica, social, cultural y política con los países vecinos. Esta alianza deberá estar encuadrada dentro del marco de las Naciones Unidas y no podrá ser dirigida contra ninguno de sus miembros.

3. Apoyo a todos los proyectos que robustezcan la paz, garanticen los derechos del hombre y la igualdad de las naciones, y acrecienten la autoridad y la efectividad de las Naciones Unidas.

4. Derecho para todos los judíos que deseen volver a su patria histórica, de abandonar los países de su residencia actual.

5. Efectiva preservación de la completa independencia y la soberanía de Israel”.

Señor presidente, señores delegados: Cualquiera que sea la participación que tengamos en los Consejos de las Naciones Unidas, dedicaremos todos nuestros esfuerzos a vigorizar la paz del mundo, fomentar la fraternidad de los pueblos y salvaguardar la igualdad y la dignidad del ser humano. Somos una nación joven, pero un pueblo viejo. Somos principiantes en el arte de gobernar. Pero tenemos el honor y la responsabilidad de poder aprovechar la abundante y variada experiencia universal. Entramos en esta Asamblea General, que representa el ministerio colectivo del mundo, con un espíritu de humildad, ansiosos de encontrar guía y esclarecimiento. Esperamos que nuestra capacidad para aprender sea acrecentada por las antiguas enseñanzas y las aspiraciones seculares del pueblo judío. Recordemos que el día más solemne del calendario judío, nuestro pueblo ruega por el día en que todos los pueblos de la tierra se unan en una sola fraternidad para buscar la salvación del género humano, y que fué un profeta de Israel el que legó al mundo la visión de un día en que “ninguna nación alzaré su espada contra otra, y las naciones no volverán a prepararse para la guerra” (\*).

לֹא-יִשָּׂא גּוֹי אֶל גּוֹי חֶרֶב, וְלֹא יִלְמְדוּ עוֹד מִלְחָמָה...

(\*) *Isaías II*. Esta frase el autor la repitió en hebreo y se publica tal como está en la fuente de origen. (N. de la E.).

---

## EL RECONOCIMIENTO DE ISRAEL

Discurso pronunciado en el Knéset (Parlamento) el 15 de junio de 1949.

Durante los trece meses de su existencia el Estado de Israel ha hecho grandes y rápidos progresos en la consolidación de su posición entre las naciones del mundo. Era su destino nacer entre rayos y truenos. Tuvo que deshacerse del caos que dejara el régimen saliente; lograr su cristalización entre las angustias de un ataque arbitrario y concertado, lanzado por todos sus vecinos; luchar por su vida apenas nacido; y crecer mientras peleaba. Y no se ha logrado una paz estable, ni aún ahora, después de haber transcurrido varios meses sin lucha. La espectacular aparición de Israel en la escena de la historia, la agresión de los Estados árabes y su derrota, el éxodo en masa de los árabes y la inmigración en masa de los judíos: todos estos acontecimientos han producido un tremendo sacudimiento en el Medio Oriente, cuyos efectos deben ser de larga duración. La tormenta que nos rodea no amainará tan rápidamente. En realidad, no estamos seguros de que no recrudezca, con mayor violencia aún. Nuestros intereses vitales exigen un convenio de paz, rápido y amplio. Tenemos que esforzarnos tesoneramente en conseguirlo. Pero no nos descorazonemos si tarda en venir la paz, pese a nuestros empeños por acelerarla. Si así lo ha dispuesto el destino, tengamos el valor de ser pacientes.

Nos ha tocado en suerte establecer relaciones diplomáticas normales con países lejanos, antes de que nos fuera dado concluir la paz con nuestros vecinos. No es nada sorprendente. El sacudimiento producido por un golpe disminuye a medida que aumenta la distancia. El proceso de nuestra incorporación en la estructura de las relaciones internacionales ha comenzado,

por así decirlo, desde las extremidades, y va convirgiendo desde distintos lados sobre el rincón que nosotros ocupamos en el mundo. A primera vista puede parecer raro, pero dadas las peculiares circunstancias que acompañaron el nacimiento de Israel, es natural que los primeros en reconocerlo sean potencias tan distantes de nosotros y entre sí, como Estados Unidos de Norteamérica y la Unión de Sud Africa, y la U.R.S.S. y Guatemala, y que Grecia y Turquía se encuentren entre los últimos en acordarnos su reconocimiento. Ni debe parecer extraño que mientras el proceso del reconocimiento se extiende por toda Europa y América de costa a costa, no nos haya aceptado hasta ahora en su mayoría el continente asiático del que formamos parte integrante, ni de que aún en este continente la primera potencia en reconocernos haya sido la lejana China.

Que lo obtenido no nos haga olvidar o menospreciar lo que aún nos falta. No dejemos de empeñarnos en lograrlo; pero la deficiencia, por sí misma, no puede reducir la importancia de lo que ya hemos conseguido: esa red de reconocimientos que ya ha cubierto la superficie del globo. Esta red es ahora el instrumento más efectivo para llenar los claros. Tarde o temprano aquellos que aún siguen apartados nos darán su aprobación.

Si el Knéset me permite, me gustaría citar algunas cifras. Hasta ahora nos han reconocido cincuenta y seis Estados. Entre ellos figuran cuarenta y seis de nuestros cincuenta y ocho colegas de las Naciones Unidas. De los cincuenta y seis reconocimientos, cuarenta lo son de jure y dieciséis de facto. El total incluye diez Estados de Europa oriental y quince de Europa occidental; las tres potencias de América del Norte; los dieciocho Estados de Sud y Centro América; dos países de Asia; dos de los cuatro Estados independientes de Africa; dos Estados del Pacífico, Australia y Nueva Zelandia. Actualmente siete Estados mantienen representaciones diplomáticas en Israel: Estados Unidos está representada por un embajador, los restantes por ministros plenipotenciarios o enviados especiales, y han recibido nuestro plázet para sus candidatos. Si añadimos los consulados, el número total de países extranjeros representados en Israel es de veintidós.

Cuando nuestros enviados que se encuentran actualmente

en viaje lleguen a su destino, Israel tendrá representantes diplomáticos en quince capitales. Esa cifra comprende nuestro embajador en Wáshington, nuestros ministros en Moscú, París, Londres, Varsovia, Praga, Bucarest, Belgrado, Roma y Montevideo, y nuestro enviado especial en los países del Benelux. Nuestro ministro en Praga está acreditado igualmente en Budapest. Nuestro ministro en Montevideo se trasladará en breve a Buenos Aires, pero continuará acreditado ante el gobierno del Uruguay. Quiero destacar en este informe el significado histórico que tiene el establecimiento de una legación de Israel redivivo en la ciudad de Roma. En breve se establecerán consulados generales de Israel en Suiza, Canadá, Australia y Sud Africa. Hay un consulado general en Nueva York y funcionan consulados en Los Angeles, Shanghai, Viena, Munich, Atenas, Río de Janeiro, Guatemala, Honduras y Nicaragua. También se han instalado consulados en todas nuestras legaciones. Nuestras misiones diplomáticas y consulares en el extranjero, incluyendo las que se instalarán en breve, suman un total de veintiocho centros. Más adelante nos referiremos especialmente a nuestra delegación permanente en las Naciones Unidas, cuyo jefe ha recibido el rango de ministro plenipotenciario. Tenemos también una oficina de enlace con los organismos de la O.N.U. en Ginebra.

No somos más que un pequeño Estado, modesto en sus aspiraciones y limitado en sus medios. El privilegio que hemos conquistado de poseer representaciones directas e independientes en las capitales del mundo, pone una pesada carga sobre nuestras finanzas y nuestro personal. Sin embargo nuestra posición internacional nos impone que busquemos relaciones de comprensión y cooperación con muchos países. Hasta las actividades corrientes de cuidar los intereses comerciales de Israel y darles protección a los ciudadanos israelíes que viajan, abruman a nuestros representantes en el exterior en forma creciente. Por encima de todo, la misión de Israel, como país que recoge los exilados del pueblo judío y como patria histórica del pueblo judío, que ha recuperado su libertad, en la cual el genio de nuestro pueblo puede ahora desarrollar libremente sus esfuerzos creadores económicos y sociales, nos impulsa a estar representados en todos los países donde vivan judíos que

ansien radicarse en Israel o que deseen mantener un contacto vivo con este país.

No queremos adjudicarles ninguna responsabilidad por nuestra política exterior a los judíos de otras tierras. Ellos no tienen ninguna participación en la adopción de esta política. Esa carga queda solamente para los ciudadanos de Israel. Pero por otra parte no podemos ignorar la responsabilidad que nos impone nuestra preocupación por los judíos de la diáspora. Tendremos siempre en cuenta su tranquilidad, su seguridad y su buen nombre. Nunca olvidaremos que con su ayuda y por su bien hemos conquistado lo que poseemos. Cuidaremos siempre celosamente la valiosa confianza de que somos custodios.

Es por esta razón que, cuando el Estado de Israel fué admitido en las Naciones Unidas, el primer saludo que enviamos desde aquella alta tribuna internacional fué para el pueblo judío de todo el mundo.

Con nuestra admisión en las Naciones Unidas se ha puesto la más alta rúbrica a nuestro reconocimiento internacional, aunque ese reconocimiento no sea todavía universal. Nuestra admisión ha sido más que un hecho de gran importancia política: fué un acontecimiento humano profundamente conmovedor. Devolvió a Israel a la comunidad de las naciones. Confirió al pueblo judío, reunido de nuevo en su antigua tierra, un status de igualdad con todas las naciones libres. De un solo golpe eliminó el estigma de inferioridad y degradación que manchaba a nuestro pueblo. La importancia trascendental de ese cambio revolucionario, era más de lo que una mente humana podía asimilar en aquel momento. Los que representaban a Israel en aquella oportunidad sin igual, estaban muy lejos de sentirse ufanos. Ningún emisario pudo haberse sentido jamás tan pequeño y humilde como nos sentimos nosotros, disminuidos como estábamos por aquel enorme acontecimiento de la historia de nuestro pueblo que nos era dado presenciar. Parecía como si toda la Asamblea se sintiera espantada ante el enfático desenlace del drama histórico que tenía lugar ante sus propios ojos. Unos pocos centenares de judíos neoyorquinos que estaban presentes en la ocasión, y los muchos miles que, en todo Estados Unidos, siguieron el acto a través de sus apa-

ratos de radio y televisión, tuvieron el honor de servir como intermediarios del júbilo que invadió el corazón de todos los judíos ante la transformación forjada en el status de su pueblo. A aquellos de nosotros a quienes nos tocó rondar durante años por las antecámaras y apretujarnos en las rebosantes galerías de las conferencias internacionales, condenados al anonimato y al silencio, obligados a escuchar desde oscuros rincones las palabras de otras gentes que decidían el destino de nuestro pueblo e imposibilitados de levantar nuestra voz en su defensa; a nosotros, repito, nos pareció un sueño cuando nos hicieron pasar al salón principal de la Asamblea para ocupar nuestros asientos junto a una mesa igual a las demás y que ostentaba la mágica leyenda de ISRAEL.

Con el permiso del Knéset y de su presidente, quisiera rendir tributo y expresar mi aprecio a Aubrey Eban, el representante permanente de Israel ante las Naciones Unidas, y a sus fieles colegas, los miembros de nuestra delegación, por sus incansables esfuerzos, la habilidad y la perseverancia que pusieron a contribución en la lucha por el reconocimiento de Israel como país amante de la paz y digno de integrar las Naciones Unidas, lucha en la que lograron finalmente obtener una decisión favorable de la Asamblea, adoptada por una mayoría de tres cuartos más uno.

Nuestra admisión en las Naciones Unidas fué un cambio revolucionario no solamente en su significado histórico, sino también desde el punto de vista de la política práctica. De un solo golpe transformóse completamente todo el status de nuestra delegación. Habiéndonos acostumbrados a pedir la ayuda de otros, nos dimos cuenta de pronto que nuestra ayuda era ahora solicitada por otros. Después de haber dependido de la buena voluntad y el favor de otras delegaciones, nos convertimos en sus asociados para tomar decisiones. Entramos de inmediato en la palestra de la competencia internacional y de la dependencia mutua. Sobre nuestra política exterior recayó una nueva y compleja responsabilidad.

Nuestros primeros pasos en la arena internacional, que comprenden votos y abstenciones, con o sin fundamento expreso, recibieron una amplia publicidad, y no es necesario que vuelva a hablar de ellos ahora. "El que no domina el peligro,

no conseguirá satisfacer sus deseos", dice un proverbio árabe. Nos encontramos lanzados en un mundo desgarrado por disensiones, en un escenario lleno de trampas y escotillones. Demos un paso hacia la derecha o hacia la izquierda, o no demos ningún paso, lo mismo nos veremos acosados por peligros emboscados. La abstención de votar no significa necesariamente inacción. A veces, equivale a un paso muy activo que acarrea funestos resultados. En una Asamblea donde todos los miembros, grandes y chicos, tienen un solo voto, cada Estado puede decidir el punto depositando o reteniendo su voto. En términos generales, la modestia aconseja un uso no muy frecuente del derecho al voto, y para un Estado como el nuestro, pequeño, joven y situado en uno de los reñideros políticos del mundo, es prudente ejercerlo en forma moderada. No obstante, hay asuntos que requieren imperativamente una definición clara e inequívoca.

Durante los pocos días que nos tocó participar en la Asamblea, nos hemos visto encarados por todos estos problemas de táctica y de postura. Sin duda, tendremos que afrontarlos en futuras sesiones. Tenemos que aceptar voluntariamente las consecuencias de nuestra mayoría de edad. Hemos de guiarnos siempre por los principios fundamentales de la política exterior de Israel, que son: lealtad a las Naciones Unidas, activa preocupación por el fortalecimiento de la paz en el mundo y amistad con todos los países amantes de la paz que son amigos de Israel, sin tomar partido por ningún bloque en contra de su rival. Estos lineamientos generales no nos relevan, sin embargo, de tomar una actitud definida en muchos asuntos, de acuerdo con sus méritos respectivos. Puede haber casos en los cuales los vitales intereses de Israel requieran una actitud definida, como pueden también indicar la abstención. Puede haber otros casos en los que influyan en nuestra orientación los intereses del pueblo judío. Puede haber circunstancias en las cuales se encuentren en juego cuestiones de principio que afecten los países del Medio Oriente u otros países de situación similar, y en atención a las cuales podremos vernos impulsados a determinar nuestra actitud con relación a los antagonismos del presente sino con miras a un futuro lejano y diferente, más allá de las disputas y los alborotos del día, decidiendo el

problema de acuerdo con la amplia identidad de intereses decretada por nuestro destino común.

Hay, sobre todo, asuntos que involucran cuestiones trascendentes de ética, de equidad y de justicia. En estos casos se pondrá a prueba la fibra moral de Israel. No creo inducir en engaño al Knéset, al afirmar que el Estado de Israel posee, en el concepto de muchas, quizá de la mayoría de las naciones, una alta calidad moral. Ese concepto es demasiado valioso para perderlo, considerando lo que se encuentra en juego. Durante muchos años hemos estado invocando principios de moral, en nuestra lucha política por los derechos del pueblo judío a la vida y a la libertad. Durante muchos años hemos estado reclamando justicia a un mundo que parecía desalmado con nosotros. Durante muchos años hemos estado apelando a los sentimientos de humanidad y de hidalguía moral que viven en el corazón de los hombres de buena voluntad. Lo hicimos cuando nuestro destino estaba a merced de los demás. Ahora que hemos logrado el privilegio de participar en las decisiones internacionales y de influir, dentro de nuestra modesta condición, en el destino de los demás, no hemos de volverles la espalda a aquellos altos principios. El Estado de Israel no traicionará la herencia moral del pueblo judío, cuyas reglas básicas son amar a la humanidad, buscar la paz y apoyar la justicia. El Estado de Israel no repudiará la tradición de idealismo moral del movimiento sionista, que desde el primer momento defendió la libertad, la igualdad y el progreso social. El ejercicio de la independencia por parte de Israel no desmentirá su lucha por la independencia.

Todos estos principios y consideraciones deben guiar nuestra conducta en la liza mundial.

Sin embargo, las cuestiones de la agenda de la Asamblea que afecten a otras naciones, cualquiera que sea su importancia política y moral, sólo podrán ocupar una parte de nuestra atención. Nuestra preocupación principal debe ser, forzosamente, como hasta ahora, la de los problemas que afectan, vital y directamente a nuestro propio Estado, y sus relaciones con nuestros vecinos. Estos problemas también figuran en la agenda de las Naciones Unidas y es muy posible que ocupen un lugar importante en el programa de la próxima Asamblea.

Si fuera factible la concertación de un acuerdo entre nosotros y los países vecinos mediante negociaciones directas, es casi indudable que la mayoría de la Asamblea General lo aceptaría con profunda satisfacción; más aún, con entusiasmo. Como las perspectivas de una pronta paz son todavía nebulosas, quizá no podamos eludir un nuevo examen de las cuestiones, que todavía se consideran abiertas dentro del marco de la próxima sesión anual de la Asamblea. Debemos, por lo tanto, prepararnos para un nuevo esfuerzo en la defensa de nuestra posición contra posibles ataques y tergiversaciones.

En realidad, ya libramos el primer encuentro de esta nueva contienda cuando nuestro representante ante las Naciones Unidas fué llamado a ofrecer explicaciones ante la Comisión ad hoc de la Asamblea, antes de que dicha Comisión decidiera si debía recomendar a la Asamblea nuestro ingreso en la organización mundial. Ese procedimiento tenía sus precedentes. La discusión de la solicitud de ingreso en las Naciones Unidas presentada por un Estado queda, por regla general, sujeta al estudio del carácter del solicitante como nación-país amante de la paz y de su capacidad para cumplir las obligaciones emergentes de su condición de miembro de las Naciones Unidas. En nuestro caso, fué puesta en tela de juicio nuestra posición con respecto a los asuntos que nos afectaban y que aguardaban el fallo de las Naciones Unidas. Nosotros creímos que no había motivo para que tratáramos de oponernos a ese procedimiento; fué una prueba muy dura, pero nuestro representante salió de ella con dignidad. Nuestra posición ante esas cuestiones relevantes encontró en su declaración una formulación completa y efectiva, totalmente de acuerdo con las instrucciones que había recibido. Quisiera destacar, con mención especial, aquella parte de su discurso en la que trataba la cuestión de Jerusalén. El discurso contenía asimismo una autorizada declaración, en nombre nuestro, sobre la cuestión de los refugiados árabes. Algunas delegaciones, no satisfechas con sus explicaciones, fundaron luego sobre ellas, en la Asamblea, su abstención de votar nuestra admisión. Una mayoría abrumadora denotó con su voto que había hallado adecuadas las explicaciones. Pero los asuntos en sí, sin embargo, quedaron pendientes, y por consiguiente debemos prepararnos para el segundo encuentro.

Los asuntos a que me estoy refiriendo y que están comprendidos en los próximos planes de discusión de la Asamblea, surgen también por sus propios méritos y fuera de aquel marco particular. Constituyen la materia fundamental del problema de la paz entre nosotros y los Estados árabes. Están en la orden del día de Lausana. Son actualmente el tema de un cambio de opiniones entre nosotros y el gobierno de Estados Unidos de Norteamérica, que está interesado en la paz y estima que es su deber influir en las actuaciones mediante las cuales ha de buscarse el acuerdo de paz.

En lo que respecta al estado de cosas en Lausana, es difícil decir que marchan lentamente. Para ser exactos, habría que decir que no se mueven; están completamente estancadas. El buen éxito que coronó los esfuerzos de un solo mediador de las Naciones Unidas, al lograr la concertación de los tres armisticios, no acompañó a la Comisión compuesta por representantes de tres Estados diferentes, cuya misión es la de solucionar todos los problemas que se encuentran en las raíces del conflicto con miras a la conclusión de una paz permanente.

La autoridad e inspiración de la Comisión de Conciliación que convocó la conferencia de Lausana proviene de la resolución adoptada por la Asamblea General en París, el 11 de diciembre de 1948. Esa resolución fué adoptada después de tormentosos debates y con agudas divergencias de opinión. Muchas de las cláusulas del primer proyecto fueron rechazadas por la mayoría de la Comisión Política y por Asamblea General. Otras cláusulas que quedaron en la redacción final, fueron mal recibidas por muchas delegaciones, entre ellas los representantes de Israel, que no ocultaron su posición en la Comisión Política. Ahora se acusa al gobierno de Israel de no haber puesto en práctica la resolución de la Asamblea. Examinemos los hechos:

El punto fundamental de la resolución es el párrafo, que incita a los gobiernos "a buscar acuerdos mediante negociaciones, conducidas ya sea por la Comisión Conciliadora o directamente, con el objetivo de llegar a la solución final de todas las cuestiones pendientes entre ellos".

¿Cuál fué el destino de esa disposición?

El gobierno de Israel no aguardó la iniciativa de la Comi-

sión de Conciliación para actuar en esa línea. Cuando actuaba como mediador el conde Bernadotte ya había ofrecido Israel negociar directamente con aquellos que habían emprendido la guerra contra nosotros. Mucho antes de que se reuniera la Conferencia de Lausana, el gobierno de Israel hizo numerosas tentativas para establecer contacto directo con los Estados vecinos con el objeto de iniciar negociaciones de paz. Posteriormente respondió al llamado de la Comisión de Conciliación y sus delegados fueron a Lausana dispuestos a reunirse, bajo los auspicios de la Comisión, con todos los delegados árabes, con excepción de los sirios, porque Siria aun no había concluido un armisticio con Israel. Y aun durante la Conferencia de Lausana el gobierno de Israel prosiguió realizando esfuerzos para explorar las posibilidades de llevar a cabo negociaciones de paz por contacto directo.

¿Frente a esto, cuál fué la línea que siguieron los Estados árabes? Las delegaciones anunciaron a su llegada a Lausana que no habían sido enviadas para realizar negociaciones de paz. Habían ido a tratar exclusivamente el problema de los refugiados árabes. Además, se negaron totalmente a reunirse con la delegación de Israel bajo los auspicios de la Comisión de Conciliación. Y hasta la fecha no se apartaron de su posición. No entraron en negociaciones con la delegación israelí sobre el problema de la paz ni siquiera por intermedio de la Comisión. Todas las propuestas específicas que fueron presentadas por la delegación de Israel para ser transmitidas a determinadas delegaciones árabes, han quedado hasta ahora sin respuesta.

Bajo estas circunstancias, ¿es posible culpar a la delegación de Israel por la presente *impasse* de Lausana? ¿Se le puede imputar el fracaso de negociaciones que ni siquiera se iniciaron?

El párrafo 4º de la resolución del 11 de diciembre, sugiere que la Comisión de Conciliación "comience de inmediato sus funciones, con el propósito objetivo de establecer contacto lo antes posible entre las partes y la Comisión".

Pasaron seis meses desde que se adoptó esa resolución. La Comisión habrá realizado sin duda numerosos esfuerzos para lograr una reunión de las partes. Esos esfuerzos, evidentemente, han fracasado. El expreso requerimiento de una resolución de

la Asamblea General quedó como letra muerta por la obstinada intransigencia de la otra parte.

Uno de los puntos principales relacionados con el problema de la paz, dentro y fuera de Lausana, es la cuestión de las fronteras. Sobre este punto no contiene ninguna determinación expresa la resolución del 11 de diciembre. En la sesión de la Asamblea General realizada en París, rechazóse la tentativa de adoptar como base de negociaciones el informe del conde Bernadotte, que proponía separar del Estado de Israel toda la parte Sud del país, incluyendo el Néguev. Sobre el mismo punto se hizo en París otra tentativa, mediante la inserción de una cláusula solicitando que el Estado de Israel renunciara a una parte del Néguev a cambio de la Galilea occidental. También fracasó esta tentativa. El texto final de la resolución dejó la puerta abierta a cualquier arreglo sobre las cuestiones de las fronteras en que estuvieran de acuerdo ambas partes. Lo cual significa que ninguna posición tomada por Israel con respecto a las fronteras puede ser calificada como contraria a la resolución del 11 de diciembre.

Israel está dispuesta, como siempre lo ha estado, a negociar sobre el problema de las fronteras con cualquiera de los Estados que haya firmado un armisticio con Israel. Estas negociaciones, desde luego, deben formar parte de las negociaciones generales de paz. Para que el entendimiento esté basado en la realidad, las negociaciones deben ser de acuerdo con la resolución del Consejo de Seguridad del 16 de noviembre de 1948, una extensión directa de los acuerdos de armisticio, como consecuencia de los cuales se determinaron líneas divisorias en cada caso, con el carácter de límites provisionales. Esos acuerdos de armisticio sólo pueden ser modificados por convenio mutuo, salvo que sean reemplazados por tratados de paz, los cuales, por supuesto, requieren igualmente el consentimiento mutuo de las partes.

En consecuencia, las fronteras naturales entre Israel y Egipto, el Líbano y Siria, respectivamente, son los antiguos límites que separaban el territorio bajo mandato británico y los países nombrados. Y lo mismo en lo que respecta a la frontera entre Israel y el Estado de Transjordania. Si para beneficio de ambas partes fuera conveniente hacer arreglos mutuos sobre esas



fronteras, esos arreglos pueden constituir el tema de las negociaciones y de los acuerdos.

En el caso de Egipto, existe un problema especial relacionado con la franja Gaza-Rafa. También en este punto está dispuesto el gobierno de Israel a buscar la solución mediante negociaciones.

Israel busca la paz, no planea una campaña de conquistas. Pero Israel no puede bajo ningún concepto permitir que los ejércitos invasores se apoderen de ninguna franja del territorio que forma la superficie del Estado judío. Por esta razón Israel jamás consentirá en dejar en las manos de Siria la franja que se extiende al este del Jordán y el lago de Galilea, con Mishmar Haarden al oeste, ni firmará ningún armisticio que no disponga el retiro completo de ese territorio de las fuerzas sirias.

En cuanto a la frontera entre el Estado de Israel y la zona situada al oeste del Jordán que no está incluida en Israel, también allí nuestro objetivo es la paz y la realización de negociaciones de paz. Siempre hemos declarado que preferiríamos ver establecido en esa zona un Estado árabe separado, pero no lo impusimos como *conditio sine qua non* para un arreglo. También este asunto es materia de discusión. Frente a esta posición nuestra, hay aparentemente varios Estados árabes que tratan ahora de hallar una salida para solucionar el problema, en el fallo territorial contenido en la resolución del 29 de noviembre de 1947. Después de haber hecho todo lo que pudieron para declarar esa resolución nula y sin valor, después de haber tratado de ahogar en un mar de sangre el Estado judío encarado en aquella resolución y de borrarlo de la superficie de la tierra, después de haber fracasado en sus siniestros designios, los Estados árabes tratan ahora de invocar aquella misma resolución. Es como si un hombre que hubiese tratado de cortar el árbol del vecino y hubiese fracasado en su intento porque el vecino se lo impidió, se presentase a reclamar una parte de los frutos y de la sombra del árbol.

Sería por cierto extraño que esos Estados encontrasen ahora aliento para su artera reclamación en la actitud del gobierno de Estados Unidos. Es verdad que en París, en la Asamblea General, Estados Unidos abogó por el principio de la compen-

sación territorial o el intercambio de territorios con relación a las fronteras del Estado judío determinadas por la resolución del 29 de noviembre de 1947. Como ya se ha dicho, ningún principio de esa índole fué incorporado a la resolución del 11 de diciembre de 1948. Sería claramente contrario a la realidad y despertaría falsas esperanzas e innecesarias complicaciones si el gobierno de Estados Unidos insistiese en sostener ahora ese principio. Sería mejor dejar la solución de ese problema a las negociaciones entre las partes interesadas, sin restringir la libertad de dichas negociaciones con principios fijados de antemano, ni con estímulos ni advertencias dirigidas en ningún sentido. Quienquiera que, a sabiendas o inconscientemente, induzca a los Estados árabes a creer que pueden arrancarle concesiones territoriales a Israel, es decir que pueden obtener por la presión política lo que no pudieron lograr con una guerra de agresión, no estará sirviendo la causa de la paz en el Medio Oriente. Debemos decir una palabra especial de advertencia contra toda nueva tentativa que pueda hacerse para robarle al Estado de Israel la parte austral del Néguev. ¿Y por qué debe considerarse a los Estados árabes con derecho a una compensación territorial? ¿Por qué invadieron un país ajeno, en flagrante violación de la Carta y en abierta rebelión contra la autoridad de las Naciones Unidas? ¿Por qué fracasaron en esa perniciosa empresa? Aquellos que tratan hoy de revivir los principios territoriales del 29 de noviembre de 1947, como base para la determinación final de las fronteras de Israel, ignoran todo lo que ha ocurrido en este país desde aquella fecha. Nada aconteció que invalidara en lo más mínimo la justificada inclusión, dentro de los límites de Israel, de las zonas adjudicadas al Estado judío por aquella resolución. Por otra parte, han sucedido muchos acontecimientos graves que con sangre, fuego y columnas de humo demostraron que son absolutamente indispensables, para la seguridad de Israel y para su misma existencia, los territorios no contenidos en el laudo del 29 de noviembre que están ahora bajo su jurisdicción. Aquella histórica resolución de la Asamblea ha sido grabada con letras de oro en las tablas de nuestra historia. La contribución de Estados Unidos de Norteamérica a la gran decisión, jamás será olvidada, así como será recordada la destacada contribución

de la Unión Soviética y de las demás potencias, grandes y chicas. Pero la lección que dictara el destino de la resolución y los sufrimientos mortales de su ejecución, también han sido profundamente grabadas, en letras de fuego. Cuando el naciente Estado de Israel se hallaba entre la vida y la muerte, no fué la resolución del 29 de noviembre la que lo salvó. Los soldados de Israel no sacrificaron sus vidas, ganando para su Estado posiciones defensivas y zonas de seguridad, para que los dirigentes políticos de la nación abandonen ese patrimonio sagrado, empapado en sangre.

El otro gran punto de controversia es el problema de los refugiados árabes. Se está haciendo una propaganda engañosa distorsionando deliberadamente los hechos y su significado real, y hay estadistas que no tienen oportunidad de estudiar el problema más a fondo, dispuestos a sacar erróneas conclusiones. Aquí se ha empleado el mismo recurso: habiendo fracasado, causando la ruina de sus autores, el maligno plan que fuera fraguado para destruir a Israel, se lo transforma en un medio de difamación contra quien debía ser su víctima. La amenaza de muerte que pendía sobre nuestro Estado es olvidada, mientras que aquellos que planearon nuestra destrucción, habiendo caído en su propia fosa, tratan de rehuir la responsabilidad lanzándola sobre nosotros.

No nos cansaremos de repetir los hechos verdaderos. Estábamos ampliamente dispuestos, honesta y sinceramente, a establecer el Estado de Israel sobre la base de un arreglo según el cual, el principio, el 45 % de la población sería árabe. Y así habría sido si también los árabes hubieran aceptado la decisión de las Naciones Unidas, y hubiesen cooperado con nosotros para hacerla efectiva y para mantener la paz. Pero los árabes se rebelaron contra la decisión y quebrantaron la paz. No sólo dentro del país sino también desde afuera, obligándonos a combatir tanto en el frente como en la retaguardia. Sobre la estela de la guerra, y como consecuencia del colapso de la rebelión y la invasión, se produjo el éxodo árabe. Transplantes en masa de esa índole han ocurrido más de una vez durante las últimas décadas. Lo que aún no ha sucedido nunca es que las poblaciones desplazadas hayan sido restablecidas en su anterior domicilio.

Lo que primero debe considerarse, y con carácter decisivo y fundamental, es la seguridad. El regreso de una marea de árabes puede hacer explotar nuestro Estado desde dentro. Aun cuando los que vuelvan vengan deseosos de hacer la paz, no se puede confiar en ellos en el caso de un nuevo estallido; por el contrario, es casi indudable que, si se repite, serían absorbidos por la vorágine. La repatriación de refugiados en masa sin estar en paz con los países vecinos, sería un suicidio por parte de Israel. Ningún Estado del mundo, puesto en nuestra situación, haría un acto semejante.

Aun cuando se firmase la paz con los países vecinos, las posibilidades de readmisión se verán drásticamente reducidas, debido al factor limitante que debe considerarse en segundo término: el factor económico. Si la población árabe hubiese permanecido en sus hogares, todas nuestras formas de vida y la estructura interna del Estado habría sido adaptada a esa realidad básica. La gran minoría árabe habría necesariamente impreso su huella sobre el nuevo régimen. Pero habiéndose ido un número tan grande de árabes, se desarrollaron otros procesos diferentes que impartieron un aspecto distinto al Estado de Israel. La economía de la masa árabe desplazada quedó arruinada. La propiedad árabe no fué transferida, sino simplemente abandonada a su suerte. El país fué presa de las pasiones y de los caprichos de la guerra. El nuevo régimen tuvo que luchar por su existencia y pensar primero en defender la vida de su pueblo. Entretanto, el torrente inmigratorio inundó el país y se llenó una gran parte del vacío geográfico y económico producido por el éxodo. Si accediéramos al retorno en masa de los refugiados árabes, sería necesario realizar un vasto esfuerzo de restablecimiento y reconstrucción, y la creación de una nueva economía árabe. Un Estado que está empleando todas sus energías y recursos en la gran tarea de absorber a los nuevos inmigrantes, no puede tomar esa carga adicional. Los árabes que volvieran se encontrarían con un país muy distinto del que abandonaron; muy distinto de lo que sería si no hubiese habido levantamiento e invasión árabes. No podrían vivir felices y despreocupados.

A pesar de todo, hemos dicho y lo repetimos: No es un problema que podamos ignorar. Tenemos interés en que nos

rodee la satisfacción y la estabilidad. El sufrimiento humano nos conmueve. Por consiguiente contribuiremos al restablecimiento de esas personas desplazadas. No seguiremos el ejemplo de otras naciones. Pagaremos compensaciones por las tierras abandonadas. Esta actitud quizá no tenga muchos precedentes. Sin embargo, lo haremos. Ni vamos a determinar de antemano que nadie regresará. Contribuiremos indiscutiblemente a que se reúnan las familias separadas por la catástrofe. Y quizá hagamos una nueva contribución admitiendo un cierto número adicional de árabes. Pero no podremos hacerlo separando la solución del problema de su conjunto. La guerra creó el problema y solamente la paz puede resolverlo. No antepondremos el reingreso de los árabes a la paz. Los que nos atacan no pueden hacer ambas cosas: negarse a entrar en negociaciones de paz con nosotros e insistir al mismo tiempo en que permitamos el regreso de los refugiados de cuya situación apremiante son ellos los únicos responsables.

También aquí se invoca contra nosotros la resolución del 11 de diciembre de 1948. Pero esa resolución, que a primera vista determina la repatriación de los refugiados que opten por regresar, somete simultáneamente esa decisión a dos condiciones. Primero: tendrán derecho a volver únicamente aquellos que deseen vivir en paz con sus vecinos. ¿Pero quién juzgará la sinceridad de los deseos de paz proclamados por los árabes que regresen, y quién podrá garantizar de que sean duraderos? En segundo lugar, la resolución establece que esa gente sea admitida "en la primera oportunidad practicable". ¿Pero quién puede afirmar que esa oportunidad practicable ya se haya producido?

Nos piden que nos comprometamos desde ya a recibir de vuelta un gran número de refugiados árabes, y que permitamos de inmediato la entrada de un número razonable. Suponiendo que el propósito de esa medida sea el de apaciguar a los Estados árabes e inducirlos a entrar en negociaciones de paz, podría formularse la siguiente pregunta: ¿merecen ser apaciguados? ¿Por qué? ¿Por qué pervirtieron a los árabes de Palestina? ¿Por qué los persuadieron a que abandonaran el país? ¿Por qué les prometieron que los traerían de vuelta y que dividirían entre ellos el botín de los despojos, después de derrotar

los judíos y de arrojar al mar a los sobrevivientes? ¿Con qué se justifica la creencia de que ese apaciguamiento traerá la paz, y de que esa paz será duradera? ¿Quién está dispuesto a garantizarle al Estado de Israel esos puntos vitales? En la hora de la prueba suprema para Israel, ¿quién le tendió una mano amiga? La Organización de las Naciones Unidas se quedó observando, impotente. Estados Unidos impuso un embargo sobre la exportación de armas tanto para los agresores como para la víctima. Actualmente Egipto multiplica su presupuesto de guerra y compra armas y equipos militares en crecientes cantidades. Los Estados árabes reciben la buena nueva de que Gran Bretaña está dispuesta a renovarles la provisión de armas. Nosotros no recibimos la seguridad de que ese ofrecimiento esté supeditado a la firma de la paz con Israel. Las estaciones de radio de los países árabes lanzan un torrente de propaganda insultante contra Israel, prometiendo a los oyentes la renovación de la guerra. Frente a esta situación, ¿cómo se justifica, moral y políticamente, el pedido que ahora se nos formula? Nadie sueña siquiera en garantizar a Israel una ayuda efectiva para el caso de que se renueve la agresión. Aleccionada por la experiencia, Israel no pedirá siquiera esa clase de garantía. Siendo así, que no nos proponga nadie que minemos con nuestras propias manos nuestra seguridad nacional. La amistad de las grandes naciones progresistas es para nosotros altamente valiosa y vitalmente importante; pero no podemos comprarla al precio de nuestra seguridad y de nuestra misma existencia. Fundamentalmente, el gobierno de Israel se mantiene firme en su convicción de que el restablecimiento de los refugiados árabes en los países vecinos, es no solamente necesario y justificado, considerando todas las circunstancias del caso, pasadas y presentes, sino que a la larga representa la mejor decisión para los mismos refugiados, para los países en que se radicarían y para las relaciones de esos países con Israel.

Con todo eso, no se crea que no hay árabes en Israel. Su número, en realidad, ha crecido considerablemente. Contra los 92.000 árabes que vivían en el territorio de Israel el día del censo, 8 de noviembre de 1948, nuestra población árabe pasa actualmente, según una apreciación fidedigna, de los 155.000

habitantes. El mismo día del censo el número de árabes era mayor que el empadronado, porque en ciertas zonas de las que se tomó posesión poco antes del recuento, no pudieron hacer preparativos, en el breve lapso que faltaba, para su inclusión en el censo. Desde entonces muchos más habitantes árabes han sido añadidos a la población de Israel, como resultado de la inclusión en nuestro territorio de nuevas regiones, por los cambios fronterizos establecidos en los acuerdos de armisticio. Además, se les permitió a millares de árabes permanecer o volver al país. Esos permisos les fueron acordados a los miembros de las familias árabes separadas por la guerra, como también a comunidades enteras que, después de ser investigadas, fueron consideradas pacíficas, y a numerosas personas aisladas dignas de confianza. El gobierno considerará con buena predisposición de ánimo las solicitudes presentadas por los árabes que viven legalmente en Israel, pidiendo que se permita la entrada a sus esposas e hijos menores. Al mismo tiempo, el gobierno vigilará estrictamente las líneas limítrofes y tomará todas las medidas necesarias para impedir las infiltraciones. El que trate de hacer justicia por sus propias manos en este asunto, lo hará a su propio riesgo. No descuidaremos nuestra seguridad nacional, y si fuera preciso, el gobierno no trepidará en aplicar medidas drásticas para afianzarla.

La propaganda calumniosa hecha contra nosotros sobre el asunto de los refugiados árabes, se enlaza con otra campaña difamatoria relativa a los santos lugares, que se ha intensificado durante estas últimas semanas. El problema de los refugiados atrae la atención pública en varios países, pero para movilizar la simpatía del mundo cristiano por las víctimas del desastre, no es necesario aterrorizarlo difundiendo fábulas sobre el peligro que amenaza a los santos lugares cristianos en el Estado de Israel. Y ningún otro propósito puede justificar esa perversa superchería. Advertimos con profunda pena, que diarios y círculos católicos han sido conmovidos por esa campaña de mistificación, cuyo propósito es el de difamar a Israel. Se publican relatos espeluznantes sobre pretendidas violaciones de los derechos de la Iglesia, arrestos de sacerdotes y altos dignatarios eclesiásticos, casos de violaciones de monasterios y profanación de santuarios. Esa propaganda, que se propone man-

cillar el buen nombre de Israel y que emplea el embuste como instrumento, no puede menos que despertar resentimientos en nuestro público. Puede ocasionar una tensión en las relaciones entre nuestro pueblo y las Iglesias cristianas, de la que nada bueno puede salir para ninguna de las dos partes. Los intereses de la cristiandad en general, y de la Iglesia católica en particular, no han sido de ningún modo descuidados en Israel. Nuestro ministro de Asuntos Religiosos vela por ellos con una atención y un celo difícilmente superables. Varios prelados de la Iglesia católica tienen su asiento en Israel y protegen activamente sus derechos e intereses. Gozan de todas las facilidades y trabajan en estrecho contacto con nuestro ministro de Asuntos Religiosos y con las autoridades locales. La campaña de vilipendio no apartará al gobierno de Israel de sus deberes. Es lamentable, sin embargo, que este asunto haya emponzoñado el aire tan sin fundamento. Esperamos que Su Santidad el Papa, cuyas rogativas por la paz de este país han encontrado un eco tan cálido en todos nuestros corazones, crea conveniente examinar los hechos e informar a todos los interesados, de la verdadera situación, para que los asuntos de carácter religioso y sagrado no secunden el propósito de diseminar imposturas y calumnias. El gobierno de Israel se ha comprometido a garantizar la seguridad y la libertad de las instituciones religiosas de todos los credos y a proteger y mantener inviolados los santos lugares y los derechos de todas las Iglesias. Espera sinceramente que logrará darle una solución satisfactoria, con la sanción de las Naciones Unidas, a todas las cuestiones pendientes en las cuales tiene especial interés el mundo cristiano; principalmente, la cuestión de Jerusalén.

No puede haber vida judía en Jerusalén sin el Estado de Israel, ni puede haber Estado de Israel sin Jerusalén. Esta lección la aprendimos el año pasado al precio de muchas vidas y de sufrimientos en masa, cuando el espectro de la destrucción total rondaba sobre toda la ciudad, y nuestros mejores hijos sacrificaban sus vidas para defenderla. Al mismo tiempo, estamos decididos a asegurar la más completa fiscalización de los santos lugares de Jerusalén por las Naciones Unidas y comprometemos nuestra amplia y activa colaboración al res-

pecto, tanto con las Naciones Unidas como con las Iglesias y los prelados interesados.

Creo que he ocupado mucho tiempo la atención de la Cámara, pero ya me estoy acercando al final de mi reseña. Quisiera concluir como comencé, subrayando enfáticamente la vital y urgente necesidad de un arreglo de paz amplio y estable. Pero por más urgente que sea la paz para nosotros y para el mundo, no puede esperarse que paguemos cualquier precio por conseguirla. Hay un precio que no podemos pagar, si es que realmente deseamos una paz verdadera. Si fuera necesario, nos mantendríamos firmes esforzándonos por demostrar la justicia de nuestro caso, pero no vamos a arriesgar con una concesión apresurada, nuestra seguridad y todo nuestro porvenir. Al mismo tiempo, perseveraremos en nuestros consistentes esfuerzos para lograr una paz duradera y honorable que salvaguarde nuestra seguridad. No nos quedaremos de brazos cruzados; no lo hicimos antes ni lo haremos en el futuro. Iremos hacia la otra parte empleando todos los medios dignos y practicables. Reconocemos ampliamente la existencia y los intereses vitales de todos y cada uno de los muchos factores políticos que nos rodean. Esperamos que también nos aborden a nosotros con el mismo estado de ánimo. Únicamente sobre la base de una apreciación realista de los intereses vitales de todas las partes podrá construirse una paz permanente.

Estamos convencidos de que la realidad firmemente establecida de la existencia de Israel, aunque es nueva y revolucionaria, ya penetró profundamente en la conciencia del mundo árabe y no árabe que nos rodea. Estamos seguros que muchos de sus dirigentes ya están extrayendo, en el fondo de sus corazonas, las consecuencias lógicas de esta nueva realidad, y que comprenden la necesidad de establecer relaciones firmes, que no solamente devolverán la paz al Medio Oriente, sino que abrirán una nueva era de esfuerzos conjuntos en beneficio de su verdadera independencia política y de su progreso económico. El problema de la paz entre Israel y los Estados árabes, es ante todo, un problema de valor civil por parte de los dirigentes de esos Estados, para dar forma práctica a sus convicciones. Es también un problema de esclarecimiento: hay que

eliminar los obstáculos externos y ejercer influencias constructivas sobre los asesores de los Estados árabes, para inculcar un espíritu realista en los círculos que determinan la política, librándolos de la falsa ilusión que los obsesiona y de los lemas equivocados a los cuales siguen aferrados. Por nuestra parte, debemos hacer todo lo que podamos para convencer al mundo árabe, entre el cual decretó el destino que se encuentre nuestra morada, que estamos imbuídos de los más sinceros anhelos de paz y estabilidad; que no cobijamos designios expansionistas o agresivos; que no aspiramos a beneficiarnos con la ruina de los demás, que es por el contrario, nuestra más alta ambición, unificarnos en un común esfuerzo de reconstrucción; que el Estado de Israel no es un instrumento en las manos de nadie, sino un instrumento para la salvación del pueblo judío y una palanca para promover la independencia y la prosperidad en todo el Medio Oriente.

Llegará un día en que el vacío dentro del cual ahora vivimos en relación con nuestros vecinos, será llenado con un contenido vital: la vital complacencia de una activa cooperación. Quedará entonces completada la red del reconocimiento universal de Israel, y el eje de gravedad de nuestro sistema de relaciones diplomáticas pasará de la periferia al centro. A nuestras legaciones en Moscú, París, Londres y Washington, y otras capitales distantes, se agregarán nuestras misiones en El Cairo y en Damasco, en Beirut y en Ammán. Comenzará una nueva era en la política exterior de Israel. También significará una nueva era para la evolución política y económica del Medio Oriente en su conjunto. Aunque ahora pueda parecer lejano, muy lejano, ese día llegará indefectiblemente.

## PROPUESTA DE ISRAEL SOBRE JERUSALEN

Declaración formal sobre la posición de Israel, presentada el 25 de noviembre de 1949 ante la Comisión Política ad hoc, durante el debate general sobre la cuestión de Jerusalén.

Me propongo en esta oportunidad limitarme a una declaración general sobre nuestra posición en el caso de Jerusalén. Mi delegación se reserva el derecho, naturalmente, de volver sobre el tema y extenderse con mayores detalles sobre ciertos aspectos específicos del proyecto de la Comisión de Conciliación para Palestina, de la resolución australiana y de las enmiendas que le fueron propuestas. En una de esas ocasiones nos ocuparemos de los cargos que fueron formulados en la presente sesión por el representante de Siria.

El asunto de Jerusalén continúa siendo un foco de pasiones y de controversias. Ya es hora de que sea eliminado del debate internacional por un arreglo digno y duradero. Y ese arreglo no sería difícil de lograr, si las distintas reclamaciones que comprende, fueran apreciadas con criterio realista y se hiciera un sincero esfuerzo para armonizarlas. Es con este espíritu de realismo constructivo que entra en la presente discusión la delegación de Israel, esperando que sea la última fase del prolongado proceso de consideración por las Naciones Unidas del futuro de Jerusalén.

Las instituciones históricas que dieron a Jerusalén su nombre incomparable son de propiedad común de toda la humanidad civilizada. El nombre de la ciudad ha evocado en el transcurso de los siglos la veneración religiosa de las multi-

tudes en la mayor parte del mundo. Sin embargo la veneración universal no debe servir para eclipsar la pasión devastadora de una devoción particular. Jerusalén ha sido una fuente de inspiración espiritual para millones de personas, durante muchas centurias y en distintas regiones. Para el pueblo judío, como pueblo, ha sido y es el alma misma, el símbolo de su pasada gloria, la estrella polar de sus peregrinaciones, el tema de sus oraciones diarias, la meta de sus esperanzas de redención. Este contraste entre la psicología nacional e internacional con respecto a Jerusalén, entre la intensidad y el significado del interés nacional y el internacional, es compulsivo e incontestable.

Es esa singular devoción por Jerusalén la que guió a los judíos, aun bajo el gobierno otomano, a constituir la mayoría de los habitantes de la ciudad y, posteriormente, de construir en ella su centro espiritual, cultural y político en Palestina. Todas sus esperanzas y sus esfuerzos por lograr la regeneración nacional y por obtener la independencia, participaron de la sublime inspiración que solamente podía impartirle la Ciudad Eterna.

La posición central de Jerusalén en la vida judía de la Palestina judía y del pueblo judío en todo el mundo, fué ampliamente aceptada por la opinión ilustrada mundial. Altos dignatarios de la Iglesia fueron los primeros en expresarla. Cuando el proyecto del Estado judío de Palestina fué discutido por primera vez por Gran Bretaña en 1937, fué el primado de la Iglesia anglicana, el difunto arzobispo de Canterbury, quien insistió en que Jerusalén debía formar parte de él. En la edición de 1944 del Diccionario de la Biblia, de Wéstminster, publicado en este país por autoridades teológicas cristianas, encontramos a Jerusalén descrita como "la ciudad sagrada y conocida capital de Judah, de Judea, de Palestina y de los judíos de todo el mundo".

#### UN ACTO DE ABNEGACIÓN

Por consiguiente, la renuncia de los representantes judíos, ante la Asamblea General de 1947, de sus demandas de inclusión en el Estado judío de la Jerusalén judía, implicó un

enorme sacrificio de sentimientos y de posiciones. Me permito dudar de que haya habido jamás otra concesión similar, voluntaria, de supremos intereses nacionales, en atención al consenso de la opinión internacional. Pero ese acto de abnegación ha resultado inútil —de haberse mantenido habría sido desastroso—, porque la comunidad internacional no ejerció la autoridad que reclamó y recibió.

Frente a la embestida brutal de sangrienta violencia lanzada por las fuerzas árabes contra los judíos de Jerusalén y contra su propia autoridad, las Naciones Unidas optaron por apartarse de su solemne responsabilidad. No trató de adjudicar culpabilidades. Me limito a señalar los hechos; pero son hechos grávidos de consecuencias trascendentales. En la etapa crucial y decisiva, cuando dejó de existir la autoridad que gobernó Jerusalén durante treinta años, las Naciones Unidas no llenaron la vacante producida. Su deserción fué categórica y completa. El Estatuto de Jerusalén, elaborado por el Consejo de Fideicomisos, con la más amplia cooperación de los representantes judíos, fué arrumbado. Las repetidas tentativas de revivirlo fueron firmemente resistidas por el Consejo de Fideicomisos y por la Asamblea General. La última tentativa se hizo el 29 de julio de 1948. En aquella memorable ocasión la propuesta de reanudar la consideración del Estatuto en el Consejo de Fideicomisos, obtuvo un solo voto por la afirmativa: la del miembro que presentó la propuesta. Ocho miembros votaron en contra, y tres se abstuvieron.

Podría muy bien ser que las Naciones Unidas hayan aceptado originalmente la responsabilidad de Jerusalén sin la debida deliberación y previsión. Al hacerse presente una situación de emergencia, descubrieron que no tenían medios para hacerle frente. De ahí que haya sido inevitable su retirada a una actitud de pasividad. Pero si es así, es ocioso reclamar ahora que se vuelva a un *status quo ante* constitucional, como si nada hubiese pasado en el intervalo.

#### LA UNIDAD DE LA CIUDAD Y EL ESTADO

Abandonados a la alternativa de luchar o rendirse, los judíos lucharon y ganaron. Lo que reconquistaron no fué simplemente

su posición en Jerusalén, sino el lazo de unión entre la ciudad y el Estado de Israel. El vínculo teórico cortado en los Consejos de las Naciones Unidas fué restaurado, bajo el fuego, por la ciudad sitiada y el Estado de Israel que acudió presuroso en su defensa. Quedó afianzado con la sangre de 1.490 judíos caídos en Jerusalén, como resistentes civiles de la ciudad, hombres, mujeres y niños, o como soldados del ejército de Israel, reclutado en Jerusalén y en todo el Estado. Adquiere fuerza y tenacidad con los terribles recuerdos que siguen viviendo punzantes en la memoria; las granadas del enemigo sembrando la muerte y la ruina día y noche, el peligro inminente del hambre y la sed, la angustia de haber sido abandonados por el mundo entero. Esas experiencias se graban profundamente en la mente de los hombres y fortalecen su resolución.

Lo que surgió y se robusteció en esa prueba de fuego, tanto como de conciencia, fué la unidad viva de la Jerusalén judía con Israel. Comprobóse que era ilusoria la separación forjada por medio de la palabra. Una experiencia trágica y heroica demostró que el Estado y la ciudad son intrínsecamente inseparables. Los dictados de la autoconservación prevalecieron sobre la primitiva y buena voluntad para aceptar un veredicto internacional. El veredicto resultó ser inoperante porque aquellos que tenían el deber de sostenerlo no lo hicieron; en igual forma, su aceptación por parte de los judíos, mediante la renuncia de su reclamación básica, quedó anulada por los mismos acontecimientos. La insistencia original de que la Jerusalén judía forme parte integral del Estado de Israel quedó justificada por los hechos inexorables.

El proceso que se desenvuelve puede ser definido como una serie de hechos inevitables. Aun después de conjurado el peligro mortal, ha seguido existiendo la necesidad de armar las defensas. Esa tarea fué confiada, naturalmente, al ejército de la defensa de Israel. Los salvavidas lanzados en el fragor de la batalla como medida de emergencia —el nuevo camino y la cañería de agua—, quedaron a cargo, para su mantenimiento y funcionamiento normal, de los ministerios correspondientes de Israel. Lo mismo que la organización del aprovisionamiento y racionamiento. De los impuestos se ocupa, como es natural, el ministerio de Finanzas. Es preciso mantener el orden y el

imperio de la ley; habría sido ridículo tratar de instalar una legislatura por separado para Jerusalén: por lo tanto, se proclamó que entraban automáticamente en vigencia las leyes de Israel. La ciudad quedó incorporada al Estado en todo lo que respecta a la administración. Toda la viva trabazón de las conexiones, transitorias o permanentes, entre la Jerusalén judía y el resto de la Palestina judía, tan brutalmente cortada por la espada del enemigo, comenzó a entrelazarse de nuevo en cuanto hubo concluido la separación. Ya ha sido completamente restablecida. Pero Jerusalén no es una ciudad corriente, ni lo será nunca. Su posición central y su dignidad únicas no pueden ser ignoradas. Razones de índole simultáneamente económica y moral indujeron, y continúan induciendo, la transferencia a Jerusalén de instituciones centrales que siempre tuvieron su sede en la ciudad.

Ha sido desde su comienzo un proceso natural e inevitable, primero de defensa y liberación, y luego de rehabilitación y restauración de la vida normal. El distinguido representante de Australia describió estos acontecimientos como obedeciendo al propósito premeditado de burlar una decisión de las Naciones Unidas, decisión, permítaseme volver a subrayar, que fué desconocida por la violencia árabe y que las mismas Naciones Unidas dejaron deliberadamente de hacer cumplir. Quisiera que el señor representante australiano se imaginase a su propio gobierno pasando por la misma prueba, haciendo los mismos sacrificios, arrojando las mismas responsabilidades, desempeñándose como único custodio de los mismos valores históricos. No sé si podría asegurarnos que ellos actuarían de otra manera.

No podemos admitir que la liberación de Jerusalén o cualquier otra acción emergente pueda ser objeto del más mínimo reproche justificado.

El distinguido representante de Australia se refirió con mucha razón a la parte destacable que su gobierno y su delegado desempeñaron ayudando a Israel en la conquista de su actual posición. Mi delegación suscribe todas las palabras que pronunció sobre la actitud de Australia en la cuestión de Palestina. Yo iré más lejos aún, y aprovecharé esta ocasión para rendir tributo a la contribución personal que prestaron el



eminente señor ministro australiano de Relaciones Exteriores, el mismo señor delegado a la aceptación y reconocimiento universal de Israel. Tengo la certeza de que la simpatía y la amistad de Australia hacia Israel no son un aspecto pasajero de su política internacional. Pero no se trata simplemente de amistad o de simpatía, sino de reconocer necesidades elementales y procesos vitales.

#### LA GARANTÍA DE UNA VIDA LIBRE E INDEPENDIENTE

Y a propósito; la suposición del distinguido representante de Australia de que en París mi delegación se manifestó de acuerdo con una vuelta a los términos de la resolución del 29 de noviembre de 1947, con respecto al status de Jerusalén o a los límites de Israel, debe basarse en un malentendido por parte del señor delegado o por parte nuestra. Digamos de paso que, en lo que concierne al destino de esa resolución, Israel tiene la conciencia tranquila y clara. Si esa resolución no se materializó, no fué por culpa nuestra. Nosotros fuimos los únicos, de todas las partes interesadas, que estuvimos dispuestos a ponerla en práctica, con todas las limitaciones que suponía para nuestro futuro. Nosotros fuimos los únicos que hicimos algo para tornarla efectiva. Las otras partes hicieron algo para destruirla, o no hicieron nada. Que la suerte les haya sido adversa, que los acontecimientos hayan tomado otro rumbo, son cosas que ya pertenecen a la historia, cuyo reloj no puede marchar hacia atrás. La deuda que tenemos para con las Naciones Unidas por haber reconocido nuestro derecho a vivir como nación independiente en nuestra patria —que es la parte fundamental e imperecedera de la resolución del 29 de noviembre—, es una parte indestructible de nuestra conciencia política. Pero al mismo tiempo tenemos el propósito de no olvidar que a pesar de esa resolución estuvimos a punto de ser eliminados violentamente y que, fortificados sólo moralmente por la resolución, luchamos solos para salvar nuestro futuro.

Para volver al tema de Jerusalén, si hay alguna conclusión que surja con fuerza irresistible de la reciente experiencia y la actual situación, es la de que ningún fondo internacional ni las fuerzas armadas que estuvieron a su disposición, podrían

jamás hacer frente a las necesidades y proveer al crecimiento y al desarrollo de la Jerusalén judía, tan adecuadamente como lo está haciendo el gobierno de Israel, con todas sus limitaciones y escasez de recursos. Y aun cuando lograrse desempeñarse apropiadamente en los aspectos puramente materiales y administrativos, habría fracasado forzosamente en lo que debe ser objeto central de todo buen gobierno: la garantía de una vida libre e independiente.

Ese es el punto crucial del problema. Un régimen internacional que gobernase Jerusalén, sin recibir su autoridad de la voluntad libremente expresada por sus habitantes, niega a estos últimos el derecho elemental de que gozan sus compatriotas en otras partes, a saber, el derecho de pertenecer a un Estado independiente como ciudadanos, con todas las atribuciones. ¿Justifican esa denegativa las asociaciones religiosas de Jerusalén? ¿Es imprescindible que predominen sobre los elementales intereses y las legítimas aspiraciones de seres civilizados? ¿Únicamente pueden ser protegidos los santos lugares y garantizadas las asociaciones religiosas cercenando a los habitantes judíos de Jerusalén el ejercicio de su derecho a la autodeterminación cívica y política? ¿A los permanentes intereses de las Iglesias y las instituciones religiosas debe cargárseles la responsabilidad de obstruir permanentemente el curso normal de la vida secular y la libre manifestación de los habitantes? ¿No hay otra manera de satisfacer los profundos sentimientos religiosos del cristianismo y el islamismo centrados en Jerusalén, sin invadir la normal soberanía de Israel?

Aceptamos la santidad de las asociaciones religiosas consagradas a Jerusalén y estamos dispuestos a garantizar que, en lo que respecta a nuestra zona, serán ampliamente respetadas. Uno de los principios fundamentales proclamados por nuestra Declaración de la Independencia, establece que deben ser salvaguardadas la libertad de culto y el cumplimiento de las costumbres y los ritos religiosos. Dentro de la libertad de culto queda incluida la libertad de peregrinaje y el libre y seguro acceso a los lugares santos y los sepulcros. Estamos dispuestos a asumir la responsabilidad especial por la seguridad e inviolabilidad de los santos lugares en la zona de Jerusalén. Aceptamos la autoridad de supervisión de las Naciones Uni-

das con respecto a los santos lugares. Pero negamos que para todos esos objetivos sea necesario mutilar la independencia de nuestro pueblo e introducir una autoridad externa para regular su vida interna. Además, no veo de qué manera pueda llevarse a cabo, en la práctica, esa mutilación, en el caso de los judíos de Jerusalén, que gozan actualmente de todas las oportunidades ofrecidas por una vida política libre e independiente, exactamente igual que sus conciudadanos de Israel, o también, exactamente igual que los ciudadanos de cualquier región de cualquier país libre y democrático. No habiéndose materializado las limitaciones contempladas originalmente, es físicamente imposible imponerlas actualmente.

#### CONFUSIÓN, FRICCIÓN, CONFLICTOS Y CRISIS

El proyecto de la Comisión de Conciliación para Palestina, es inaceptable para nosotros, sobre todo, porque se basa en el establecimiento de una autoridad exterior sobre toda una zona, vale decir, la sujeción de los judíos de Jerusalén a unas normas antidemocráticas, y el cercenamiento de la independencia de Israel. De este principio fundamental derivan una cantidad de aspectos objetables, tan injustos como impracticables. Pero aun cuando se eliminaran o mitigaran esas cláusulas específicas, el problema no quedaría resuelto satisfactoriamente. Mientras permanezca inalterable la base del esquema, la existencia de una autoridad rival a la del Estado, y más aún, de una autoridad que pretendería tener preeminencia sobre la del Estado, sería una fuente perpetua de confusión, fricción, represión, conflictos y crisis. Sobre esa base no puede erigirse un régimen estable. En ese ambiente, no puede haber satisfacción.

Por esta razón, mi delegación está obligada a extraer como consecuencia, que la versión algo modificada del proyecto, bosquejada por el distinguido representante de Estados Unidos en su declaración, no llena su objetivo. Advertimos que se aparta de la sorprendente propuesta contenida en el proyecto de acordarle poder al comisionado de las Naciones Unidas para limitar o prohibir la radicación de judíos en Jerusalén, aunque confesamos nuestra gran inquietud por el hecho

de que con respecto a la inmigración conviene, en que el comisionado retenga "la fiscalización supervisora en casos de emergencia". Tomamos nota también de la opinión expresada por el señor representante de Estados Unidos de que "las leyes de Israel debieran seguir aplicándose como hasta ahora en la Jerusalén judía", y de que debe dejarse al cuidado de los habitantes y del gobierno a cargo actualmente de la administración, la decisión sobre el régimen político que debe imperar.

Pero estos detalles atenuantes, aunque son de importancia, no afectan el fondo mismo de la cuestión. Continúa presente el principio básico de un régimen internacional permanente que abarca todo un territorio y ejerce directamente su autoridad por encima de la autoridad del Estado, o en conflicto con la autoridad del Estado. Las exigencias del simbolismo religioso reciben un infundado predominio, se exige repetidamente un máximo de autonomía local, dentro del marco del régimen internacional, pero este consuelo no puede ser de ningún modo satisfactorio. La expresión "autonomía local" es más inquietante que tranquilizadora. Es un evidente eufemismo para expresar falta de independencia.

El planteo del representante de Estados Unidos conserva el establecimiento de un Consejo general, con poderes vagamente definidos pero con inevitables posibilidades de interferencia en el funcionamiento normal del gobierno. El Consejo estaría integrado por judíos y árabes en igual número. Que en este Consejo se desarrolle un ambiente de sociabilidad, es ilusorio. La inevitable división entre las dos entidades nacionales entronaría al presidente, o sea, el comisionado de las Naciones Unidas, como árbitro supremo del Consejo, con la completa negación de su autonomía. La complicada organización de los tribunales de las Naciones Unidas, en conflicto de jurisdicciones con los del Estado, es otro de los aspectos negativos del proyecto que permanecen intactos. Finalmente, el distinguido representante de Estados Unidos, exige con gran energía la inmediata desmilitarización de Jerusalén.

Ninguna ilusión puede ser más peligrosa. Desmilitarización, es una palabra de fácil efecto. Aplicada a una ciudad santa es particularmente atrayente y plausible. La propuesta refleja una auténtica preocupación por la paz y la seguridad de Jeru-

salén, pero es dudoso que hayan sido bien comprendidas sus implicaciones prácticas.

La seguridad de Jerusalén está ahora regida por el acuerdo de armisticio israelí-transjordano, cuyos términos, particularmente los relativos a Jerusalén, han sido escrupulosamente cumplidos en lo que respecta a la supresión de las hostilidades. Durante muchos meses ha reinado en toda la ciudad la más completa paz y tranquilidad. El armisticio ha permitido y hasta impuesto una disminución parcial de las fuerzas armadas de ambas partes. Si la paz formal sigue la huella del armisticio, habrá indudablemente una nueva reducción. En otras palabras: se está realizando actualmente un desarme gradual, aunque parcial. Pero exigir un desarme repentino y completo no es solamente pedir lo imposible; es frustrar los propósitos declarados.

La Jerusalén judía está rodeada por tres lados —norte, este y sud—, por territorio árabe. Un desarme completo bilateral de las zonas judías y árabe no establecería un equilibrio de seguridad. Dejaría la zona judía en una posición de marcada inferioridad, sumamente vulnerable y expuesta a ataques repentinos que sería incapaz de rechazar inmediatamente. Unicamente un prolongado período de tranquilidad ininterrumpida podría imprimir un cambio en la psicología de los judíos, siempre vigilantes y listos para la defensa. Con el recuerdo de los recientes atropellos y la inicial ineffectividad de las Naciones Unidas todavía fresco en la memoria del pueblo, si se impone la desmilitarización por la fuerza, sólo se conseguirá provocar reacciones no conducentes, por cierto, a lograr la paz y el orden. La pacificación es un proceso que no puede ser impuesto artificialmente. Hay que dejar que siga su curso normal y gradual. El acuerdo de armisticio es un compromiso internacional y sus cláusulas sólo pueden ser modificadas por consentimiento mutuo de las partes, de conformidad con los mismos términos del acuerdo.

Vemos que la delegación de Estados Unidos no ha tomado una posición definitiva sobre este asunto y que, como dijera su distinguido portavoz, está dispuesta a considerar cualquier nueva propuesta que pudiera facilitar la tarea de lograr un acuerdo general.

## SOLUCIÓN POR CONVENIO

En consecuencia rechazamos el proyecto aun en su redacción temperada. Se halla en juego una cuestión fundamental y es imperativo que se adopte una resolución de contornos nítidos. No podrá ser efectivo ni duradero ningún arreglo que no deje a la autoridad establecida en posesión y ejercicio de sus funciones normales de gobierno, sin obstáculos ni impedimentos. El problema no se resolverá subordinando la vida corriente a los intereses religiosos. Ni tampoco los intereses religiosos involucrados requieren esa subordinación. Jerusalén no es meramente una colección de lugares santos, de sedes y edificios religiosos. Es, y sobre todo en la parte nueva, una ciudad de industria y comercio, de educación y cultura, de actividades artísticas y literarias; en pocas palabras, de multifásica vida moderna. Los ciudadanos judíos que la habitan son personas altivas, que no le ceden a nadie la primacía en su pasión por la libertad, en su insistencia de gozar una independencia política sin restricciones. Han declarado una y otra vez, por medio de sus representantes, que su gobierno es el gobierno de Israel y que no reconocerán ningún otro. Es difícil comprender de qué manera podrá exigírseles obediencia a otra autoridad. El hecho de que Jerusalén contenga reliquias de otras religiones y que sea considerada como sagrada por millones de personas de otros países próximos y lejanos, impone indiscutiblemente obligaciones a sus habitantes y responsabilidades a su gobierno. La necesidad internacional de proteger los lugares santos y de garantizar los intereses religiosos de todas las comunidades en la ciudad santa, no debe ser de ningún modo sacrificada a los intereses del pueblo de Jerusalén. Pero tampoco deben exponerse los derechos y los intereses de este último por las asociaciones religiosas de la ciudad. No es necesario sacrificar nada por ningún lado, pudiendo lograrse la armonía mutua.

La delegación de Israel ya tuvo oportunidad de señalar la naturaleza de la solución que considera justa y practicable para el problema. Israel acepta el principio del interés internacional por los santos lugares, expresado por medio de las

Naciones Unidas. Acepta la idea de un régimen internacional para darle efectividad a ese interés, pero, en su concepto, ese régimen internacional debe ser de carácter funcional, no territorial, es decir, debe ocuparse de la vigilancia de los santos lugares y de reforzar, por medio de las autoridades correspondientes, las medidas necesarias para su protección y facilidad de acceso. Podría complementarse el ejercicio de esa autoridad funcional de las Naciones Unidas en toda la zona de Jerusalén, con la internacionalización completa de la ciudad vieja, que constituye una concentración de las reliquias más importantes. En cuanto a las funciones de superintendencia en las zonas fiscalizadas por Israel, mi delegación cree que la mejor manera de asegurar su efectivo cumplimiento sería mediante un convenio concluido solemnemente, en virtud de una resolución de la Asamblea General, entre las Naciones Unidas y el gobierno de Israel, estipulando las obligaciones del referido gobierno y las prerrogativas de las Naciones Unidas en esa materia.

La concertación de ese convenio no representaría la derogación de la autoridad de las Naciones Unidas, que continúa siendo suprema. Pláceme asegurarle al distinguido señor representante de Francia que sus temores son infundados. La idea de un acuerdo surge de la suposición de que una obligación tiene más fuerza moral cuando se contrae en virtud de un convenio libremente suscrito, que cuando es formalmente impuesto por una autoridad superior. Mi delegación está convencida de que en esa forma el gobierno de Israel asumirá una responsabilidad más efectiva y que los permanentes intereses de los santos lugares y de las entidades religiosas estarán, como consecuencia, mejor atendidos. Aparte de los deberes administrativos que les corresponden a las autoridades como tales, la tarea de educación popular necesaria para inculcar en el pueblo el respeto por los santuarios y los sentimientos religiosos de los demás, puede dar resultados más positivos cuando la emprende el propio gobierno en cumplimiento de una obligación voluntariamente concertada con la aprobación del pueblo. Pero la concertación del convenio propuesto debe ser decidida por la Asamblea General que de ese modo afirmaría toda su autoridad.

#### TRATAMIENTO ESPECIAL PARA LA CIUDAD ANTIGUA

Para evitar todo equívoco posible o para apartar cualquier mala interpretación que pueda haber surgido, voy a recordar que la idea de un régimen internacional funcional fué claramente expuesta ante la Comisión Política ad hoc por el representante de Israel antes de su ingreso en la O.N.U. como miembro. Hablando en la reunión del 5 de mayo de 1949, de la Comisión Política ad hoc, dijo el señor Eban:

“Una de las maneras factibles de resolver el problema, es limitando el régimen internacional regionalmente, de modo que no se aplique a toda la ciudad sino solamente a aquella parte que contiene la mayor concentración de reliquias religiosas e históricas. Esta medida fué propuesta por mi gobierno en París, durante la primera parte de la presente sesión. Por otra parte, es también posible ir más lejos y contemplar la instalación de un régimen internacional *que se aplique a toda la ciudad de Jerusalén, pero restringido funcionalmente*, de modo que le corresponda únicamente la protección y fiscalización de los lugares santos, sin corresponderle ninguno de los restantes aspectos puramente seculares o políticos de la vida o el gobierno de la ciudad”.

La distinción entre la ciudad vieja y la ciudad nueva es esencial, y su importancia no puede ser exagerada. La ciudad vieja, que contiene entre sus muros los principales santuarios de las tres religiones, todos los patriarcados cristianos, una cantidad de monasterios y conventos, las instituciones eclesiásticas musulmanas y un barrio judío, con sus antiguas sinagogas en ruinas, es solamente una fracción de la parte de Jerusalén que está actualmente en poder de los árabes. Abarca nada más que el 6,5 por ciento del territorio municipal de Jerusalén, y sólo el 2 % de su proyectada planta urbana. Es en su mayor parte un laberinto de callejuelas angostas, tortuosas y abovedadas, flanqueadas por antiquísimos edificios irremediablemente insalubres para ser habitados. Como se ha dicho, la ciudad amurallada está actualmente en manos de los árabes. Las sinagogas

judías, que fueron dañadas durante la lucha, han sido prácticamente arrasadas después de terminada la contienda. Las autoridades árabes que la fiscalizan han negado el acceso de los judíos a su reliquia principal, el Muro de los Lamentos, último resto del Templo.

Fuera de las murallas los árabes retienen el 38 % de la proyectada zona urbana de Jerusalén, tal como fuera delimitada por la administración del mandato británico en previsión del crecimiento y desarrollo de la ciudad. Si los actuales habitantes árabes de la ciudad amurallada pudieran ser inducidos, mediante el ofrecimiento de facilitarles mejores viviendas, a que abandonaran voluntariamente aquellos barrios congestionados y se instalaran en el espacio libre exterior a las murallas, la ciudad amurallada podría entonces convertirse en un conjunto espacioso y digno, librado de su actual fealdad y suciedad, que contuviese solamente lugares santos e instituciones religiosas y estuviese consagrado a la veneración religiosa y al peregrinaje por parte de los miembros de todas las creencias, bajo la égida de las Naciones Unidas. Lograr esa transformación sería un objeto digno de la iniciativa y la preocupación de las Naciones Unidas. Mientras no se haga esa reforma trascendental, el carácter único de la ciudad amurallada debe ser tenido en cuenta como punto que requiere tratamiento especial. De todas maneras debe ser reservada la reclamación judía respecto al acceso al Muro de los Lamentos y a la restauración de las sinagogas.

El gobierno de Israel no condiciona el establecimiento del status para los santos lugares de la parte judía de Jerusalén al establecimiento paralelo de un status para los que se encuentran en poder de los árabes. Por lo que respecta a la zona israelí de Jerusalén, mi delegación tiene el honor de presentar a la Comisión el siguiente proyecto de resolución, referente a un proyecto de acuerdo que será igualmente distribuido.

El proyecto de resolución dice así:

#### LA ASAMBLEA GENERAL

CONSIDERANDO sus sucesivas resoluciones que expresaban la preocupación de las Naciones Unidas por Jerusalén, debido a

presencia en aquella ciudad de lugares sacros, sedes y edificios religiosos;

ATENTA a que la Declaración de la Independencia de Israel, dada el 4 de mayo de 1948, estipula la protección de los lugares sacros de todas las religiones;

DESEANDO mantener los derechos existentes en los santos lugares, y en particular los derechos y las normas en vigor al 14 de mayo de 1948, dándose de ese modo expresión práctica y efectiva a aquella preocupación;

#### RESUELVE:

1. Autorizar al secretario general a firmar en nombre de las Naciones Unidas un convenio con el Estado de Israel relativo a la supervisión y la protección de los santos lugares de Jerusalén.
2. Requerir al secretario general que informe en la 5ª sesión ordinaria sobre los progresos obtenidos en la firma y ejecución del acuerdo mencionado.

---

## POR JERUSALEN, NO DESCANSARE

---

Resumen de los argumentos presentados en el debate final del plenum de la Asamblea General, el 9 de diciembre de 1949, contra la internacionalización de Jerusalén, instando a las Naciones Unidas a que eviten el fiasco

Al finalizar este prolongado debate, que abarcó cinco etapas—primero en la Asamblea General, luego en la Comisión Política ad hoc, luego en el primer subcomité, luego otra vez en el Comité Político ad hoc y, por último, nuevamente en la sesión plenaria—, la delegación de Israel se encuentra asombrada y desalentada ante la gravedad del proyecto que tenemos en discusión.

La falta de visión real en las últimas fases de la discusión, que culminó con la adopción de este proyecto por una mayoría tan considerable en la Comisión Política ad hoc, ha sido deprimente y profundamente perturbadora. La claridad de visión y la sinceridad de propósitos de toda la Asamblea General están ahora puestas a prueba. No podemos creer que la opinión mayoritaria formada en la Comisión Política ad hoc pueda convertirse en un decreto del destino, y menos aún en el ponderado veredicto de los estadistas del mundo.

La delegación de Israel se niega a concluir que la causa de la razón ha quedado perdida y que una apelación de último instante al juicio sereno y al sentido de la realidad esté predestinada a caer en el vacío. La delegación de Israel cree que aún puede prevalecer un criterio más sano y que aún pueden

llegar a triunfar los dictados de la justicia y del discernimiento constructivo.

En este esfuerzo final que hacemos para oponernos a lo que nos parece desastroso, y para reclamar una solución a la vez justa y practicable, podemos resumir brevemente los hechos salientes de la situación.

El *primer* hecho es el carácter extraordinario de Jerusalén. Es, por una parte, el centro histórico del pueblo judío, el foco de su vida nacional, una ciudad que entró en la historia como capital judía y que, como tal, se convirtió en visión de profecía. Es, por otra parte, una ciudad cuyo nombre santifican tres religiones mundiales, y en un sentido específico, el cristianismo, porque es allí donde ocurrieron los acontecimientos que trajeron al mundo la religión cristiana. Jerusalén es también sagrada para los musulmanes y contiene la tercera reliquia del Islam. Pero estas connotaciones de Jerusalén reposan sobre planos enteramente distintos. No es cuestión de colocar una connotación sobre la otra, ni de subordinar una a la otra. Es más bien cuestión de señalarle a cada una su verdadero valor y de armonizar los valores entre sí. Para los cristianos, Jerusalén es un concepto espiritual, un símbolo exaltado, un lugar que veneran orando, y en el que algunos dedican sus vidas al servicio divino y a la meditación, mientras muchos otros sólo pueden tener la esperanza de visitarlo en peregrinación. Para los judíos, no es solamente su único gran centro religioso, fuente de su inspiración espiritual. Es el centro de la vida nacional, el alma de la nación, la ciudad que han vuelto a crear y edificar: me refiero a la mayor parte de la ciudad exterior a las murallas, que los judíos construyeron y desarrollaron durante los últimos setenta u ochenta años, pero sobre todo en los últimos veinticinco años. Es la ciudad donde esperan que la capacidad creadora nacional pueda obtener las más amplias facultades para manifestarse. Jerusalén es sagrada para todo el mundo monoteísta, pero nunca desempeñó un papel decisivo en la vida nacional de ningún pueblo fuera del pueblo judío. Los judíos fueron expatriados dos veces de la ciudad. Siempre volvieron. Y creen que esta vez regresaron para quedarse en ella.

## JERUSALÉN ES UNA PARTE INTEGRANTE DE ISRAEL

El *segundo* hecho es que la Jerusalén judía, que abarca una gran parte de la ciudad nueva, pero no comprende de ningún modo toda su extensión, es hoy una parte integrante de Israel en todos los aspectos que se quieran considerar: contigüidad territorial, unidad legislativa y administrativa, completa dependencia financiera y, sobre todo, identidad de la conciencia política y espiritual.

*Tercero.* Cuando las Naciones Unidas estaban legalmente autorizadas y moralmente obligadas a recibir la ciudad de los mandantes que se retiraban y establecer en ella su autoridad, se abstuvieron reseulta e irrevocablemente de hacerlo. Mediante repetidas votaciones de la Asamblea General y del Consejo de Fideicomisos, la O.N.U. rehusó hacerse cargo a su debido tiempo de la responsabilidad cuya asunción había votado anteriormente.

*Cuarto.* El vacío resultante fué llenado inmediata e inevitablemente por el Estado de Israel. Ante la deserción de las Naciones Unidas el Estado ocupó la vacante producida. Lo hizo para salvar a la ciudad del hambre, la matanza y la ruina. El lazo que une al Estado con la ciudad quedó de ese modo estrechado, afirmado mediante heroicas proezas de salvamento, mediante sufrimientos indecibles, mediante grandes pérdidas de vidas.

## IMPERAN LA PAZ Y LA TRANQUILIDAD

*Quinto.* Este lazo no puede ser deshecho sin lanzar a la ciudad en el descontento y el caos. Ya no se trata hoy, como en determinado momento del año 1947, de resolver si Jerusalén debe ser incorporada a un Estado independiente, o a Estados independientes, o si debe ser constituida como *corpus separatum*. Hoy se trata de resolver si se acepta el hecho de que la Jerusalén judía forma parte del Estado independiente de Israel, o si se debe tratar de arrancarla al Estado e introducirla, contra el deseo de sus habitantes y en extremo e innegable detrimento de estos últimos, en la camisa de fuerza de un tutelaje impuesto por la fuerza. Esa es hoy la cuestión. Los

judíos de Jerusalén han sido categóricos sobre su actitud y su determinación. No reconocerán en la ciudad otra autoridad que no sea la de Israel.

*Sexto.* La Jerusalén judía es actualmente un modelo de gobierno ordenado. Su provisión de agua y alimentos, así como su sanidad, educación, policía y servicios postales, están ejemplarmente organizados. Desde la conclusión del armisticio israelí-transjordano en abril de 1949, reina en toda la ciudad la más completa paz y tranquilidad. Los santos lugares son inviolables y no están amenazados.

*Séptimo.* Los santos lugares de Jerusalén y sus alrededores se encuentran concentrados principalmente en la sección árabe. En la parte israelí de Jerusalén hay solamente unos pocos santuarios cristianos de nota, todos ellos en la periferia de la zona; la misma zona no contiene, en su mayor parte, ningún lugar sacro, ni cristiano, ni musulmán, ni judío. Por otra parte, la iglesia de la Natividad y la iglesia del Santo Sepulcro, vale decir, la cuna y la tumba de Cristo, así como el huerto de Getsemaní y los cuatro patriarcados cristianos, lo mismo que las más importantes reliquias musulmanas y judías, están todos en manos árabes. Presentar, por consiguiente, los santos lugares jerosolimitanos como obstáculo principal que se interpone entre el mundo cristiano e Israel, es sacar la foto completamente fuera de foco.

Otra cosa que contribuyó a desviar grotescamente el cuadro de su foco en el transcurso de este debate, es la del apoyo unánime de los representantes de los Estados árabes, aquí presentes, al régimen de internacionalización total para Jerusalén. La impresión creada de ese modo, particularmente por el discurso del representante de Siria, de que la oposición a la internacionalización territorial es voceada solamente por Israel, mientras que el mundo árabe la respalda unitariamente, es completamente falsa. La única potencia árabe cuya autoridad rige actualmente en una parte de Jerusalén —en una parte muy importante de Jerusalén—, y cuya actitud en la cuestión de la internacionalización es por consiguiente de directa y material importancia, es el reino de Jordania. El gobierno de ese país, según lo atestiguado por el representante de El Li-

bano, se opone implacable e inflexiblemente a cualquier forma de internacionalización.

Hoy se leyó en esta tribuna un telegrama del ministro del Exterior de ese gobierno, reafirmando en términos inequívocos su oposición. Voy a compartir con mis colegas un informe auténtico que acaba de recibir mi delegación frente a la resolución que considera en estos momentos la Asamblea General. El informe telegráfico es de fecha de hoy y dice lo siguiente:

"Su majestad el rey Abdula hizo una presentación demostrativa esta mañana, durante la oración, en la mezquita de Al Aksa (conocida comúnmente como mezquita de Omar), en la ciudad vieja de Jerusalén. Su capellán personal dijo en el sermón:

"Se habla mucho de internacionalización. Pero no temáis: depositad vuestra confianza en vuestro rey, quien proclamó que cortará las manos de cualquiera que intente robarnos un centímetro de terreno, y no permitirá que ninguna fuerza extranjera juegue con el destino de la ciudad".

"Por todas las estaciones radiofónicas difundióse un telegrama del ministro del Exterior de Jordania, dirigido al señor Trygve Lie. Los habitantes de Beit Jala (una gran aldea cristiana, transformada actualmente en ciudad, próxima a Belén), telegrafiaron al señor Lie expresando su oposición a la internacionalización. El señor Issa Bandak, intendente cristiano de Belén, anunció en Chipre que Belén se opone a la internacionalización. Afirmó que el rey había dicho que la internacionalización se haría únicamente pasando por encima de su cadáver."

El *Octavo* hecho se refiere a la posición de la cristiandad en Israel y en la parte israelí de Jerusalén. Pese a la horripilante perspectiva de lo contrario evocado aquí hace apenas unos minutos, lo cierto es que entre el gobierno de Israel y las autoridades eclesiásticas cristianas de todo el territorio de Israel, incluyendo Jerusalén, reina un estrecho contacto y la mayor armonía. Apenas quedó consolidada su autoridad, después del turbulento período inicial, el gobierno de Israel ase-



guré el más escrupuloso respeto por los derechos cristianos y las susceptibilidades cristianas. Están efectivamente garantizadas la más completa libertad de cultos y la más amplia libertad y seguridad de movimiento para los sacerdotes. Con respecto al año santo de 1950, el gobierno de Israel anunció que estaba dispuesto a acordar a los peregrinos las más amplias facilidades de tránsito en ambas direcciones. En los vitales terrenos de la educación religiosa y la jurisdicción religiosa y en los asuntos de la organización comunal, mi gobierno acordó todas las facilidades que fueron pedidas por los superiores de las comunidades religiosas correspondientes. Altas autoridades católicas y de otras Iglesias cristianas han expresado su amplia complacencia por la política que sustenta mi gobierno en la materia.

#### LA AUTORIDAD DE LAS NACIONES UNIDAS

*Noveno y último.* El gobierno de Israel reconoce sin reticencias la autoridad de las Naciones Unidas con respecto a los santos lugares de Jerusalén y de todo el territorio. Mi delegación expresó su punto de vista, de que la mejor forma de salvaguardar los intereses de la comunidad internacional en los santuarios de Jerusalén, sería estipulando un acuerdo entre las Naciones Unidas e Israel; pero no lo considera de ningún modo el único medio posible o aceptable para solucionar la cuestión. Quiero dejar claramente establecido que sería igualmente aceptable para mi gobierno una resolución o estatuto adoptado por la Asamblea General, para el cual podría servir como punto de partida la resolución holando-sueca, tal como fuera enmendada por Chile, imponiendo la supervisión por las Naciones Unidas de los santos lugares y requiriendo del gobierno o gobiernos interesados el reconocimiento de la supervisión, y su cooperación con el representante de la O.N.U. Estamos, en verdad, solemnemente dispuestos a comprometer nuestra más cordial cooperación con el representante internacional que fuese nombrado. Contraeremos esa obligación con la plena conciencia de la grave responsabilidad en que incurriríamos si dejáramos de satisfacer en lo más mínimo sus legítimos requerimientos.

Siendo éstos los hechos determinantes de la cuestión, ¿no

salta a la vista cuál es la solución que contempla todos los intereses comprometidos? Sólo hace falta un criterio normal para ver la forma de establecer y de mantener la autoridad de las Naciones Unidas con respecto a los santos lugares de Jerusalén sin entrar en conflicto con los derechos, los intereses y las aspiraciones de la población jerosolimitana, y, por el contrario, en plena armonía con los mismos; no a expensas del gobierno establecido sino con su apoyo amplio y voluntario. Esta es la primera oportunidad histórica de colocar los santos lugares bajo la directa superintendencia de un organismo internacional. Es una oportunidad sin precedentes para lograr ese gran propósito mundial con el amplio acuerdo y la propicia cooperación del gobierno interesado. Es la única garantía de viabilidad del convenio, implicada en la aceptación sin reservas del mencionado gobierno. Es, finalmente, el valor inapreciable de asociar a toda la población en la responsabilidad por el cumplimiento de ese régimen, porque se trata de un gobierno cuya autoridad proviene de la voluntad del pueblo libremente expresada.

¿Qué vemos, en realidad, en este proyecto? Nada menos que una tentativa de menospreciar realidades completamente legítimas e inalterables, de fraguar un arreglo absolutamente imposible de llevar a la práctica, de lanzar a las Naciones Unidas sobre una senda que parece destinada a terminar en un fiasco, y de dejar a los santos lugares mismos sin una adecuada disposición.

#### SE SUSCITA UN CONFLICTO INJUSTIFICADO

Los autores del presente proyecto han ignorado completamente el hecho de que la nueva Jerusalén es una ciudad moderna, palpitante de actividades económicas, culturales y políticas y que desempeña un papel central y mentor en la vida de Israel. La tratan como una abstracción, una mera sublimación de su verdadera realidad. Se ha planteado artificialmente en este debate un conflicto injustificado y gravemente perjudicial entre los vitales intereses de la ciudad y su población por una parte y sus instituciones religiosas mundiales, por la otra. En lugar de buscar la armonía, que se puede lograr tan fácilmente, se precipita deliberadamente una discordia descabellada.

La gran oportunidad de asentar el régimen internacional sobre las sólidas bases del consentimiento nacional es apresuradamente aventada. La ventaja inestimable que supone contar con la cooperación voluntaria de la única autoridad capaz de poner en práctica el régimen, es desperdiciada. En su lugar, se propone la más temeraria de las aventuras.

El activo engranaje de la vida económica y financiera que unió inseparablemente la moderna Jerusalén al cuerpo del Estado de Israel será cortada de un golpe. La autoridad del Estado de Israel, con toda la armazón de una administración gubernativa moderna —servicios públicos de sanidad, educación, trabajo, policía, correos, telégrafos y ferrocarriles, funciones impositivas, organización de suministros, provisión de empleos y administración de justicia, y todos los demás aspectos complejos de la regulación gubernamental en una ciudad moderna altamente desarrollada—, deberán ser totalmente derogados. Todas las imperiosas exigencias de la vida tendrán que ser sacrificadas en el altar del *corpus separatum*. A la libre población de Jerusalén habrá que imponerle una intolerable sujeción. La actual tranquilidad pacífica de Jerusalén quedará destruida y la ciudad será presa de ásperas disputas políticas y de la confusión y el desorden inevitables. La operación no limitará sus fatales efectos a Jerusalén. Sacudirá todo el Estado; se le extraerá el corazón mismo al cuerpo vivo del Estado.

Algunas delegaciones parecen estar trabajando en la suposición de que aun después de instalarse un régimen internacional total en Jerusalén, el Estado de Israel, en alguna forma inexplicable, continuará estando presente para mantener los servicios públicos y, en general, para atender la vida de la ciudad. Gran error. El plan delineado en el proyecto se contradice con el mantenimiento por parte del gobierno de Israel de sus responsabilidades y funciones en Jerusalén. Si Israel continúa en la ciudad, Jerusalén, es parte del Estado y no puede ser *corpus separatum*; si Jerusalén es *corpus separatum*, el gobierno de Israel debe retirarse, y con él, todos sus servicios, amenidades y subsidios. El mismo dilema se presenta con respecto a los santos lugares. Si el gobierno de Israel continúa siendo la autoridad responsable debe tener, en su zona, amplios

poderes ejecutivos, y puede entonces, en su zona, hacer honor a sus obligaciones en lo referente a los santuarios. Si, por el contrario, Jerusalén se convierte en un *corpus separatum*, el gobierno de Israel se retira y todas sus obligaciones en Jerusalén caen por tierra; y si entretanto la población hace imposible el establecimiento de cualquier otra autoridad, no queda ningún órgano efectivo que asuma la protección de los santos lugares.

Esa es la perspectiva, y la alternativa es clara. ¿Puede concebirse una disposición más directamente fatal para los mismos propósitos que expresa? ¿Puede una medida de gobierno convertirse más estípidamente en su propio contrario?

#### LAS CUESTIONES APREMIANTES NO PUEDEN SER ELUDIDAS

Los proponentes del plan que considera la Asamblea General actúan, al parecer, sobre la base de suposiciones extraordinarias. Los representantes árabes, entre ellos, esperan que sus explosiones de fervor, repentinas y sin precedentes, hacia las instituciones universales de Jerusalén, que su extravagante llamado a la conciencia religiosa del mundo, sean aceptados por su valor nominal; y fueron ellos los que contribuyeron a rechazar el régimen internacional en 1947, cuando se pudo haber llevado a cabo, habiendo votado contra la internacionalización en todas las etapas, y lo que es más notable en tres ocasiones decisivas, mientras sus gobiernos trataban de destruir tanto la ciudad de Jerusalén como el régimen internacional mediante la cruenta violencia. ¿Fue para establecer la autoridad de las Naciones Unidas en Jerusalén que los ejércitos de Transjordania y Egipto asaltaron Jerusalén por ambos extremos, de completo acuerdo con los gobiernos del Irak, Siria y El Líbano? La presunción común de los delegados que, de acuerdo con su criterio, se alinearon para respaldar el proyecto, parece ser la de que la vida humana puede ser moldeada a voluntad dentro de formas constitucionales arbitrarias. Se da por sentado, además, que un principio constitucional, una vez propuesto, adquiere validez imperecedera; aun cuando sea archivado definitivamente en la etapa decisiva, pese al tiempo transcurrido y a los cambios producidos en el intervalo, no

importa lo intenso y decisivo que hayan sido, puede siempre ser revivido a capricho de la fantasía y puesto en práctica, aunque entretanto se haya modificado totalmente todo el panorama. No se ve, al parecer, ninguna incongruencia en la siguiente yuxtaposición. En 1948, cuando el destino de la Jerusalén judía estaba, literalmente, entre la vida y la muerte, la O.N.U. se lavó las manos y abandonó la responsabilidad específica que habían asumido por Jerusalén en virtud de la resolución de 1947; pero en 1949, después de haber sido salvada y rehabilitada Jerusalén por Israel, se presenta la O.N.U. a reclamar tranquilamente sus prerrogativas invocando un capítulo de la resolución que ella misma dejó morir deliberadamente, y aun cuando al insistir en su reclamación actual pueda arrojar a la ciudad nuevamente en el caos del que acaba de salir.

Cualesquiera sean las teorías con que los auspiciadores del proyecto racionalizan su actitud, con referencia al pasado, no pueden eludir, y quedar moralmente impunes, ciertas imperiosas cuestiones relativas al futuro.

Y aquí llegamos a una de las características más asombrosas de todas las que rodean este proyecto que va a ser puesto ahora a votación. Se trata de un aspecto sobre el cual, pláceme señalarlo, ya han llamado la atención muchos de los señores representantes que tomaron parte en el debate: es la empecinada negativa a encarar el problema crucial y decisivo de su cumplimiento. No es posible suponer, desde luego, que los autores del proyecto de resolución y los que la apoyan se propongan enunciar simplemente un principio, sin la correlativa acción para darle efectividad. Sin embargo, los repetidos desafíos sobre este punto, concretos y específicos, dirigidos a los propugnadores del proyecto en la Comisión Política ad hoc y en la Subcomisión primera, y ahora durante este debate, han quedado todos sin respuesta. Mi delegación se siente profundamente inquieta por la forma en que esas aciagas preguntas son continuas y persistentemente ignoradas.

Sin embargo, las preguntas pertinentes no se suprimen rehuéndolas. Penden sobre la presente discusión con siniestra insistencia. Se abren paso y penetran en las conciencias de todos

los representantes. Si son desatendidas, se vengarán inexorablemente.

#### TAREA INÚTIL E INCONVENIENTE

¿Dónde está la garantía de que ese plan dará resultado? ¿De qué manera se propone ponerlo en ejecución? ¿Qué poderes mágicos posee el Consejo de Fideicomisos para crear los medios y las medidas que le permitan cumplimentarlo? ¿Y si se ve en el caso de tener que admitir simple y sinceramente su fracaso? El objeto de la organización de fideicomisos, según lo define la Carta, es el de prestar ayuda a las comunidades no evolucionadas hasta que logren la independencia. Aquí el Consejo de Fideicomisos es empleado para imponerle a una comunidad evolucionada e independiente un estado de sujeción. ¿Es justo o prudente, es un acto de buen gobierno, de gobierno internacional constructivo, adjudicarle al Consejo de Fideicomisos una tarea inútil e inconveniente?

Vamos a llegar al fondo del problema —y también sobre este aspecto han llamado la atención varios señores representantes—; suponiendo que se retire el gobierno correspondiente, ¿de qué medios dispondrá el Consejo de Fideicomisos para imponer su autoridad sobre una población indignada, impulsada a la resistencia por el mismo desafío lanzado a su libertad? ¿Qué métodos podrá adoptar el Consejo para ejercer su coerción? ¿Qué fuerzas tendrá a su disposición para garantizar la seguridad? ¿Cómo hará para recaudar los impuestos? ¿De qué fuentes de ingresos dispondrá para cubrir el formidable déficit que deberá encarar Jerusalén cuando hayan sido retirados los enormes subsidios del Estado de Israel?

Voy a recordar a mis colegas que la unión económica, sobre cuyos ingresos el presupuesto de Jerusalén iba a ser, en el plan original, la primera carga, no existe. El proyecto de resolución se limita a tomar nota de hecho. Lo hace al testar la cláusula del estatuto de Jerusalén que la hacía reposar sobre la unión económica. Pero no reemplaza esa cláusula por ninguna otra. ¿Cómo resolverá el Consejo de Fideicomisos el problema financiero de Jerusalén?

Varias delegaciones se han referido a los problemas financieros que plantearía la adopción del proyecto en discusión.

Es ésta una interrogación que debe ser contestada y sólo puede ser contestada con hechos y cifras. La meditación empeñosa es un método muy dudoso en el terreno de las finanzas. Aquí se dieron cifras que estaban completamente fuera de la cuestión. Se referían al presupuesto municipal de Jerusalén en años anteriores. En aquel entonces Jerusalén era el asiento del gobierno central de Palestina, la administración del mandato británico. A la municipalidad le correspondían entonces únicamente funciones secundarias, como ser la iluminación de las calles, la pavimentación de ciertos caminos, la recolección de basuras, y otros servicios similares. Los grandes Departamentos de Estado, el Departamento de Sanidad, el Departamento de Educación, el Departamento de Obras Públicas y el Departamento de Policía, insumían grandes cantidades, muy por encima de la proporción de Jerusalén en la población general.

Además, la misma existencia de una administración central en Jerusalén era la palanca principal de su vida económica, fuente directa de vida para millares de familias e indirecta para toda la ciudad.

Actualmente el gobierno de Israel suple todas esas deficiencias. El presupuesto de ocho millones de dólares sometidos por la quinta Comisión está completamente fuera de la realidad. Está basado no solamente en suposiciones falsas, sino también en cálculos erróneos. El nuevo régimen tendrá que proveer los medios para todos los servicios gubernamentales y subvencionar las actividades económicas que hasta ahora han sido realizadas por el pueblo de Israel.

La Comisión de Conciliación para Palestina, al estudiar el problema, llegó a la conclusión de que si Jerusalén se constituyese como entidad territorial separada, requerirá un gasto anual de veinte a treinta millones de dólares para el mantenimiento de los servicios públicos y gubernamentales. En realidad, se calcula que el gobierno de Israel, que administró la mayor parte de la ciudad durante los últimos dieciocho meses, destina en su presupuesto anual la suma de veintiocho millones de dólares. Esa cifra incluye la financiación de servicios y de obras capitales. Pero no incluye el presupuesto municipal que, entretanto, también ha crecido de lo que era hace pocos

años a cerca de cuatro millones de dólares en el corriente año fiscal. Además, todas esas cifras no comprenden los desembolsos voluntarios para el mantenimiento de las instituciones sanitarias, sociales y religiosas. Se trata de un engranaje complicado, que corre el peligro de resquebrajarse en el caso de una importante crisis política, como la que podría producir la imposición de un gobierno internacional total.

#### EL DON INAPRECIABLE DE LA BUENA VOLUNTAD

Porque, recuerden ustedes, no se trata de un Estado o un gobierno que puede presuntivamente ser llamado a capitular mediante influencias o presiones internacionales. Se trata de una población que negará lisa y llanamente a obedecer o reconocer la existencia de nadie que haya sido enviado de fuera para gobernarlo. Esa población ni siquiera ofrece blanco para la influencia o la presión internacional. Sus integrantes no constituyen un ente corporativo y no están sujetos a ninguna obligación internacional. Sin embargo ocupan la ciudad y son muy capaces de hacer cumplir su voluntad.

Supongamos, no obstante, que el Consejo de Fideicomisos, en un esfuerzo sincero y honesto por cumplir con su deber a pesar de todas las desventajas, proceda a elegir un gobernador. ¿Puede esperar seriamente la O.N.U. que algún ciudadano digno, una persona de conveniente reputación y aptitud, asuma esa misión cruelmente desagradable? Imaginémonos la posición de ese representante, expuesto a la afrenta de ser sencillamente ignorado por la población y de encontrarse ante ella desvalido, sin medios para imponer su autoridad.

Se encuentran aquí en juego dos valores de significación mundial: la autoridad de las Naciones Unidas y el destino de los santos lugares. Ambos, creo yo, están expuestos a graves riesgos por la resolución propuesta. El prestigio de la O.N.U. puede sufrir un severo retroceso si fracasa la tentativa de llevar adelante esta resolución, como es forzoso que fracase. Los santos lugares quedarán sin protección si la autoridad actual es retirada sin ser substituída por ninguna otra. Al tratar de imponer una autoridad internacional desmesurada, que no está en relación ni con las verdaderas necesidades ni

con las posibilidades prácticas, los propiciadores de la resolución lograrán lo contrario e incurrirán en grave responsabilidad por minar la autoridad de las Naciones Unidas y por descuidar su sagrado depósito.

Es menester hacer un esfuerzo decidido para contrarrestar esa fatal corriente. El régimen internacional es un medio para alcanzar un fin, no un fin en sí mismo. Fué invocado originalmente como recurso para asegurar la protección de los santos lugares y las instituciones religiosas de Jerusalén. Este propósito es el que sigue siendo la médula del asunto. Los autores del régimen establecido por la resolución de noviembre de 1947, incluyendo su principio cardinal del *corpus separatum*, no se propusieron que fuera sacrosanto y eterno. La resolución estipulaba expresamente su eventual revisión y contemplaba la posibilidad de un referéndum para conocer los deseos de los habitantes acerca del futuro gobierno de la ciudad.

Los cambios que han transformado tan radicalmente la situación en Jerusalén, y que no pueden ser ni anulados ni desconocidos, no atentan de ningún modo contra la institución de un régimen internacional efectivo para los santos lugares. Ese régimen, para ser practicable, debe basarse en dos principios fundamentales: primero, los santos lugares deben ser puestos bajo la superintendencia permanente de las Naciones Unidas; segundo, el gobierno correspondiente, que retiene toda su autoridad ejecutiva, debe aceptar la prerrogativa internacional y comprometerse a cooperar con el organismo de las Naciones Unidas encargado de su ejecución.

Pero para que sea posible ese avenimiento constructivo, es preciso eliminar el obstáculo representado por la presente resolución. No sacrificuemos, por el deseo de hacer una simple demostración, que puede volverse contra las Naciones Unidas con efecto de *bommerang*, la oportunidad, concreta y disponible, de resolver el problema de una vez por todas. Que no renuncie el interés internacional al inapreciable don de la buena voluntad que aporta la comunidad nacional. Que no se sienta eximida esa comunidad de su responsabilidad por el mismo hecho de que su ofrecimiento es rechazado y se impone un régimen contrario a su conciencia. Los intereses nacionales y los inter-

nacionales pueden y deben ser compendiados. Pero ambos deben ser tenidos en cuenta y ninguno de los dos puede y debe ser sacrificado en beneficio del otro.

Esta es mi respuesta al apasionado llamado que me dirigiera hace media hora el distinguido señor representante de El Líbano. Lamento decir que él y yo, en lo concerniente al problema de Jerusalén, nos movemos en planos completamente diferentes y sin conexión. Para él, Jerusalén es una entidad espiritualizada. El haría de Jerusalén una especie de museo, en el mejor de los casos una universidad, un sitio donde la gente debería vivir solamente con el espíritu, con el verbo de Dios. Aprecio como nadie las instituciones espirituales de Jerusalén, pero sé también que Jerusalén es una ciudad llena de gente y llena de vida, y que ninguna forma de cultura ni de actividad espiritual podría desarrollarse en ella, si no estuviese firmemente asentada sobre una estructura social y económica duradera y productiva. Para el representante de El Líbano, Jerusalén está tan remota que aun cuando pasó la mayor parte de su vida a una distancia de unos doscientos cuarenta kilómetros de Jerusalén, su fervor religioso nunca lo impulsó, ni una sola vez, a realizar un viaje de medio día en automóvil para visitar la ciudad. Para mí, es una ciudad en la que he pasado varias décadas de mi vida, donde nacieron mis hijos, donde tengo amigos, donde he presenciado la dura lucha de una comunidad inmigrante para arraigarse y mejorar, y donde he visto desarrollarse y florecer, uno tras otro y en magnífico espectáculo, los valores económicos, sociales, culturales y espirituales.

#### EVITÉMOSLE NUEVOS SACUDIMIENTOS PELIGROSOS

Los intereses de las Naciones Unidas, los santos lugares y Jerusalén se unen para exigir la medida que señalo. Esa ciudad tan duramente castigada suplica a la O.N.U que le evite nuevas pruebas turbulentas y peligrosas, que no desgarré otra vez su existencia, restablecida a costa de tantos sacrificios, y que le permita en cambio continuar, en libertad y con dignidad, su obra de reconstrucción, que la autorice para cumplir su destino histórico y que la deje servir libremente como lugar de

peregrinaje y de veneración para todos aquellos que la consideran sagrada.

En este momento decisivo para el destino de Jerusalén, el pueblo de Israel recuerda las palabras pronunciadas en Jerusalén en un momento solemne de su historia antigua:

"Por Sión no callaré, y por Jerusalén no descansaré, hasta que su rectitud surja como un resplandor, y su salvación como una luz que brilla".

## ADMISION DE NUEVOS MIEMBROS

Declaración formulada ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 27 de septiembre de 1950.

Quisiera comenzar asociando mi delegación, como en verdad a todo el pueblo de Israel, al homenaje que le fué tributado desde esta tribuna al ilustre sudafricano Jan Christian Smuts. El mundo ha perdido con él un estadista de grandes bríos, de espíritu creador y visión audaz. Israel y el pueblo judío lloran la muerte de un gran humanitario, cuya firme amistad y apoyo fué para ellos una fuente infalible de fortaleza moral. El nombre del mariscal Smuts iluminará eternamente las luchas de la humanidad por la justicia y la libertad.

Señor presidente:

El aciago problema que pende sobre la Asamblea, es el de saber si el mundo sobrevivirá a su actual desgarradura política o sucumbirá. La cuestión es saber si pueden coexistir pacíficamente sistemas rivales o si su pugna debe terminar en un choque mortal. Basados en filosofías opuestas y en formas de vida divergentes, ¿pueden lograr un equilibrio de autocontención y tolerancia mutuas, dejando la solución de las disparidades a cargo de la evolución pacífica, o deben ser arrastrados irremisiblemente hacia una guerra de aniquilamiento total? ¿Hallarán las naciones, cualesquiera sean sus doctrinas políticas, un propósito superior común en la preservación de la civilización y de la vida misma, o deberá la humanidad abandonar todas las esperanzas? ¿El progreso científico servirá como instrumento de salvación o como arma de suicidio?

Seamos sinceros y honestos. No hay certeza absoluta para una respuesta optimista. El peligro no podrá ser ahuyentado solamente con buenos deseos. El reto a la supervivencia debe ser recogido austeramente, no pudiendo descontarse de ningún modo como indefectible el esfuerzo colectivo de autosalvación. Cuanto más decidido sea ese esfuerzo, mayores son sus posibilidades de triunfo.

Dividir el mundo en dos campos es simplificar exageradamente el problema. Aun entre los países adheridos al esquema soviético, la uniformidad no es de ningún modo absoluta. En otras partes del mundo prevalece una amplia diversidad de regímenes constitucionales y de ordenamientos sociales. Es erróneo tender la línea divisoria entre el imperialismo y la auténtica fraternidad de los pueblos. El imperialismo no es atributo de filosofía social sino producto de potencialidad física. Ni es exacto presentar la cuestión como una pugna del capitalismo contra el socialismo. La pretensión del comunismo practicado en la Unión Soviética, de ser aceptado como única forma genuina de sociedad socialista, es muy discutida.

Por otra parte, en muchos países de democracia ortodoxa, surgen progresivamente esquemas de vida que pretenden justificadamente ser socialistas. Se logran trascendentales progresos sociales sin el recurso de la violencia ni el cercenamiento de la libertad. No se trata de valorar tal o cual sistema, ni determinar cuál es superior, sino de establecer si un sistema, justo o equivocadamente considerado superior por determinado gobierno, debe ser impuesto por la fuerza en otros países, ya sea por medio de la invasión desde el exterior, o por la subversión interna.

Ese es el punto crucial del problema. No es simplemente una cuestión de ética, declarar si esa imposición sería inicua o justa. Lo grave es que la tentativa de extender un régimen a sangre y fuego más allá de las fronteras de cualquier Estado, o de fomentarlo por medio de la intromisión, evoca inmediatamente la pesadilla de la catástrofe mundial. El actual concierto internacional es un ente altamente delicado puesto en equilibrio inestable al borde de un precipicio. Cualquier choque violento puede traducirse en desastre. En los momentos presentes, sumamente sensibles, cualquier movimiento militar, o

más bien cualquier acto de gobierno, debe ser juzgado con referencia a los efectos que puede producir sobre la paz mundial, no solamente porque la guerra es un mal sino porque paz y supervivencia se han vuelto sinónimos.

La joven democracia de Israel se inspira en antiguos orígenes; al mismo tiempo tiene la ambición de emular lo mejor de la sociedad moderna. La libertad es el oxígeno vital para la existencia y el desarrollo de Israel. Su democracia se basa en la más amplia libertad política y cultural para su vida interna y en el contacto sin restricciones de sus ciudadanos con el mundo exterior. Israel está dispuesta a luchar para defender esas libertades con la misma determinación con que luchó por su independencia.

Pero por más que aprecie Israel estos principios de verdadera democracia y espera que dominen en todas partes, reconoce ampliamente el derecho de otras naciones a elaborar su salvación y cumplir su destino siguiendo líneas diferentes. La tolerancia mutua de civilizaciones políticas divergentes es la piedra angular de la seguridad mundial. La escrupulosa no intervención en la vida interna de los demás es el escudo universal de la paz y la estabilidad.

El predominio de las grandes potencias en los asuntos mundiales, pone sobre ellas el mayor peso de la responsabilidad por la preservación de la paz internacional. Esta posición especial de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad está reconocida específicamente en la Carta. Debido a que las divergencias internacionales son más pronunciadas en sus relaciones y dado el decisivo efecto que tiene su conducta sobre el destino de todo el mundo, su refrenamiento y su sentido de la responsabilidad deben servir de ejemplo para todos. Por consiguiente, cualquier iniciativa que tienda a unificar a las grandes potencias en un esfuerzo concertado por la paz universal, como las que fueron promovidas por varios representantes, y en manera destacada por el representante de la Unión Soviética, debe ser cordialmente recibida por todas las restantes naciones. Es evidente que semejante esfuerzo, si tuviese buen éxito, sería el medio más seguro y más breve para llegar a la meta.

Pero la aprobación de un procedimiento no siempre signi-

fica fe en su buen éxito. Aunque puede darse por descontado que actualmente ninguna de las grandes potencias se inclina hacia la guerra, puede o no ser inminente un acuerdo positivo entre ellas. En la práctica parece estar bastante lejano. Sin embargo el mundo desea la paz apasionadamente y deben hacerse todos los esfuerzos posibles por conseguirla. El destino del mundo no puede depender de la azarosa contingencia de un acuerdo de cinco potencias. Si no hay unanimidad entre los pocos, la mayoría de los muchos debe tomar, dentro de los términos de la Carta, la acción que pueda resultar posible y efectiva. Aun en tal caso un acuerdo de cinco potencias podría ser un bastión inapreciable para la paz, pero en ausencia de ese acuerdo, el esfuerzo de la alternativa se hace imperativo. De todas maneras, nada puede eximir a la gran mayoría de los Estados, grandes y pequeños, de compartir su responsabilidad en el mantenimiento de un sistema universal de seguridad colectiva.

Las agresiones repentinas caracterizan desgraciadamente al mundo de posguerra. Se produjo la invasión de Israel y el Consejo de Seguridad no pudo reunir la mayoría requerida para reprimirla. Cayó sobre Corea, y esta vez el Consejo de Seguridad entró en acción, con la aprobación de la mayoría de los Estados miembros de la O.N.U. En momentos de extrema urgencia, la O.N.U. aguantó bien la prueba de la acción. Pero si el Consejo de Seguridad volviera a ser paralizado por una suspensión permanente ¿en qué quedaría la autoridad de las Naciones Unidas? ¿Debe ser descartada la O.N.U. como baluarte de paz hasta que las grandes potencias lleguen a un entendimiento? Aciago día sería para la vida de tantas naciones —o mejor dicho, para la vida de la humanidad en general—, aquel en que se abra paso en el corazón de los hombres la desesperada duda sobre la capacidad de las Naciones Unidas para proteger al mundo contra la calamidad de la guerra.

El dilema es ineludible. Debe hallarse un medio, libre de azar, para poner en acción a las Naciones Unidas contra la agresión; de lo contrario el mundo debe buscar otros recursos; dejando a la organización internacional que se descomponga en la futilidad.

Es por esta razón que la propuesta bosquejada desde esta

tribuna por la delegación de Estados Unidos merece ser seriamente estudiada. El único suceso que podría hacer prematuro ese estudio sería la renovación de la más amplia cooperación entre las grandes potencias y la comprobada capacidad del Consejo de Seguridad en toda su composición para ocuparse rápida y efectivamente de las amenazas contra la paz del mundo.

Para ser totalmente efectiva, la O.N.U. debe estar completa. La situación actual, en la que hay un considerable número de Estados independientes y ampliamente soberanos que se encuentran fuera de la gran armazón de la disciplina y la responsabilidad internacionales, es injusta, anómala y perjudicial. La delegación de Israel pone en duda la prudencia de una actitud política, que para no admitir ciertos Estados tachados de indeseables prefiere excluir un gran número de Estados que se encuentran bajo todos conceptos en perfectas condiciones. En el presente estado de cosas, es natural que la división interna de la organización se refleje también entre aquellos que solocitan su ingreso. La inclusión inmediata de todos los candidatos elegibles no agregaría ninguna complejidad estructural a las Naciones Unidas, en tanto que el beneficio que resultaría de completar la organización es evidente.

La cuestión de la representación de China es uno de los ejemplos más oportunos del caso. Por más que el concepto que tiene Israel de la democracia difiera del que sustenta el nuevo gobierno chino, Israel está entre los dieciséis Estados que han reconocido al mencionado gobierno, por razones similares a las que tan convincentemente adujeron los representantes de India, Suecia, Holanda y Pakistán. Mi delegación cree que sería desafortunado por parte de las Naciones Unidas apuntalar artificialmente, dejando de lado las realidades apremiantes, un régimen del pasado que perdió el dominio del territorio y del pueblo cuya representación pretende detentar. Si el nuevo régimen de China está sinceramente dispuesto a cumplir sus obligaciones bajo el imperio de la Carta, aumentarían con su admisión las perspectivas de paz en Asia y en todo el mundo.

Solamente existe una excepción que mi delegación debe reclamar para el principio de la participación universal en la sociedad internacional organizada. Esa excepción se refiere



a Alemania, la Oriental y la Occidental, así como a otros países en los que todavía prevalecen los regímenes que estuvieron aliados al nazismo. El pueblo de Israel y los judíos de todo el mundo contemplan con pena y consternación la readmisión progresiva de Alemania en la familia de las naciones, con sus repugnantes antecedentes intactos, sin expiar su culpa y sin haber cambiado sus sentimientos. A juzgar por los hechos, el espíritu maligno del nazismo todavía domina la mentalidad alemana. La prensa mundial reverbera con declaraciones descaradas de los no reformados y con maldades impenitentes de parte de los nuevos apóstoles de la doctrina nazi resurgente. La reaparición alarmante de organizaciones de masas, nazis en espíritu, es una característica relevante de esta situación. Todavía arden las voraces llamas de los viejos odios, bajo una nueva capa delgada de aparente sosiego. Habiendo exterminado al grueso del judaísmo europeo y reducido a un número insignificante a los sobrevivientes de Alemania misma, ahora los nazis dan salida a sus odios con los muertos, profanando los cementerios y destruyendo las tumbas. El apaciguamiento practicado ahora en ambas regiones de Alemania ultraja la sagrada memoria de los innumerables mártires, traiciona los sacrificios sufridos en el derrocamiento del nazismo y siembra las semillas de nuevas agresiones, salvajismos y horrores. Ahora resalta el inminente peligro de que el único beneficiado, en realidad, por esta crisis mundial, sea el mismo país que provocó la última guerra mundial con su violencia brutal, el que obligó a todos los pueblos amantes de la paz a tomar las armas para defender la paz y la democracia, y el que fué la causa directa del establecimiento de las Naciones Unidas para prevenir tales calamidades en el futuro.

La destrucción perpetrada por Alemania en Europa puede servir muy bien de comentario marginal en la discusión del grave problema de la energía atómica. La bomba atómica es un arma terrible, pero no necesitaron de este expediente de destrucción en masa para dar muerte a sangre fría a seis millones de judíos, hombres, mujeres y niños, y a un número casi igual de personas que pertenecían a otros países esclavizados. Los hornos crematorios, las cámaras de gas, y aun los comunes pelotones de fusilamiento demostraron ser instrumentos de

exterminio en masa, tan efectivos como la bomba atómica. No hay límites para la brutalidad en masa organizada, para la imposición de sufrimientos a personas inocentes, que puede realizarse sin trabas durante una guerra, detrás del frente y dentro de los cercos de alambre de púas. La guerra agresiva es la calamidad que hay que abjurar, condenar, proscribir, evitar, resistir y derrotar. El uso de la bomba atómica no es sino un corolario horrible de este mal básico. La proscripción efectiva y la prevención de la agresión por la estricta adhesión a la Carta y la acción determinada para lograrlo, debían preceder a la prohibición del uso de éste y de otros instrumentos de destrucción en masa.

Queda el problema decisivo: ¿quién demostrará ser más fuerte, las fuerzas que destruyen al mundo o la estructura establecida para su unidad? Esta pregunta no puede responderse con palabras. Es un desafío a nuestra visión y a nuestra capacidad práctica de estadistas. Solamente puede hacerle frente nuestra capacidad efectiva para actuar de acuerdo.

Pero la tarea no es simplemente la de una reacción rápida ante la agresión. El mal debe atacarse en su raíz. Es la fuente del descontento, de las contiendas, de la rebelión y de la intervención armada, lo que debe eliminarse. Los esfuerzos constructivos son el remedio radical, mientras que la acción de policía es un simple paliativo, aunque a menudo indispensable. Los males que deben combatirse y alejarse son la pobreza, la enfermedad y la ignorancia. Durante este debate se ha hecho hincapié adecuadamente, en que la meta verdadera de todos nuestros esfuerzos es el bienestar de los individuos y de las masas de individuos. Los inmensos continentes de Asia y Africa están llenos de millones de seres humanos sumidos en la degradación y la miseria. El negarles a ellos las bendiciones de la vida civilizada, es oscurecer el horizonte mundial con una amenaza grave y siempre presente. Aun después de que se haya resuelto pacíficamente el presente conflicto mundial, la paz mundial estará en peligro en tanto que se perpetúen en escala gigantesca las desigualdades de riquezas y conocimientos. La eliminación de estas desigualdades, o por lo menos su reducción, es de inmediato la tarea más exigente y más feliz de los estadistas mundiales.

Se halla en su período inicial la dedicación de las Naciones Unidas a grandes proyectos de fomento económico y de la utilización de los recursos científicos y tecnológicos del mundo en beneficio de todos. En el memorándum, imaginativo y digno de un estadista, titulado "Programa de veinte años de paz", nuestro secretario general distingue claramente la importancia vital del bienestar económico y social en las perspectivas de seguridad internacional. Presenta a las Naciones Unidas no solamente como una barrera contra la agresión, sino también como instrumento positivo de emancipación económica y de progreso. En esta dirección se halla la promesa positiva de mayor importancia de las Naciones Unidas para el futuro de la humanidad, y en primer lugar para las regiones del mundo no desarrolladas, las poco desarrolladas y para las más atrasadas económica y socialmente.

Por su parte, el Estado de Israel, dentro de su capacidad muy restringida y con una ayuda exterior también demasiado inadecuada, se ha empeñado en una ambiciosa fase de reconstrucción y rehabilitación. Lo ha hecho para consolidar su posición y cumplir su misión histórica. Como resultado, el aspecto total de nuestro país está cambiando ante nuestros propios ojos. Nuestra población ha aumentado en un setenta y cinco por ciento en los últimos veintiocho meses. Están llegando y estableciéndose en el país masas de judíos, empujados por la miseria y el temor y atraídos por la promesa de libertad y dignidad. Su misma evacuación a Israel elimina fuentes de debilidad y peligro para el pueblo judío y el mundo. Gran número de ellos se levanta en el proceso, desde las profundidades de la extrema pobreza y atraso a una mayor productividad y a mejores formas civilizadas de vida. Para hacer posible esto, se están desarrollando todos los recursos naturales latentes en el país, y se aplican vigorosamente y a paso acelerado los frutos de la ciencia y la técnica. El país se sacude de su letargo de siglos y el pueblo avanza hacia formas de vida más elevadas.

Si nuestros vecinos hubiesen acatado el llamamiento del Consejo de Seguridad y hubiesen hecho las paces con nosotros, en lugar de hacer más confuso el problema por medio de falsas acusaciones, prolongando la situación de los refugiados árabes al dilatar un acuerdo, nuestros esfuerzos constructivos pudie-

ron haberse unido con los de ellos para beneficio de toda la región del Medio Oriente. Sea esto como fuese, lo que se está alcanzando, o por lo menos intentando, en el campo del desarrollo dentro de los estrechos confines de Israel, llevado a cabo en forma aislada por un Estado pequeño, podría repetirse en vasta escala por la unión internacional de los esfuerzos, en cualquier lugar en que las multitudes imploren mejor salud, mejor educación y más actividad creadora.

Tenemos ante nosotros una tarea doble. La consigna de las Naciones Unidas debe ser la de firmeza al enfrentarse a la agresión, prodúzcase donde se produzca y cométala quien la cometa, con audaz previsión para atacar a los males gemelos de la humanidad: la pobreza y la ignorancia. No puede existir el progreso verdadero sin la paz. No puede haber paz permanente sin progreso. La obtención de ambas cosas es la esencia de la organización internacional. Ambas están unidas en la esperanza de la humanidad.

## EL CONFLICTO DE COREA

Declaración formulada ante el Knéset  
de Jerusalén, el 4 de julio de 1950.

El mundo, que se tambalea entre una paz resquebrajada y la amenaza de guerra, atrapado entre la esperanza y la desesperación, sintióse horrorizado y estremecido al difundirse la primera noticia del estallido de la lucha en Corea. Cualquiera que haya sido el que inició las hostilidades es, ante los ojos del mundo, el que lanzó un fósforo encendido en un depósito de explosivos. Es suya la responsabilidad por el conflicto en embrión que comenzando en pequeño puede envolver todo el globo en sangre y fuego y acarrear a la humanidad un desastre del que quizá no logre recobrarse.

Las masas populares de todo el mundo tienen fijos sus ojos en la O.N.U. y se preguntan si hallará la fortaleza, la capacidad y el valor para llevar adelante su exaltada misión de erigir una barrera contra la catástrofe. ¿Logrará matar la calamidad de la guerra en su germen? ¿Será capaz, no sólo de rechazar el peligro, sino también de robustecer y consolidar la paz del mundo y eliminar de su horizonte la amenaza de la guerra?

El Consejo de Seguridad es el organismo de las Naciones Unidas encargado de vigilar la seguridad internacional. El Consejo consideró la cuestión de Corea en tres sesiones sucesivas: las del 25, 27 y 28 de junio. (A continuación Sharett describió el resultado de las tres sesiones).

Ante estos acontecimientos, y con referencia a la gestión directa del secretariado de la O.N.U., el gobierno realizó una

reunión extraordinaria en la que consideró la situación después de escuchar un informe detallado.

El gobierno no tiene ninguna razón para poner en tela de juicio la exactitud de la descripción o definición de los acontecimientos de Corea, contenida en la resolución del Consejo de Seguridad. Los mismos acontecimientos se encargaron de suministrar pruebas concluyentes de la validez de los hechos en que se basa el Consejo. El rápido y decidido avance de las fuerzas norteamericanas en su marcha hacia el sur era prueba de iniciativa planeada. Fué Corea del Sur, y no la del Norte, la que se dirigió al Consejo en demanda de ayuda. Corea del Norte no satisfizo el llamamiento del Consejo de Seguridad para que cesaran las hostilidades y se retirara a la línea previamente convenida.

El gobierno no ignoraba que la sesión del Consejo de Seguridad se llevó en ausencia de uno de sus miembros permanentes. El retiro de la Unión Soviética de las reuniones del Consejo de Seguridad, así como la ausencia de la Unión Soviética y de un número de estados aliados a la misma, en otros cuerpos de las Naciones Unidas fué lamentado profundamente por el gobierno de Israel, y motivó una seria preocupación por el futuro.

Los representantes de Israel apoyaron cordialmente los esfuerzos del secretario general para cerrar la brecha y devolver a las Naciones Unidas su integridad y toda su capacidad funcional. Estos puntos de vista fueron expuestos en numerosas conversaciones mantenidas con miembros del secretariado y otros. Al mismo tiempo, la delegación de Israel ante la O.N.U. hizo todo lo que pudo para resguardar y reforzar las relaciones de amistad y de entendimiento mutuo con la delegación soviética; nuestra delegación tiene instrucciones de continuar haciendo los mismos esfuerzos en el futuro. Sin justificar el retiro de la delegación de la Unión Soviética, el gobierno de Israel comprende las consideraciones que impulsaron ese paso y está a favor de que se continúen realizando esfuerzos especiales para restablecer el Consejo de Seguridad en todo su vigor.

Sin embargo, el gobierno de Israel, como miembro de las Naciones Unidas que se comprometió fielmente a sostener la Carta y que basa su política exterior en primer lugar en

el apoyo a las Naciones Unidas, no puede estar de acuerdo con que el derecho a la existencia de la O.N.U. y su capacidad para actuar, puedan ser obstaculizados por la inasistencia de cualquier nación que participa activamente en su labor, sea el ausente de uno u otro campo. Además, como nación pequeña y más especialmente como nación que ya fué víctima de la agresión y que puede volver a ser atacada en cualquier momento —la singular actitud de Egipto en el Consejo de Seguridad con respecto al caso de Corea no puede sino reforzar esos graves recelos—, Israel no puede bajo ninguna circunstancia conformarse voluntariamente con la parálisis de las Naciones Unidas y la renuncia por parte de la O.N.U. a sus derechos de intervenir para restablecer la seguridad internacional y defender la paz, por el solo hecho de que una nación haya optado por retirarse de sus Consejos, cualesquiera sean las razones para la ausencia, y aunque provengan de agravios justificados.

El gobierno de Israel considera a la O.N.U., en primera y última instancia, como una unión de naciones que se garantizan mutuamente la preservación de la paz. Este lazo de garantía mutua, confiere derechos e impone obligaciones. Del mismo modo que Israel no ha de renunciar a sus derechos o reivindicaciones ante la organización internacional, tampoco podrá eludir sus obligaciones para con ella. El imperio tanto de las reivindicaciones como de las responsabilidades debe durar mientras perdure la organización.

El gobierno de Israel consideró muy meticulosamente las implicaciones políticas de la alternativa a que se ha visto enfrentado por la fuerza de los acontecimientos que se hallan fuera de su control. Desde el nacimiento del Estado, el gobierno sostuvo como elemento vital de su política exterior el principio de la no identificación con ninguno de los bloques contendientes que se formaron en el mundo. Este principio sigue en pie. Al mismo tiempo, el gobierno siempre ha sostenido, con no menos fuerza, la preservación de la paz como principio cardinal de su política, y su apoyo a las Naciones Unidas como instrumento principal para la realización de su objetivo.

El capítulo relativo a la política exterior del programa gu-

bernativo sometido a la consideración del Knéset por el primer ministro el 8 de marzo de 1949, contiene los siguientes puntos:

a) Adhesión local a los principios de la Carta de las Naciones Unidas, y amistad con todos los países amantes de la paz, en particular con Estados Unidos y la Unión Soviética.

b) Apoyo a toda las medidas proyectadas para reforzar la paz y asegurar los derechos del hombre y la igualdad de los pueblos, y robustecimiento de la autoridad y la efectividad de las Naciones Unidas.

Tratando de formular sintéticamente el mismo programa de gobierno, en su discurso del 21 de noviembre de 1949, el primer ministro definió el primer punto como "una política exterior de paz". "Paz con los pueblos árabes. Paz con el mundo. El Estado de Israel no ha de ser portavoz o agente de ninguna parte en agresión contra otra. El gobierno de Israel apoyará todas las tentativas y todos los esfuerzos tendientes a zanjar las diferencias existentes entre los distintos bloques y a afianzar la paz mundial".

El principio de no identificación, es el medio que emplea Israel para servir la causa de la paz mundial, para hacer su contribución específica a las medidas preventivas tomadas para evitar que se ensanche la brecha, quizá, dentro de sus medios restringidos, para ayudar a estrechar y cicatrizar la brecha. Pero este principio de no identificación no puede ser convertido en un repudio de la paz mundial, ni puede servir como pretexto para evadir la responsabilidad hacia las Naciones Unidas, ni puede ser transformado en un arma que en lugar de preservar la paz pueda muy bien llegar a amenazar la seguridad del mismo Estado de Israel. Hay otras naciones en el mundo, entre ellas un gran Estado, y una cantidad de Estados pequeños que, ante un grave conflicto mundial, están totalmente de acuerdo con nosotros en tratar de marchar por el estrecho y pétreo sendero de la independencia moral y la no identificación política. Pero ninguno de ellos está dispuesto a interpretar ese principio en el sentido de una no identificación con las Naciones Unidas en su posición contra los perturbadores de la paz. Ninguno de esos Estados convendrá en que ese principio

pueda llevar a la conclusión de que la O.N.U. debe renunciar su derecho de establecer quién tiene razón en tal o cual disputa; que debe sufrir una autoparálisis y abandonar el mundo a los desenfundados estragos de la "razón de la fuerza".

Muy bien sabemos nosotros que el Consejo de Seguridad no acudió en nuestra ayuda efectiva cuando nosotros fuimos las víctimas de la agresión. Pero la O.N.U. intervino para hacer suspender la lucha, y para lograr la primera y la segunda tregua, las que culminaron en las negociaciones de armisticio que, paso a paso, completaron la completa cesación de las hostilidades y la estabilización de nuestras actuales fronteras. Ni la parte no satisfactoria de nuestra experiencia con el Consejo de Seguridad, ni los hechos de nuestra experiencia más grata, son suficientes para impulsarnos a renunciar a nuestro derecho de exigir la intervención de las Naciones Unidas y de reclamar la defensa de las Naciones Unidas en el caso de un nuevo ataque contra nuestras fronteras. En tal circunstancia invocaríamos sin duda alguna la Carta para que el Consejo de Seguridad se atenga a su responsabilidad.

Basándose en estos principios y consideraciones, el gobierno de Israel definió su posición en una resolución especial que fue transmitida al secretario general de la O.N.U., en respuesta a sus mensajes. La resolución declaraba:

"El gobierno de Israel se opone y condena la agresión dondequiera que ocurra y de cualquier parte que provenga. En cumplimiento de sus obligaciones de la Carta, Israel apoya al Consejo de Seguridad en sus esfuerzos para poner fin a la alteración de la paz en Corea y restaurar la paz en aquella región. El gobierno de Israel tiene la esperanza de que la O.N.U. continuará en su empeño de alinear a todas las grandes potencias en un común esfuerzo para salvaguardar la paz en el mundo".

Con esta resolución, el gobierno de Israel no toma parte en el grave conflicto que divide la mayor parte del mundo y cubre el horizonte internacional con amenazadoras nubes de desastre. Con esa resolución, el gobierno de Israel da cumplimiento a sus obligaciones emanadas de la Carta y atestigua su dedicación a la causa de la paz. Israel forma con aquellas

naciones que ven en las Naciones Unidas la primera línea de defensa contra la catástrofe mundial. La necesidad de seguridad y desarrollo de Israel, el cumplimiento de su histórica misión de reunir los exilados, su preocupación por el destino de los restantes supervivientes del pueblo judío disperso, todo ello contribuye a acentuar la responsabilidad del gobierno de Israel, a fortificar su espíritu, a reforzar su determinación de preservar en la conducta que se trazó: conducta de independencia política, libre de complicaciones de bloque; de empeño por solucionar los conflictos que dividen el mundo mediante el establecimiento de acuerdos; de preservación de la autoridad de las Naciones Unidas en bien de la paz.

Israel no puede contentarse con la simple determinación de su propia posición. En esta hora, preñada de un peligro que nadie conoce pero que puede verse en el futuro como la hora del destino, Israel cree que es de su incumbencia —aunque bien consciente de su posición secundaria y su limitada experiencia—, levantar la voz ante el mundo. Israel quiere la paz, solamente la paz, para todos, próximos y lejanos. Desea ardientemente la fraternidad de todas las naciones. Anhela con todas sus fuerzas la curación de la herida que lacera el alma del mundo y amenaza engullirle el cuerpo. Israel ve en el supremo esfuerzo por la paz, nada más que los medios de preservar la vida misma. Desde esta ciudad de Jerusalén, capital eterna del pueblo judío; desde el lugar santificado por la tradición de las religiones; desde el escenario de titánicas luchas espirituales entre la justicia y la iniquidad, entre la libertad y la esclavitud, entre la guerra y la paz; desde el país donde la maravillosa visión de la injusticia secular rectificada se convirtió en una realidad que pueden ver todos, en la reunión de los dispersos y la liberación del espíritu creador de un pueblo proscrito, diseminado; desde este país, parte la súplica a todos aquellos que pueden envainar la espada en el Lejano Oriente, que pueden instaurar la ayuda mutua y que pueden unir sus esfuerzos para restaurar la paz y la salvación de la humanidad.

## LA SOLUCION DEL PROBLEMA COREANO

Declaración formulada ante el Primer  
Comité de la Asamblea General, el 4 de  
octubre de 1950.

Me agradaría definir la posición de mi delegación en el asunto de Corea, que tan importante papel juega en el proceso de la presente sesión de la Asamblea. Al hacerlo, ofreceré algunos comentarios sobre los dos proyectos de resolución actualmente ante el Comité.

Como quiera que sea, no puede existir la duda que el objetivo básico de la política de las Naciones Unidas en la cuestión coreana, debe ser el logro más inmediato posible de la unidad de ese país. Nada puede justificar, en las condiciones étnicas, económicas o culturales de Corea, la perpetuación de su división de posguerra en dos partes. Por el contrario, lo que resulta indiscutible de toda la agitación y el estruendo de la guerra, es que en todos los aspectos materiales Corea es una unidad orgánica, que la división ha sido arbitraria y artificial, y que las dos secciones en que fué desgarrada claman por su unificación. Además, la penosa experiencia ha demostrado que cuanto más persista la división, ésta continuará siendo una fuente de inestabilidad y disturbios, un contratiempo en la vida del pueblo coreano y una amenaza a la paz del mundo. Resulta natural, por lo tanto, que las dos resoluciones actualmente ante el Comité, las cuales difieren en respectos fundamentales, sean unidas demandando la más pronta unificación posible de Corea y el establecimiento consecuente, para la totalidad de su área, de un gobierno central que exprese el deseo soberano del pueblo de Corea por medio de elecciones generales celebradas libremente.

Mi delegación cree que, en las circunstancias extremadamente complejas prevalecientes ahora en Corea, en vista de los estragos de la guerra, de la interrupción de la vida económica y política y de las obvias dificultades, producto del problema de la unificación, la celebración de tales elecciones debe ser responsabilidad directa de las Naciones Unidas, a ejercer a través de cualquier órgano que las Naciones Unidas puedan designar.

Por esta razón, mi delegación no puede suscribir la recomendación contenida en el proyecto de resolución de la Unión Soviética y otras cuatro potencias, para el establecimiento de una comisión mixta que comprenda un número igual de representantes del Norte y del Sur de Corea, para organizar y dirigir las elecciones de toda Corea. Las importantes cifras de población, difícilmente justifican la adopción del principio de paridad sobre la base de la igualdad. Por el lado puramente práctico, hasta que haya desaparecido la actual división de líneas, agudamente pronunciada, como resultados de nuevas elecciones, formar el órgano electoral con dos bloques mutuamente antagónicos iguales en fortaleza de votos, es invitar al conflicto y obstrucción perpetuos. Parece evidente que la autoridad para decidir sobre el procedimiento electoral y llevar a efecto las elecciones debe investirse en las Naciones Unidas. Debe quedar a cargo del órgano de las Naciones Unidas encargado de la tarea, el recabar la cooperación de todos los partidos y grupos, listos para unir los esfuerzos en la creación de un Estado unido y democrático de Corea.

Ya que estoy en el punto de la autoridad de las Naciones Unidas en Corea, expreso el completo acuerdo de mi delegación con esa parte del programa de resolución presentado por el Reino Unido y otros siete miembros, la cual provee el establecimiento de una Comisión de las Naciones Unidas para la unificación y rehabilitación de Corea, con poderes y funciones tal como se bosquejan en el proyecto, y por la creación inmediata de un Comité interino siguiendo el mismo modelo. Consideramos como de lo más vital que la autoridad general de las Naciones Unidas en Corea, en el presente estado trágico de devastación y caos, se asegure sin demora indebida.

Por otro lado, no vemos el modo de aceptar esa parte del

preámbulo al proyecto de resolución que certifica al actual gobierno de Corea del Sur como "basado en elecciones que fueron la expresión válida del libre deseo del electorado" en esa zona, si es que la referencia se hace a las elecciones celebradas en mayo pasado. Las opiniones en cuanto al monto de la confianza y apoyo que este gobierno ejerce ahora entre las masas del pueblo coreano difieren ampliamente. Lo que a mi delegación le parece decisivo es el hecho afirmado por el Comité de las Naciones Unidas sobre Corea, en su informe a esta Asamblea, de que los partidos de gobiernos perdieron el 70 % de su fuerza en las últimas elecciones y que 133 de los 210 miembros de la cámara, elegidos nuevamente, se convirtieron en independientes, esto es, en diputados no identificados con el actual régimen.

El gobierno surcoreano, por lo tanto, debe encontrarse en la posición de un gobierno minoritario. Si es así, creemos firmemente que a la larga no servirá a ningún propósito útil su imposición sobre un parlamento hostil y una población recalcitrante. La posición parlamentaria de la autoridad ejecutiva dentro del actual armazón de Corea del Sur debe ser regularizada sin demora, pero al mismo tiempo, debe quedar bien aclarado que esta regulación es meramente provisional y que las Naciones Unidas se hacen responsables de la celebración de elecciones para todos los coreanos tan pronto como sea posible, de modo que incluso el gobierno sureño constituido pueda ser sustituido por una autoridad permanente de toda Corea.

Pero la cuestión principal consiste en cómo las Naciones Unidas van a hacer la transición del actual estado de los asuntos cuando todavía se agita la guerra, a esa condición de estabilidad en toda Corea, que la resolución del Reino Unido y sus copatrocinadores acertadamente provee y la cual es una condición indispensable, tanto para la unificación de Corea como para el establecimiento de un gobierno de toda Corea, democráticamente elegido.

En esto, cree mi delegación, el punto de partida descansa en la apreciación de los acontecimientos del 25 de junio de 1950. los cuales condujeron a la presente fase del drama de Corea.

El gobierno de Israel aceptó totalmente en aquel tiempo la

descripción y definición dada por las resoluciones del Consejo de Seguridad a la ruptura de hostilidades en Corea. Desde entonces, mi gobierno se ha reafirmado en su convicción de que el cuadro presentado en tales resoluciones y basado en el testimonio directo de los informes de observadores de las Naciones Unidas sobre el terreno, era un cuadro verdadero. El discurso pronunciado anteayer en este comité por el representante de la Unión Soviética contenía revelaciones de lo más interesantes. Pero, suponiendo que los documentos citados fueran auténticos, ¿qué prueban en el contexto de los acontecimientos reales? En el peor de los casos, acusan al gobierno coreano del Sur de haber alimentado en cierto período designios agresivos, pero el camino de la intención, o simple moción, a la acción física es largo y puede no haber sido recorrido nunca, sea todo lo diferente que se quiera la distinción entre los dos. Al establecer sus propias conclusiones, en cuanto a la identidad del agresor en Corea, mi gobierno quedó especialmente impresionado por el hecho de que las autoridades coreanas del Norte, que proclamaban haber sido víctimas de la agresión, nunca dirigieron una queja a este efecto al Consejo de Seguridad, y cuando el Consejo de Seguridad mismo se dirigió a ellas, demandando una inmediata cesación del fuego y su retirada, ignoraron por completo el llamamiento.

Si las regulaciones del Consejo de Seguridad hubieran sido obedecidas, la línea que divide a Corea del Sur de la del Norte hubiera conservado su validez temporal, porque el objetivo ha sido siempre la unificación de Corea. Pero el gobierno coreano del Norte y sus fuerzas prefirieron depositar su confianza en los azares de la guerra desentendiéndose del amparo del paralelo 38. Incluso después de que hayan sido obligados a retroceder a esa línea en el curso de su retirada, no ofrecieron la cesación del fuego ni demandaron el armisticio, aparentemente confiando todavía en las oportunidades de la guerra, presentes o futuras. Por tal razón, ellos mismos negaron cualquier validez al paralelo 38. Uno no puede mofarse de un principio para invocarlo solamente después que ha perdido. O bien se sostiene el principio en todo momento o se pierde, incluso, el derecho de volver a él. Corea no es el único escenario de agresión reciente donde se aplica inexorablemente esta lógica.

El propósito no debe ser meramente liquidar una agresión una vez cometida, sino el evitar su repetición.

Si la guerra ha de continuar sin tregua ella determinará sus propios resultados. Pero ¿debe continuar? ¿No puede ser contenida la ola de sangre? La resolución de las ocho potencias provee claramente la ocupación de todo el territorio de Corea por las fuerzas de las Naciones Unidas. Esto, evidentemente, puede demostrar ser inevitable, como único método con el que pueda lograrse la unidad y la paz efectiva en Corea. Pero éste es el último recurso. Antes de que este recurso extremo sea inevitablemente adoptado, a la delegación de Israel le parecen indicados un atajo para poner fin a las hostilidades y un intento para abrir el camino de la unificación pacífica.

La resolución patrocinada por la Unión Soviética provee porque se dirija un llamamiento "a los beligerantes de Corea para que inmediatamente cesen las hostilidades". Mi delegación no puede aceptar esta formulación aunque demande tanto como la cesación de la lucha. Una de las partes descritas aquí como "beligerante" es las Naciones Unidas. Pero las Naciones Unidas, obviamente no pueden hacer un llamamiento a ellas mismas. Han tomado las armas para resistir la agresión, y es el agresor quien debe deponer las armas primero. Resulta perfectamente cierto, como muchos delegados han señalado, que el tiempo apropiado para obedecer la demanda fué hace más de tres meses. Sin embargo, nunca es demasiado tarde para poner fin a la evitable pérdida de vidas. Mi delegación, por lo tanto, favorece el que se haga un llamamiento para la inmediata cesación de la lucha, siempre que el llamamiento sea dirigido a Corea del Norte solamente.

Pero la cesación de la lucha en sí misma no resolverá el problema de Corea. Por otro lado, su única solución verdadera —la unificación del territorio— ganará enormemente en facilidad y efectividad con la cooperación de todos los elementos directamente afectados. La delegación de Israel, por lo tanto, cree que simultáneamente con la exigencia de deponer las armas, deberá pedirse al gobierno coreano del Norte que se comprometa solemnemente a cooperar plenamente con las Naciones Unidas en la creación de una Corea unida, de acuerdo con las resoluciones de las Naciones Unidas.



Una vez que hayan sido aceptadas estas dos condiciones, las fuerzas de las Naciones Unidas deberán detener su avance. No puede plantearse la cuestión, en la situación presente, de que sean retiradas, porque tal retirada sencillamente volverá a crear una situación preñada de las mismas malignas consecuencias que han hecho imperativa la acción militar de las Naciones Unidas.

Señor presidente: mi delegación confía en que, al expresar y delinear sus ideas, solamente se ha guiado por una consideración básica: el bien final del pueblo coreano y su integración en un mundo pacífico y progresivo. Las provisiones contenidas en ambas resoluciones sometidas a discusión, y que se refieren a la rehabilitación económica de Corea, así como la recomendación contenida en la resolución soviética para la admisión posterior de Corea unida e independiente como miembro de las Naciones Unidas, tiene nuestro total apoyo. Pero los aspectos políticos y militares inmediatos dentro del problema son complejos, y el deshacer los nudos que tales aspectos representan, exige determinación y paciencia. Algunas de las sugerencias contenidas en mis observaciones no han sido cristalizadas todavía en forma de enmiendas definidas o de una resolución separada. Mi delegación apoya de todo corazón la sugerencia de la delegación de la India de que en esta situación, de acuerdo con muchos precedentes, se cree un subcomité con un límite de tiempo breve a su disposición que podría examinar los proyectos ya presentados y aquellos que pudieran presentarse directamente al subcomité, en un esfuerzo para redactar un texto que impondría el más amplio grado de apoyo internacional.

El problema de Corea ha atormentado por largo tiempo a las Naciones Unidas y ha oscurecido el horizonte del mundo. La tarea a que nos enfrentamos no consiste solamente en garantizar el requisito de la mayoría para una resolución que ya se recomienda al mayor número de miembros. La tarea es idear una solución que, tanto en el método de su obtención como en la meta que persigue, establezca los cimientos de paz permanente en Corea y conduzca a su eliminación permanente del mapa de los centros tormentosos del mundo. Puede muy bien ser que el acuerdo verdadero entre las partes contendien-

tes, en éste como en otros muchos asuntos, se halle hoy fuera del reino de la política práctica. Puede muy bien ser que no exista otra alternativa ante esta organización internacional que la de ir adelante por medio de decisiones mayoritarias que descansen en la lealtad práctica de un número suficiente de miembros para respaldar sus decisiones por medio de la acción. No obstante, la delegación de Israel se atreve a demandar a ambos lados, antes de que sea demasiado tarde, que se haga un último intento para lograr un entendimiento verdadero. Estamos convencidos de que, cualquiera que sea el resultado real, el esfuerzo nunca será lamentado.

## ISRAEL Y LA GUERRA EN COREA

Discurso pronunciado en el Comité Político de la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 13 de diciembre de 1950.

La delegación de Israel no ha tomado parte hasta ahora en este Comité, en la fase presente del debate sobre la cuestión coreana. Aprecio que la discusión se centre ahora en la moción específica presentada por la delegación de la India. Sin embargo, apreciaría se me dejara comentar un aspecto más amplio del problema y trataré de hacerlo lo más concisamente que pueda.

A través de todas las vicisitudes del grave asunto de Corea, el gobierno de Israel, al determinar su posición, ha tratado fervorosamente de guiarse por los altos principios de su política en asuntos internacionales, que son la conservación de la paz del mundo, la prevención de la agresión, el fortalecimiento de las Naciones Unidas, como instrumento de paz y seguridad mundiales.

Israel, lo mismo que otros Estados miembros de las Naciones Unidas, ha sido extremadamente sensible a las tribulaciones de Corea. El pueblo de Corea, desgarrado durante años por circunstancias ajenas a su control y asolado ahora por la marea de la guerra que azota de uno a otro confín su territorio, ha provocado nuestras más profundas simpatías. Al mismo tiempo, la política realista impide que se trate este problema aislado de su más amplio contexto y sus más profundas y fatales implicaciones. El destino también ha querido que la cuestión del futuro de este infortunado país se convierta en un

incendio internacional con repercusiones mundiales. No se trata solamente de que la suerte del pueblo de Corea se encuentre aquí comprometida; el precario equilibrio de la estabilidad mundial se ha visto afectado directamente.

Aunque pueda parecer paradójico, las vicisitudes de Corea se presentan de modo que juegan un papel mucho más importante en los asuntos mundiales que las de China misma. Aunque la guerra en China había venido sucediéndose por años sobre un inmenso territorio, y había producido en su despertar una transformación política revolucionaria que afectaba los destinos de centenares de millones de personas, el resultado de esa titánica lucha no precipitó una crisis internacional aguda, presentando problemas de guerra o paz para todo el mundo y colocando a las Naciones Unidas frente a pruebas de habilidad política supremas. Por otro lado, los acontecimientos ocurridos en el pequeño país de Corea desde junio último conmovieron la comunidad internacional en sus mismos cimientos y parecían empujar al mundo hacia el borde del precipicio. La razón de este extraordinario contraste descansa, no en la lógica sino en la evolución de los hechos. El problema del régimen gubernamental en China, con todas las vastas dimensiones de sus antecedentes físicos y su importancia histórica de gran alcance, nunca se convirtió en asunto de preocupación internacional directa; no tenía, por ello, repercusión directa e inmediata en la paz del mundo. Corea, por otro lado, incluso desde su resurgimiento del dominio japonés, ha sido objeto de arreglos internacionales: primero, por medio de un convenio entre las potencias mundiales principales, y seguidamente, en una serie de resoluciones adoptadas en sesiones sucesivas de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Cada convenio coreano fué así hilvanándose en el tejido de la estabilidad internacional y se convirtió en parte integrante de la estructura de paz organizada. Resultaba imposible remover tal convenio sin exponer toda la estructura a un peligro inminente.

En esta característica fundamental del problema de Corea descansa la explicación de la violenta revulsión del sentimiento que sacudió a la mayor parte del mundo civilizado, como resultado de la agresión, en junio último, de las fuerzas coreanas

del Norte contra Corea del Sur. La guerra en China, con toda su extrema furia y proporciones gigantescas, permaneció internacionalmente confinada dentro de las fronteras de ese país. La agresión en Corea, empero, constituyó una sacudida en el edificio de la paz mundial. Fué un desafío a la autoridad y efectividad de las Naciones Unidas, y la abrumadora mayoría de sus miembros reaccionaron adecuadamente.

Frente a este forzado antecedente, el argumento de que lo que sucedía en Corea era sencillamente una guerra civil, en la cual las Naciones Unidas no tenían por qué inmiscuirse, sonaba vacío. Ni podía la invasión de Corea del Sur ser exonerada por su glorificación como un movimiento para liberar el país de un yugo extranjero y unir sus partes dispersas. Difícilmente existe en el mundo un país donde los lemas de libertad y unidad nacionales agiten más profundamente que en Israel el corazón de los hombres. Pero el pueblo de Israel siente, no menos sensiblemente, que quizá la liberación nacional no puede ser identificada con la imposición sobre un pueblo, a punta de espada y con ayuda del exterior de ningún régimen político particular. La majestuosa marcha de los pueblos de Asia hacia la completa emancipación política no necesita en modo alguno adoptar la forma de expansión de un orden social específico. Es deber elemental de las Naciones Unidas apresurar y promover la libertad nacional, pero al hacerlo, las Naciones Unidas deben garantizar que la formación del orden interno sea dejado a la libre y desembarazada discreción del pueblo cuya libertad nacional patrocina y protege. De cualquier modo, habiéndose enfrentado al problema de Corea, y en vista del resultado inevitable de cualquier solución del problema sobre la suerte de la paz del mundo y de la organización internacional misma, quizá las Naciones Unidas no pueden apartarse seguramente de la responsabilidad que aquí han asumido y continuar además reclamando fe y lealtad de la humanidad.

Por todas estas razones, y atendido a sus propias y trágicas experiencias, el gobierno de Israel ha condenado sin reservas la agresión cometida en Corea y prestó tanta ayuda como pudo a las fuerzas de las Naciones Unidas. Por las mismas razones y después de larga y seria reflexión, la delegación de Israel

votó por la resolución sobre Corea que fué aprobada por la Asamblea General el 7 de octubre. Fué como consecuencia de esa resolución por lo que las fuerzas de las Naciones Unidas cruzaron el paralelo 38 en su avance hacia el Norte. Las consideraciones que prevalecieron en la delegación de Israel, a este respecto, fueron triples. En primer lugar, desde el punto de vista puramente militar, resultaba claro que un ejército en avance no puede, unilateralmente y en un momento en que su adversario continúa la lucha, detener su avance sobre una línea recta dibujada arbitrariamente sobre el mapa, sin exponerse a grave peligro. En segundo lugar, parecía esencial, políticamente, dar a las fuerzas de las Naciones Unidas la latitud indispensable para consolidar su posición y garantizar el control fundamental en Corea y evitar, o al menos hacer remota la amenaza de una renovada agresión. En tercer lugar, por el lado puramente moral, el concepto del paralelo 38 parecía haber perdido ya su validez como resultado de su violación inicial por las fuerzas de la agresión.

Al mismo tiempo, debido a que su línea de conducta era la preocupación por la paz mundial, la delegación de Israel se mantenía ansiosamente alerta de las restricciones impuestas por esta consideración abrumadora y suprema. Antes de haber procedido a asociarse con el texto adoptado finalmente, la delegación de Israel dió su sincero apoyo a la moción de la India, que ya en ese tiempo trataba de lograr una solución del problema, aceptable para todas las partes. Cuando aquel intento fracasó, la delegación de Israel promovió una enmienda a la resolución mayoritaria sobre Corea, la cual proveía la unión del pueblo y de las instituciones representativas de Corea del Norte así como de Corea del Sur en el proceso de colocar al país bajo un gobierno central unificado. La enmienda fué aceptada y se convirtió en una característica esencial de la resolución.

Pero sobre todo, la delegación de Israel se hallaba preocupada por la necesidad de restricción en el sentido militar. Nosotros consideramos el cruce del paralelo 38 por las fuerzas de las Naciones Unidas, no sólo como legítimo sino como vital para la obtención de los fines de las Naciones Unidas. Pero en todas nuestras conversaciones con los patrocinadores de la

resolución, demandamos el ejercicio de extrema tolerancia a este respecto. Expresamos nuestro criterio, al efecto de que la lucha y el avance militar deberían ser reducidos al mínimo indispensable y que había que estar preparados para ceder en la presión del avance hasta el límite extremo, a modo de no invitar, o ni siquiera aparecer como invitando a la intensificación o extensión de la conflagración. En aquel tiempo —y esto fué antes de votar la resolución sobre Corea en este Comité— la delegación de Israel tenía la definida impresión de que así sucedería realmente.

Debido a una cadena de circunstancias, que con toda probabilidad no pudieron evitarse, los acontecimientos tomaron un curso diferente. La conflagración se intensificó y extendió. Nuevas y numerosas fuerzas fueron lanzadas desde el Norte. La complejidad y peligro de la situación aumentaron vastamente.

Frente a esta agravación de la crisis la idea más obvia era la de una cesación inmediata del fuego. La propia experiencia de Israel señalaba en esta dirección. Israel ha sido víctima de una agresión que las Naciones Unidas fracasaron en evitar y demostraron no poder resistir. En el curso del tiempo, no obstante, las hostilidades en nuestra área llegaron a un fin, primero por una cesación de fuego, después por una tregua y posteriormente por un armisticio que las Naciones Unidas tuvieron éxito en llevar a cabo en sucesivas etapas.

Pero la cuestión que oprimía la mente de mi delegación era si en el caso particular de Corea, un intento de recurrir a un mero paliativo temporal sería de algún provecho y si la verdadera complejidad de la situación creada no obligaba, incluso en la etapa inicial, a la búsqueda de soluciones más radicales.

Por consiguiente, cuando en nombre de mi delegación tuve la valiosa oportunidad, junto con unos cuantos delegados de otros países, de conocer a los representantes del gobierno del pueblo chino en una reunión no oficial, traté de explorar la posibilidad de resolver la crisis por medio de una acción que se adoptara en una serie de etapas sucesivas. El objeto de tal acción, en su efecto total, era asegurar la inmediata cesación de hostilidades, la retirada progresiva de todas las fuerzas no

coreanas, la retención en el interin, por parte de las Naciones Unidas, de una completa autoridad efectiva en Corea, y la solución final del problema en conjunción con los gobiernos que se habían visto envueltos en la crisis.

Después de esa reunión, que resultó indecisa, la delegación de Israel vigiló con el más estrecho interés y la más profunda simpatía el esfuerzo del distinguido delegado de la India para allanar el camino en la solución de una grave dificultad.

Al mismo tiempo intentamos por nuestra propia iniciativa explorar las oportunidades de una solución. Establecimos contacto con otras delegaciones, cuyo criterio en los asuntos de Corea y China han correspondido estrechamente al nuestro propio. Nuestro objeto era aclarar la posibilidad de formular una política idónea que atrajera el apoyo general entre todos los miembros de las Naciones Unidas. Ya he aludido al hecho de que antes de que en este Comité se realizara la votación sobre la cuestión de Corea, el 5 de octubre, veinticuatro delegaciones, incluyendo la mía propia, apoyaron una propuesta de la India demandando el establecimiento de un subcomité que reconciliara los diversos proyectos que entonces teníamos ante nosotros. Si no hubiera sido por la aparente perspectiva, en aquel momento, de que el asunto sólo sería resuelto prontamente con la acción militar, es posible que incluso un mayor número de representantes hubiera favorecido este esfuerzo en la reconciliación de puntos de vista divergentes.

En el curso de nuestras propias y recientes exploraciones establecimos como condición primera de un arreglo, la necesidad de una cesación inmediata e incondicional del fuego. Hemos encontrado completamente comprensible la oposición expresada hacia cualquier procedimiento que pudiera aparecer como comprendiendo condiciones preliminares para una cesación de fuego que pesaran en las subsiguientes etapas del progreso hacia un arreglo final. Mientras tanto, se descartó una moción definida con el objeto de asegurar la más pronta cesación del fuego posible. Mi delegación considera esta propuesta como un paso en la dirección correcta y desea darle su sincero apoyo. Por lo tanto, ayer votamos porque se diera prioridad de consideración al proyecto propuesto por el dis-

tinguido delegado de la India y habremos de votar —espero que hoy— por su adopción en este Comité.

Mi delegación cree todavía que las posibilidades de acuerdo exceden en mucho al asunto de una cesación de fuego. La meta de una Corea libre, independiente y unificada fué definida tanto en la resolución de la Asamblea General del 7 de octubre, como en el proyecto de resolución de la Unión Soviética presentado en ese momento. Ambos, la resolución mayoritaria y el rechazado proyecto soviético aceptaban el principio de la responsabilidad y preocupación de las Naciones Unidas por el establecimiento de un Estado coreano, una responsabilidad que habría de ser expresada tangiblemente por medio de la constitución de una comisión de las Naciones Unidas para Corea. La divergencia de criterio en la composición de esa comisión podía ser salvada, incluso en esta etapa, por la asociación de los Estados fronterizos con Corea en las tareas de la actual Comisión coreana.

Similarmente, todos los miembros de las Naciones Unidas, tanto la mayoría que aprobó la resolución coreana como la minoría que adhirió al proyecto soviético, se muestran acordes con la idea de elecciones libres en Corea, que han de ser llevadas a efecto en consulta con los organismos representativos tanto de Corea del Norte como de Corea del Sur. Una vez más recuerdo la provisión a este efecto, incluida en la resolución mayoritaria.

Además, el principio fundamental de una Corea unificada e independiente, libre de fuerzas no coreanas, se recomienda por sí misma a las Naciones Unidas como un todo. La resolución sobre Corea de la Asamblea General estableció claramente que las fuerzas de las Naciones Unidas no permanecerán en Corea más tiempo del que sea necesario para el establecimiento del Estado unificado. Pero no puede esperarse, razonablemente, que la Asamblea General autorice la retirada de esas fuerzas antes de que las responsabilidades de las Naciones Unidas en Corea hayan sido cumplidas por completo. Sería por lo tanto saludable pensar en términos de una retirada progresiva de todas las fuerzas no coreanas, no importa con qué propósito, legítimo o no, hayan entrado en Corea, en un periodo digamos de seis meses. No es serio sugerir desde luego,

como lo han sugerido algunas delegaciones, que las fuerzas de las Naciones Unidas deberán retirarse mientras permanezcan allí las fuerzas chinas. Si cualesquiera fuerzas se han presentado "voluntarias", como se pretende, para entrar en Corea, deberán prestarse "voluntarias" para retirarse, dejando libre al pueblo de Corea para determinar su futuro bajo los auspicios de las Naciones Unidas. Otros conceptos que representan una base común, son la rehabilitación económica de Corea unida bajo los auspicios de las Naciones Unidas y un compromiso solemne por parte de todos los Estados de abstenerse de toda intervención en sus asuntos internos.

De este modo, una cesación de fuego inmediata, la reafirmación de la meta de una Corea independiente y unificada, la celebración de elecciones libres, la constitución de una Comisión coreana con la participación de todas las partes directamente afectadas, la retirada progresiva de todas las fuerzas no coreanas en un período definido, la rehabilitación del territorio bajo la égida de las Naciones Unidas, y un compromiso general de no intervención, todos esos son los objetivos para los cuales puede ser esperado, con toda razón, el apoyo unánime de la Asamblea General, si todos los miembros adhieren a los principios que en un tiempo u otro sostuvieron.

La aplicación de un compromiso de cesación de fuego y la subsiguiente aceptación por todas las partes de esos objetivos a los cuales me he referido, crearán indudablemente una atmósfera favorable para el arreglo pacífico de todas las otras principales cuestiones que afectan a las relaciones de la República Popular del Pueblo Chino con las Naciones Unidas.

Aunque en esta etapa afirmo el apoyo de Israel por el proyecto de resolución de la India, yo invitaría a todas las delegaciones a reflexionar sobre el criterio que ha bosquejado como ensayo. Este criterio expresa el urgente deseo de Israel de ver una solución pacífica y honorable de la cuestión de Corea como el preludio de un arreglo de todos los conflictos que perturban la tranquilidad del Lejano Oriente.

En conclusión, me he permitido añadir la voz de Israel a las voces que ya han apelado tan elocuentemente a todos aquellos directa o indirectamente afectados en la actual grave crisis —una crisis sin precedentes en su gravedad en la historia de

las Naciones Unidas y en el mundo de la posguerra— para colocar la más amplia visión sobre la consideración del problema. Deben sopesarse los asuntos que se nos plantean, no meramente por referirse a lo que ellos consideran que es correcto o equivocado en los orígenes de la crisis, sino principalmente desde el punto de vista de su inevitable resultado y sus efectos de largo alcance sobre la paz del mundo. Deben considerar los cursos alternativos que se les abren, a la luz del bien definitivo de las multitudes de seres humanos cuya misma supervivencia depende del triunfo de su prudencia y capacidad política.

## SOBRE LA PAZ EN COREA

Declaraciones formuladas ante la primera Comisión de la sexta Asamblea General, el 29 de noviembre de 1951.

Este debate se ha desarrollado ya durante largo tiempo y, al tomar la palabra en un estado tan avanzado de la cuestión, el orador se encuentra frente a un dilema: por una parte, si su intervención ha de agregar algo útil a todo lo que ya se dijo y, por la otra, si no se trata de un deber el definir su actitud frente a un problema tan decisivo.

El problema que encara esta Comisión, no parece que pueda ser resuelto por medio de la prédica y la exhortación mutuas. Todos nosotros detestamos la guerra y deseamos la paz, aun cuando esta identidad de sentimientos por sí misma no nos permita acercarnos a la solución política de la cuestión. Esta solución depende, en primera y última instancia, de la presencia de un deseo común y una determinación de llegar a un acuerdo. La tarea que ha recaído sobre esta Comisión, requiere un correcto avalúo de las posiciones contendoras, con miras a hallar la forma de zanjar sus diferencias.

Es completamente cierto que el rearme no es en modo alguno la causa original, sino simplemente el reflejo de la tensión mundial y, al mismo tiempo, un agente que contribuye a la misma. Pero está fuera de lugar el recalcar este axioma durante el desarrollo del presente debate. Porque este debate ha sido iniciado precisamente sobre la suposición de que aun cuando ninguno de los conflictos que se agitan sobre la arena internacional alrededor de ciertos problemas concretos, sea resuelto, y mientras el abismo que separa a ambos sistemas políticos

permanezca abierto, es posible lograr un relajamiento de la tensión general por medio de una reducción acordada de armamentos y crear de esa manera una atmósfera más favorable para la discusión de los problemas fundamentales sobre la base de sus méritos esenciales. Como todo hombre culto sabe por experiencia, aunque una temperatura anormalmente alta en el cuerpo humano es sólo un síntoma y no una causa, la cura de la enfermedad no puede ser lograda mientras no sea combatida la inflamación por medios que, a primera vista, pueden parecer artificiales y aun superficiales. Si el esfuerzo presente para lograr un esquema de acuerdo sobre desarme universal tiene éxito, habrán de producirse dos consecuencias trascendentales.

En primer término, el alivio físico de las opresivas cargas que actualmente soportan numerosas naciones, ha de producir efectos sumamente beneficiosos. En segundo lugar, el sólo hecho de que se haya demostrado la posibilidad de un acuerdo sobre una cuestión de carácter tan complejo y polémico, ha de originar coraje y confianza para encarar los conflictos fundamentales, de los cuales el rearme es sólo un corolario. El alivio del síntoma, al mismo tiempo que ha de evitar sufrimientos, contribuirá a extirpar o por lo menos a debilitar las raíces de la enfermedad.

Una de estas raíces, —grave, aunque no la principal—, parece posible que pueda ser arrancada con la conclusión de un armisticio en Corea y el consiguiente cese de hostilidades en este desventurado país para no volver a ser reanudadas, tal como todos esperamos. Otras raíces de la enfermedad aparecen más profundamente arraigadas en el terreno y sólo podrá lograrse su sometimiento merced a un tratamiento persistente y de elevada competencia. No hay nada que perder, y si mucho que ganar, si se recurre entretanto a un intento determinado de reprimir una de sus peores manifestaciones—, el presente acopio de instrumentos de destrucción y la distracción de grandes masas de individuos en la flor de sus vidas, de sus actividades con propósitos productivos para ser adiestrados en una actividad de efecto mortal.

Algunos progresos hacia esa meta, por limitados e indecisivos que sean han sido verdaderamente logrados en el curso de este

debate. Sus límites son las posiciones idénticas —idénticas en substancia, aun cuando no siempre en la forma—, de ambas partes con respecto a ciertos objetos y principios del desarme. Tales son la prohibición de las armas atómicas, la reducción de todos los demás armamentos, la participación de todos los Estados en el programa de desarme, el establecimiento de un organismo de desarme de las Naciones Unidas bajo los auspicios del Consejo de Seguridad, la liberación de recursos actualmente dedicados al rearme, en beneficio de programas de reconstrucción y desarrollo.

Por otra parte, sobre una cantidad de aspectos esenciales el desacuerdo es todavía general. La serie de cuestiones que permanecen en discusión es verdaderamente formidable. La limitación y reducción de los armamentos y fuerzas armadas, ¿debe llevarse a cabo gradualmente, en etapas sucesivas de importancia creciente, o debe consistir en una operación espasmódica, drástica, llevada a cabo de una sola vez? La prohibición de las armas atómicas, ¿debe preceder, suceder o ser concurrente con la institución de un control efectivo sobre la energía atómica? ¿Cuál ha de ser el alcance y método de inspección, verificación y garantía de cumplimiento dentro de las previsiones del acuerdo internacional de desarme?

Es obvio que, a menos que se llegue a un acuerdo sobre estos problemas decisivos, ningún grado de identidad en la definición de los fines últimos y los principios fundamentales ha de resultar provechoso.

El problema reside en averiguar si un esfuerzo por explorar en la discusión práctica la posibilidad de un acuerdo o una síntesis entre los puntos de vista que aparecen como contradictorios, vale o no la pena de ser realizado.

La delegación de Israel responde a esta pregunta con una categórica afirmativa.

Por su parte, la delegación de Israel se halla sumamente impresionada por los méritos del progreso gradual —la lógica y la conveniencia de edificar la confianza mutua en etapas sucesivas, en lugar de confiar en que la fe pueda ser reconstruida de una sola vez en la presente devastación del campo internacional y aun interblocal. Asimismo, mi delegación halla incontestable el argumento de que no tienen utilidad las



resoluciones absolutas y de gran alcance, en tanto de que no exista una certidumbre razonable de que serán llevadas a cabo o que, por lo menos, pueda ser posible determinar con un cierto grado de precisión en qué medida habrían de ser cumplidas.

Sin embargo, desde que el acuerdo sobre los puntos principales de la cuestión es esencial, mi delegación no sólo estima que ningún esfuerzo debe ser ahorrado en la exploración de las posibilidades, sino que también desea expresar su fe y su confianza en que estas posibilidades sean amplias, merced al cuidadoso análisis y comparación de las respectivas posiciones, con el objeto de que sean sugeridas fórmulas de acuerdo que tengan, en el peor de los casos, una mínima probabilidad de aceptación mutua o que, por lo menos, contribuyan a reducir la presente disparidad a proporciones razonables.

De todos modos, sería una grave responsabilidad el no intentar que se desarrolle aquí y en este momento una plataforma común, toda vez que la cuestión ha sido puesta de relieve de manera tan grave, y debatida tan a fondo ante la expectación del mundo entero, que con mucha ansiedad y esperanza aguarda el eventual resultado de esta funesta discrepancia.

Es por esta razón, que la delegación de Israel se atreve a dudar de la conveniencia de la idea que ha sido sugerida por la delegación de la India, de proponer en este punto la relegación de la cuestión del desarme universal para su estudio descentralizado por cada miembro de las Naciones Unidas separadamente, mientras se trata de concentrar la atención de la presente Asamblea en la creación de un Fondo de Reconstrucción y Desarrollo de las Naciones Unidas. El establecimiento del referido Fondo es una idea eminentemente constructiva; aunque debe permanecer claro que existe una pequeña esperanza para el Fondo, si éste se crea ahora, de que se convierta en una institución viable, de verdadero valor y extensión, en tanto que los enormes gastos actuales y la predominante concentración en el rearme continúen como hasta ahora.

Es por esta misma razón que la delegación de Israel presta su total apoyo a la proposición presentada por la delegación de Pakistán, de que un subcomité constituido por las cuatro

grandes potencias se reúnan bajo la presidencia del presidente de la Asamblea, con miras a formular proposiciones para un acuerdo sobre el tema de nuestra discusión.

La adopción de esta proposición ha de tener significación práctica solamente, si las cuatro grandes potencias la aceptan no como un hecho de *noblesse oblige* y no solamente por deferencia al consenso de la opinión internacional, sino imbuídas de la sincera y honesta determinación de impulsar la causa de la paz mundial, en la máxima medida en que les sea posible, por medio de una serie de pasos iniciales o decisiones hacia un amplio programa de desarme universal. He dicho una serie de pasos iniciales o decisiones, señor presidente, porque mi delegación cree que aún un pequeño avance —y precisamente un pequeño avance—, en la extensión del campo de acuerdo, o el simple éxito de una conformidad en el procedimiento para la posterior investigación de un acuerdo, ha de consistir, en la presente situación mundial, un acontecimiento de gran importancia. Ha de producir ese alivio de la tensión internacional que el mundo entero, dividido en dos campos como se halla, aguarda con tanta impaciencia y ansiedad.

Sobre la base de las proposiciones de desarme presentadas ante la Comisión, y por la vía de una nota al pie, desearía comentar brevemente un aspecto particular del problema. El distinguido secretario de Estado de los Estados Unidos, en el curso de su solemne arenga en la iniciación de este debate, trató el problema de la determinación de un criterio objetivo para la limitación y reducción de los armamentos, tal como podría ser presentado para su aplicación universal. Enumeró los factores que habrían de ser tomados en cuenta, tales como la situación geográfica del país, su extensión, la naturaleza de su terreno, la longitud de su litoral marítimo y sus fronteras, la posible protección de éstas por barreras naturales, su población, la cantidad de sus recursos naturales, sus sistemas de comunicaciones y la extensión de sus plantas industriales.

Pareciera ser que cada uno de nosotros, al pensar en los problemas mundiales, tendiera inevitablemente a generalizar en base a las circunstancias particulares de su propio país. Los Estados Unidos gozan de la inestimable dicha de contar con vecinos con los cuales se halla ligado por lazos de amistad

permanente y que no tienen intenciones que no sean pacíficas con respecto a los Estados Unidos. No todos los países se hallan en la misma afortunada posición. A mí me resulta familiar el caso de un país cuyos vecinos más cercanos, a derecha e izquierda, rehusan reconocer su existencia y continúan afirmando que se hallan en estado de guerra con él. Este país, así como todos los que se hallan similarmente ubicados, tienen el derecho de exigir que el estado de las relaciones entre un país y sus vecinos, así como la disposición de los vecinos hacia él, deben ser también tomados en cuenta al determinar qué fuerzas armadas y qué armamentos tiene derecho a mantener para su autodefensa. Este es, por supuesto, un problema secundario en relación con el amplio panorama del desarme universal, que es el tema de este debate. Además, su surgimiento en esta altura de la cuestión puede ser prematuro. Sin embargo, se trata de un problema de importancia decisiva para el país directamente afectado y desde el punto de vista de su seguridad nacional, mi delegación siente el deber de hacer que sea registrada esta observación.

## LOS REFUGIADOS ARABES E ISRAEL

Exposición efectuada ante el Comité Político ad hoc, el 30 de noviembre de 1950.

Hemos escuchado una larga serie de exposiciones de los delegados árabes acerca de este tema largo tiempo discutido. En gran parte, estas exposiciones consistieron en historia pasada, en su mayor parte arbitraria en la formulación y totalmente fuera de lugar en el contenido presente. Por otra parte, han consistido en una exposición de argumentos ya refutados; de falacias ya expuestas y de equívocas relaciones de hechos repetidamente condenados.

He de tratar brevemente sólo algunas de las acusaciones que se han formulado. No me propongo fatigar al Comité con nuestra versión completa de los hechos, del caso y de la tendencia y de todo el curso de los acontecimientos, porque tales cuestiones han sido expuestas en su totalidad por nosotros en anteriores ocasiones.

Mucho se ha dicho, una y otra vez, acerca del atropello de Deir Yassin. Lo califico sin hesitar, como un atropello, como un hecho verdaderamente horrible. Conclusiones de largo alcance han sido extraídas del hecho de que este atropello ocurrió antes de que comenzara la invasión, desde el exterior, de los ejércitos árabes sobre Palestina. El incidente fué representado como el punto de partida, la causa primordial del ataque árabe. Algunos oradores se han extendido hasta el punto de afirmar que fué en realidad dicho incidente el que produjo la invasión.

Ahora bien, los dirigentes responsables de la comunidad judía en aquel momento, y el gobierno de Israel posteriormente, no han ahorrado palabras para expresar su aborrecimiento y su repudio por este acto y por otros similares. Puedo agregar que he cumplido un papel personal en las campañas anti-terroristas conducidas dentro de la comunidad judía. Seamos ahora realistas y observemos los acontecimientos en sus correctas proporciones. El resentimiento moral y la indignación no deben empañar los hechos políticos fundamentales. No basta con condenar un atropello. Deben conocerse también sus orígenes. No ha habido guerra en la cual las partes beligerantes no fueran acusadas de excesiva crueldad, particularmente en aquellos casos en los cuales no existía una autoridad central revestida de plenos poderes para mantener la disciplina. He escuchado horripilantes relatos de atrocidades perpetradas casi al mismo tiempo en otra parte del continente asiático. He leído horribles historias de torturas, de individuos quemados vivos, de masacres, de violaciones. La guerra es una cuestión demasiado dolorosa y presenta inevitablemente espantosas manifestaciones. No se ha servido ninguna causa útil, en tales casos, recriminando por incidentes aislados. Históricamente, la condenación siempre depende de la responsabilidad inicial.

Suponiendo que el atropello de Dear Yassin tuviera verdaderamente un papel tan decisivo en la determinación o el apresuramiento del éxodo árabe, queda por dilucidar la cuestión de cómo se produjo. ¿Tales atropellos se producen espontáneamente? ¿Acaso los judíos se lanzaron de repente a una carnicería sin la menor provocación directa, impelidos simplemente por su sed de sangre árabe, o con el deliberado propósito de librarse de ellos? Lo que aquí hemos escuchado durante la exposición de algunos delegados árabes, es una completa distorsión del cuadro, una total inversión de causa y efecto.

Estos son los hechos: Al día siguiente de la adopción por la Asamblea General de su histórica decisión sobre Palestina, el 29 de noviembre de 1947, la violencia árabe brotó en una cantidad de centros y pronto se dispersó por todo el país. Ciudadanos judíos fueron tiroteados y asesinados. Su propiedad fue destruida; sus hogares saqueados y su transporte paralizado.

No he de decir que todo esto ocurrió por sorpresa. Las paredes de estos mismos salones reflejan aún el eco de las amenazas lanzadas en aquel tiempo con brutal franqueza. Veo a mi alrededor a caballeros que se hallaban con nosotros en aquellas ocasiones y deben recordar las palabras pronunciadas y aún el tono de voz empleado. Estas amenazas fueron debidamente cumplidas. Lejos de una invasión surgida como reacción espontánea ante alguna acción de represalia judía, se trataba de algo decidido mucho tiempo antes y cuidadosamente planeado. Estos hechos fundamentales han aparecido como confusos; permítaseme refrescar la memoria de los honorables delegados. Del 16 al 19 de septiembre de 1947, el Comité Político de la Liga Árabe se reunió en Sofar, en El Líbano. Emitió la siguiente resolución:

"El Comité ha determinado resistir por todos los medios prácticos y efectivos el cumplimiento de estas recomendaciones (las de la UNSCOP). Los árabes de Palestina han de lanzarse a una guerra implacable para repeler este ataque a su país, especialmente sabiendo que han de contar con el apoyo de todos los países árabes."

Esto ocurrió más de dos meses antes de que la Asamblea adoptara su decisión. El 23 de octubre de 1947 el primer ministro del Irak declaró a la prensa: "El ejército iraqués marchará sobre Palestina si la U.N. decide la partición."

El 19 de diciembre de 1947, es decir, dos días después de que se votará la resolución, el secretario general de la Liga, que ahora asiste a la Asamblea como huésped de honor, declaró: "De ninguna manera permitiremos que sean llevadas a cabo las resoluciones de las Naciones Unidas sobre la partición de Palestina. Este no es el momento de hacer declaraciones, sino de actuar".

Verdaderamente, la acción fue emprendida muy pronto. Porque no es verdad que el ingreso de fuerzas armadas árabes de los países vecinos a Palestina comenzara recién con la entrada de los ejércitos regulares, al terminar el mandato Británico y ser proclamada la independencia del Estado de Israel. Esta fue una etapa bastante posterior en los procedimientos. La invasión comenzó realmente en enero de 1948, más de cuatro meses an-

tes de la liquidación del mandato Británico, en tiempos en que las tropas y la policía británicas tenían el control total de la situación. Grandes bandas de las así llamadas irregulares, especialmente entrenadas y armadas, y organizadas en unidades militares compactas bajo el comando seccional y regional, entraron al país desde Siria, Irak y Egipto, procediendo a ocupar posiciones llaves y a atacar ciudades y villas judías. En aquel tiempo, una completa documentación fué presentada por nosotros al Consejo de Seguridad, informando acerca de estas operaciones: datos sobre violación de fronteras; sobre ubicación de campamentos; sobre nombres de comandantes, así como sobre la ubicación y organización de bases de entrenamiento en los países vecinos, y hechos oficialmente publicados acerca de la completa responsabilidad y dirección de todas estas actividades por los gobiernos de los referidos países.

Cuando, después de los primeros estallidos locales, se estaba negociando la tregua entre las ciudades de Jaffa y Tel Aviv, un comandante iraquí a cuyo cargo estaba Jaffa, ordenó al oficial de enlace árabe romper las negociaciones, pues su meta era la conquista y la ruina de Tel Aviv. Cuando los judíos se dirigieron a los pobladores árabes en el valle del Scharón, a los habitantes árabes de Haifa y Tiberíades pidiéndoles que hicieran las paces y permanecieran en sus hogares, su llamado no fué escuchado, porque se les había prevenido de que era mejor que no estuvieran presentes mientras se desarrollara la lucha, al cabo de la cual volverían y encontrarían al país completamente libre de judíos. La huida en masa del valle del Scharón se produjo bastante antes del incidente de Dear Yassin.

¿Por qué motivo se desea ahora tergiversar los hechos retrospectivamente? Ni perversa elocuencia, ni historia distorsionada, ni falsa aritmética pueden desfigurar la auténtica verdad.

El problema de los refugiados es el resultado directo y la consecuencia trágica de la rebelión armada contra la decisión de las Naciones Unidas, apoyada, intensificada y agravada por la agresión organizada que perpetraron los Estados árabes vecinos. Quienquiera sea el responsable de este acto criminal, debe cargar con la culpa de sus consecuencias posteriores.

Incidentalmente, el número total de refugiados que aquí se ha mencionado es una exageración. En toda Palestina, en

1947, había 1.200.000 árabes. Hoy en día hay alrededor de 2.000.000. Si el número de refugiados árabes debe ser calculado en un millón, esto significaría que prácticamente todos los habitantes de la considerable parte de Palestina ocupada por el reino de Jordania son refugiados, conclusión evidentemente absurda.

Pero aún permitiendo un margen de exageración, el problema es en verdad de grandes dimensiones en relación con la primitiva población de Palestina. Centenares de miles de personas viven sin hogar permanente y en un estado de aguda miseria. Es imperativa una solución para su problema.

Pero ¿quién es responsable de la demora, la continua inacción, la prolongación de un sufrimiento evitable? Vuelven a ser los Estados árabes, por su actitud de rehusarse a enfrentar los hechos y por no ver la importancia histórica y práctica de los acontecimientos.

¿Es Palestina el único país en el mundo que ha sufrido recientemente transformaciones cataclísmicas? Ha habido ya mayores dislocaciones, que no tuvieron como consecuencias tan graves problemas. Después de la primera guerra mundial, hubo una transferencia en masa de poblaciones entre Grecia y Bulgaria, entre Grecia y Turquía. Como resultado de la reciente guerra mundial, se produjeron similares migraciones de Polonia y Checoslovaquia hacia Alemania. El desastre de la autopacacuación voluntaria de millones de seres entre la India y Pakistán fué un hecho trágico, pero en apariencia inevitablemente concomitante a la independencia de ambos países. El catastrófico peregrinaje de millones de seres de una provincia a otra en el territorio de China ha asumido aún mayores proporciones. Estos fueron terribles huracanes que arrollaron millones de seres. Algunos de estos procesos estuvieron acompañados por mayor dispersión y más agudo sufrimiento que en el caso de Palestina. Fueron calamidades tales, que comparadas con ellas, la trágica consecuencia de la invasión a Palestina palidece considerablemente.

¿Se ha producido, en alguno de estos casos, una restauración del *status quo ante* después de que amainara la tormenta? Volvieron grandes masas de seres a sus antiguos hogares? Nunca, en ninguna parte. La expresión atribuida a Sir Rafael Ci-

lento es perfectamente cierta. Se trató en realidad de "un desastre comparable a un terremoto, a un diluvio, a una terrible marea." Así como no es posible restaurar el paisaje físico tras las furias de un terremoto, de un diluvio, de una terrible marea, así tampoco es posible reconstruir el cuadro primitivo después de una catástrofe humana de tal magnitud.

La historia avanza. No retrocede. Hay etapas en las cuales se desarrolla lenta y pacíficamente, pero ocasionalmente ocurre una violenta erupción. No quiero ser mal interpretado. No deseo predicar aquí una doctrina de fatalismo e inevitabilidad. Por el contrario, tengo fe en que los desastres humanos pueden prevenirse. Las Naciones Unidas se basan sobre esta fe. Pero una vez que el desastre ocurre, generalmente debido a la locura o la falta de visión humanas, conduce a conclusiones que son irreparables en su naturaleza. Por supuesto que el sufrimiento debe ser aliviado. Las víctimas del desastre deben tener una ocasión de reconstruir sus vidas. Pero los nuevos hechos creados son a menudo irrevocables.

Hablar acerca de la santidad de los derechos individuales como la única guía para llegar a una solución, urgir como panacea el retorno de masas de seres desarraigados a sus hogares, es el colmo de la falta de responsabilidad y demuestra una completa ausencia de un interés honesto o serio por el problema. En tanto que tal verbosidad distrae la atención y hace que no sean tomadas las soluciones realmente prácticas, se transforma en criminal. Es lo mismo que intentar consolar a las víctimas del incendio que destruyó sus viviendas, prometiéndoles edificar sus nuevos hogares sobre sus carbonizadas ruinas.

El representante de la Arabia Saudita me ha hecho el honor de citar extensivamente mis discursos ante comités de la Asamblea General durante los pasados años. Repitió lo que yo había dicho acerca de la completa prosperidad que los árabes gozarían en el Estado judío, y la seguridad de que se transformarían en seres más prósperos y más profundamente arraigados, por así decirlo, en el suelo.

Señor presidente: Mantengo esas afirmaciones, pero las mantengo en su contenido definido, relacionadas con las realidades de una dada situación y subrayando las suposiciones hechas en

aquel momento. Es por sí mismo evidente que la suposición básica fué la realización pacífica de la decisión de la U.N., vale decir, la aceptación por los árabes del principio de la partición y del establecimiento de dos Estados separados. Ocurrió que esta suposición fué anulada y completamente subvertida por la violencia. Los responsables por la subversión de esta premisa básica, tratan ahora de hacerme mantener en las conclusiones que yo extrajera de la misma. Para decirlo brevemente, esto no es jugar limpio.

El mismo razonamiento se aplica a la cuestión de los límites. Cuando los árabes rechazaron, con toda la vehemencia de que son capaces, la resolución internacional de noviembre de 1947 y se lanzaron a la guerra contra nosotros, cuando recurrieron a las armas como sus medios para resolver el problema, ellos mismos se sujetaron a la ley de la suerte, comprometieron su destino en los azares de la guerra e implícita e irrevocablemente se sometieron al resultado final de la conflagración. Abandonaron sus derechos a invocar cualquier principio de acuerdo internacional que ellos mismos mancharon con sangre. Fué basándose sobre este mismo principio, que la presente Asamblea General autorizó, por una abrumadora mayoría, el cruce del paralelo 38 por las fuerzas de la U.N. en Corea. No es posible pisotear un acuerdo internacional por medio de la fuerza armada, y tratar de recurrir al mismo acuerdo después que el ataque ha fracasado. No es posible recurrir al mismo tiempo a los dos caminos.

La patética declaración que hoy hemos escuchado acerca de la disposición árabe para hacer todo cuanto pueda asegurar la realización efectiva y total de las resoluciones de la U.N. en Palestina —una declaración que presumiblemente se refiere, en primera instancia, a la resolución de noviembre de 1947—, llega exactamente con un retraso de tres años, y éstos no han sido tres años ordinarios, sino trascendentales etapas en la historia del país, preñadas de grandes transformaciones.

La raíz de las marcadas desviaciones del acuerdo de 1947 en términos de territorio y población, la razón por la cual ciertos elementos básicos del esquema son ahora físicamente anti-cuados, ha sido la rebelión de los árabes en Palestina y la invasión de Palestina por los ejércitos árabes desde el exterior. La

causa radical de la prolongación de la miseria de las víctimas árabes de esta agresión, ha sido la obstinada oposición de los gobiernos árabes a liquidar el estado de guerra, así creado, negociando o concluyendo un acuerdo definitivo de paz.

Pero permítaseme suponer, simplemente a los efectos de la argumentación, que la solución del problema de los refugiados deba ser buscada principalmente en la repatriación en masa. Evidentemente, el aspecto de la seguridad es aquí principalísimo. Cualquier medida de readmisión de árabes a Israel sería, dentro de la estructura de una paz estable entre este país y todos sus vecinos árabes, una proposición totalmente diferente de una readmisión similar, frente a la situación de una muy notable ausencia de dicha paz, una ausencia debida a una deliberada y expresa oposición a negociar.

Por lo tanto, por su persistente oposición a entrar en negociaciones de paz, los Estados árabes han hecho todo para hacer imposible la repatriación. Al mismo tiempo, por no haber querido oír ninguna otra solución, no han conducido a ningún progreso, ni siquiera a un comienzo de restablecimiento de los refugiados en sus propios países. De esta manera, el estancamiento ha llegado a ser completo.

Mucho han hecho los representantes árabes durante el debate sobre la resolución de la Asamblea General, de diciembre de 1948. Esta resolución aparece ahora como su verdadera áncora de salvación. Pero el hecho asombroso es que todos ellos votaron en contra. Esto era una consecuencia de su unida y determinada oposición. Las diferentes actitudes de aspectos cambiantes de la posición árabe con respecto a ésta y a otras resoluciones, son verdaderamente un tema fascinante para realizar un agudo análisis.

Pero dejando a un lado la polémica, ¿cuál es la importancia de tal resolución? Esta determina la urgencia de un entendimiento general, al urgir a las partes que entren inmediatamente en negociaciones para lograrlo, así como la solución del problema de los refugiados por medio de la repatriación, de la reinstalación y del pago de compensaciones. ¿No es razonable inferir que la suposición básica exigía la unidad orgánica de ambos procesos? Con respecto a la repatriación como tal, las estipulaciones que figuran en dicha resolución no son en

ningún modo tan absolutas e incondicionales como aquí han sido estimadas. La resolución relega la repatriación al momento en que ésta será practicable, y sólo estipula la repatriación de aquéllos que deseen vivir en paz dentro de Israel. Pero la paz es una e indivisible. Rehusarse a concluirla, significa no exigir la repatriación, para la cual es condición indispensable una pacificación de los estados de ánimo.

Es interesante analizar esta oposición a negociar la paz con Israel, sostenida con tenacidad digna de propósitos más nobles, a la luz de ciertas declaraciones que escuchamos durante este debate. El delegado de Irak ha evocado una amenazante posibilidad de que Israel viole las fronteras y se introduzca, por medio de la invasión armada, en los Estados vecinos. Si el peligro aparece en realidad tan inminente, ¿por qué no preservar la seguridad con un tratado de paz permanente que garantice la inviolabilidad de las fronteras, fijado por acuerdo mutuo, acuerdo que sería santificado por la adhesión de ambas partes a las disposiciones de la Carta Orgánica? ¿Cómo pueden admitirse tales temores, o, por el contrario, como puede resistirse la impresión de que la declaración de estos temores sólo sirve como un pretexto para siniestros designios, si aquéllos que los expresan persisten en no alcanzar la elemental medida de autoprotección inherente a un tratado formal de paz? ¿No es acaso una grotesca yuxtaposición la que estamos presenciando? Por una parte, la supuesta futura víctima de una agresión se opone totalmente a la paz, y, por la otra, la parte acusada de planes agresivos no cesa de hacer ofertas para comenzar a negociar la paz, con el objeto de estabilizar las actuales fronteras.

Pero retornemos a la solución del problema de los refugiados. Por ahora debe ser claro para todos los observadores desapasionados, ansiosos de realizar por último algún progreso hacia la solución y no de colocar simplemente una resolución más sobre el papel, que la repatriación de un número apreciable de refugiados es completamente impracticable. Algunas razones de peso contra la repatriación ya han sido oídas tanto durante este debate como en el curso de la discusión del informe.

Un hecho decisivo en la discusión, es que Israel se está llevando rápidamente. El éxodo árabe no es la única transforma-

ción revolucionaria que ha ocurrido. También debe tomarse en cuenta la vasta influencia de los inmigrantes judíos. Comenzar a argüir sobre los aciertos y los errores de este proceso está, en pocas palabras, fuera de lugar. Israel no surgió a la existencia por otra razón, ni se halla impelido por otro motivo que el de servir como hogar para todos los judíos que lo necesitan. Hoy, el retorno de los judíos a Israel es un fenómeno elemental, un movimiento de masas impulsadas por la miseria y el temor, y guiados por la promesa de libertad y la esperanza de una nueva vida. Es una de esas corrientes de migración que, rompiendo con las fuerzas irresistibles que cada tanto aparecen en la historia de la humanidad, atraviesa continentes y cruza océanos y, a través de las civilizaciones que crea, da forma a los destinos de pueblos y naciones. Los dos fenómenos que se enfrentan, representan un proceso histórico de redistribución de población, que a la larga promete mayor estabilidad, prosperidad y buenas relaciones, tanto para los países involucrados como para el mundo entero.

Incidentalmente, señor presidente, en el presente, la inmigración de los judíos a Israel se lleva a cabo aceleradamente también desde algunos países árabes. Es significativo que mientras en este Comité algunos delegados árabes se expresan contra el influjo de los judíos en Israel, la verdadera impresión es de que sus gobiernos están sumamente ansiosos por librarse de sus ciudadanos judíos tan pronto como les sea posible.

La segunda consideración primordial sobre la repatriación, también una consideración decisiva en sí misma, es la de la seguridad. En las mejores de las circunstancias imaginables, las relaciones entre los refugiados árabes que retornen y el gobierno y el pueblo de Israel, han de ser de una mutua y hosca sospecha, lo que no aumentará el contento y la estabilidad generales. Nuevamente las predicciones y aseveraciones basadas sobre la suposición de una cooperación pacífica en la creación de dos Estados en Palestina, está completamente fuera de lugar en el presente contexto, determinada como está por el hecho de que, para asegurar su propia existencia, Israel ha debido combatir en una guerra a la cual fué arrastrada por todo el mundo árabe.

He dicho en las mejores de las circunstancias. Pero las cir-

cunstancia no tienen por qué ser las mejores. Puedo citar una cantidad de artículos en la prensa árabe, donde la repatriación de los refugiados es urgida como un medio para la creación dentro de Israel de una poderosa quinta columna para una futura guerra de reconquista. El hecho real de que los gobiernos que rehusan enfáticamente a hacer la paz con Israel, aún bajo la apariencia de una obstinada negación de su existencia como Estado soberano, exijan con la misma vehemencia la repatriación, sería ya un motivo cabal para que Israel la rechace.

La repatriación resulta así impracticable, mientras que desde el punto de vista de un estadista es un verdadero acto de locura.

Permítaseme recordar, en relación con esto, las cifras que indican el crecimiento de la población de Israel. Había alrededor de 650.000 judíos y menos de 70.000 árabes en Israel poco después de la proclamación del Estado. Desde entonces la población árabe ha aumentado en 100.000 y se ha estabilizado, en tanto que la población judía ha crecido por la adición de más de 480.000 inmigrantes, que continúan ingresando a un promedio de 200.000 por año. La inexorable lógica de estas cifras debe ser clara.

La versión aquí propalada de que el número de refugiados continúa aumentando como resultado de una larga serie de expulsiones de Israel, es una completa, y debo decirlo, maliciosa tergiversación. Los números que acabo de citar, hablan por sí mismos. La infiltración no autorizada en Israel es naturalmente resistida por el control fronterizo. Tal ingreso no autorizado está prohibido por los cuatro acuerdos de armisticio actualmente en vigencia bajo los auspicios de la U.N. Pero ningún árabe que haya permanecido en Israel desde el comienzo, o que haya recibido permiso de retorno, o que haya entrado y se le haya permitido permanecer en el país, ha sido jamás expulsado por la fuerza. Por otra parte, en un territorio que primeramente constituía un país y ahora ha sido dividido entre Israel y Jordania, y entre Israel y la así llamada faja de Gaza, todavía bajo la ocupación egipcia, ocurren casos en los cuales residentes árabes de Israel prefieren cruzar el otro lado y vivir bajo la égida árabe, entre sus conocidos y parientes. Esa gente puede, naturalmente, dejar Israel con toda liber-

tad, y tales pasajes se llevan a cabo actualmente mediante la cooperación de las autoridades locales del otro lado de la frontera.

El único paso constructivo tomado hacia la resolución del problema de los refugiados árabes, es la resolución ya adoptada por el Comité y que espera la aprobación de la Asamblea General, en el punto B de nuestra agenda. El hecho más positivo de esta resolución es, según mi delegación, el establecimiento de un Fondo de Reintegración "que debe ser utilizado para los proyectos presentados por cualquier gobierno del Cercano Oriente y aprobado por la Agencia para el permanente establecimiento de los refugiados y para su auxilio". Con el objeto de prestar ayuda a la posible realización de este propósito, mi gobierno ha tomado una posición que mantuvo consistentemente, referente a la solución del problema de los refugiados; me refiero a que este problema no puede ser sacado del contexto de las cuestiones generales, sino que debe ser contemplado como una parte integral y orgánica del acuerdo general de paz. De acuerdo con ello, mi colega, el señor Eban, ha anunciado nuestra disposición a hacer contribuciones a este fondo, mediante pagos hechos al mismo a cuenta de la compensación que siempre hemos admitido adeudar por las tierras abandonadas por los refugiados árabes. Esto fué hecho en el entendimiento de que, como surge claramente de lo que previamente se nos había sugerido, la suma total adeudada por nosotros sería abonada mediante pagos hechos al Fondo de Reintegración, y que servirían para financiar proyectos de reintegración y reinstalación. También aclaramos que era sólo con el objeto de hacer posible un restablecimiento inmediato, que manteníamos nuestra posición anterior.

Hablando en términos generales, la vía para la solución del problema de los refugiados a través del restablecimiento, ha sido indicada en la resolución a la cual acabo de referirme, a saber: A/AC/38/L28, Rev. I, y mi delegación no ve necesidad para ninguna resolución adicional sobre el problema de los refugiados como tal, y considera que cualquier resolución separada sobre el mismo tema, sólo puede confundir la cuestión. Habiendo sido contemplado el restablecimiento de los refugiados por la resolución de la Agencia de Socorro y Trabajo,

el problema que permanece sin solución es el de la paz general, que está actualmente tratando la Comisión Conciliadora. Mi delegación presta especial atención a la recomendación de la Comisión Conciliadora de que la Asamblea General debe dirigir un urgente llamado a las partes afectadas para que negocien inmediatamente un acuerdo sobre todas las cuestiones que se alzan entre ellas. Nosotros, por supuesto, damos la bienvenida a un párrafo de este anteproyecto de resolución. Otras partes del mismo, sin embargo, nos parecen que deben ser objeto de crítica.

En el Preámbulo, nos preocupa la posible implicación del lenguaje adoptado, de que ambas partes son igualmente culpables por la ausencia de acuerdo entre ellas. Recordamos que en otras ocasiones, informes de organismos de la U.N. y resoluciones de la Asamblea General o del Consejo de Seguridad fijaban claramente la responsabilidad por no haberse llegado a resultados satisfactorios. No vemos por qué, en el presente caso, deba observarse reticencia ante esta cuestión crucial; en otras palabras, porque no debe aclararse explícitamente que, mientras Israel siempre ha declarado sus deseos de negociar con los Estados árabes, estos Estados se han rehusado repetidamente a negociar con Israel. Además, en el Preámbulo, después de la expresión acerca de la falta de progresos logrados en ambas cuestiones —el acuerdo final y el problema de los refugiados—, no vemos por qué la última cuestión merezca ser subrayada como particularmente urgente. La implicación de que el acuerdo general de paz no es urgente —o tal vez debiera yo decir no tan urgente—, difícilmente conducirá a que sea logrado a la brevedad. Además, consideramos que la motivación de la urgencia del problema de los refugiados por referencia a los intereses de la paz y la estabilidad del Cercano Oriente, abre el camino para muchas interpretaciones e inferencias indeseables.

El segundo párrafo de este anteproyecto, contempla un gran número de cuestiones. Para comenzar con él, la cuestión de la compensación es aquí tratada en un vacío, como si no tuviera ninguna relación con la financiación del restablecimiento a través del Fondo de Reintegración. La cuestión se origina en si realmente se entiende que la compensación debe ser pagada a través de dos vías diferentes: por una parte, mediante aportes



al Fondo de Reintegración y por otra mediante pagos a individuos; en el primer caso, con el objeto de financiar el restablecimiento y en el segundo sin considerar el uso a que dichas sumas sean destinadas. Mi gobierno no puede concebir que sea llamado a pagar compensaciones por medio de dos vías totalmente incoordinadas. En cualquier caso, el entendimiento específico sobre el cual se ha acordado en contribuir al Fondo de Reintegración debe ser tomado en cuenta. Debe aclararse de que aparte del pago de compensaciones al Fondo para financiar el inmediato restablecimiento, todas las cuestiones, sin excepción, pueden ser consideradas por mi gobierno, sólo si dentro del contexto de las negociaciones para un acuerdo general y definitivo de paz, en el curso de las cuales, las reclamaciones de Israel por daños de guerra, también deben ser consideradas.

Otra cuestión del segundo párrafo que en algún modo nos perturba, es el establecimiento de una Agencia especial bajo la Comisión de Conciliación para tratar el problema de la compensación. Tal como el anteproyecto la establece, la nueva Agencia aparece completamente sin relación con la actividad de la Agencia de Socorro y Trabajo. La total ausencia de alguna mención a esta Agencia como un cuerpo con el cual la Comisión Conciliadora debe coordinar sus esfuerzos, nos deja perplejos. La explicación del distinguido representante de los Estados Unidos de que la coordinación completa está sobreentendida, viene muy al caso. Pero todavía nos deja con la duda de por qué no se halla explícitamente establecida.

Aparece claramente para nosotros que la Comisión Conciliadora debe instruir a la Agencia "para que lleve a cabo los arreglos que considere necesarios con el objeto del pago de las compensaciones", etc. Es obvio que la Agencia no puede hacer más que dirigirse a los gobiernos involucrados con vistas a un acuerdo. Por sí misma, no puede efectuar ningún arreglo. Se ha creado la impresión de que esto último es exactamente lo que se espera que haga. Consideramos, por lo tanto, que debe ser enmendado el lenguaje de modo que desaparezca esta falsa concepción.

Sobre todos estos puntos, señor presidente, mi delegación se reserva el derecho de sugerir enmiendas o textos alternativos.

Volvamos por último a la cuestión principal. Quisiera, señor presidente, aclarar la posición de mi gobierno en cuanto se refiere al problema de la paz. Estamos siempre dispuestos a entrar en negociaciones directas con cualquiera de nuestros vecinos, sea independientemente o bajo los auspicios de la Comisión de Conciliación con vistas a un acuerdo final en todos los problemas y al logro de la paz. Creemos honestamente que es posible lograr dicha paz. No vemos ninguna razón objetiva que nos pueda impedir afirmarlo. Creemos que todo intento de aislarnos e impedir nuestro desarrollo, está destinado a fracasar, como fracasara la campaña militar dirigida contra nosotros. Nuestras relaciones por mar y aire con muchos países del mundo, incluyendo al continente asiático, han hecho fútil todo bloqueo y nuestro aislamiento no existe en la práctica. La experiencia ha probado que podemos esperar por la paz indefinidamente. No obstante, estamos ansiosos por lograrla. Tanto nuestros vecinos como nosotros perdemos por esta causa. Todos saldremos gananciosos de esta operación. Israel está vitalmente interesado en integrarse al conjunto del Cercano Oriente, en primer lugar a través del intercambio más estrecho con sus vecinos inmediatos. El cargo de "imperialismo" lanzado aquí contra la idea de integración y colaboración mutua, difícilmente está de acuerdo con la fuerza que poseen y el respeto que a sí mismos se deben los países árabes que nos rodean. Para lograr este acuerdo, Israel debe ser aceptado como una entidad que ha surgido y existe. Debe ser aceptado tal como es, en territorio así como en población. Esta es la única base realista y completamente legítima para la paz entre nosotros y nuestros vecinos. Son ellos quienes deben decidir lo que desean.

## PAZ ENTRE ISRAEL Y LOS ESTADOS ARABES

Declaración hecha ante el Comité Político ad hoc, el 6 de diciembre de 1950.

• Mi delegación encuentra necesario dilucidar su posición en lo referente a una serie de observaciones preliminares con respecto a algunas cosas que han sido dichas durante el desarrollo del debate, y definir su actitud hacia el principal tema en disputa: la paz entre los Estados árabes e Israel, el método de realización de ese objetivo, el rol de la Comisión Conciliadora en tratar de facilitarla y los méritos y defectos de las resoluciones presentadas ahora ante el Comité.

• Preferiría comentar, primeramente, señor presidente, las palabras que escuchamos ayer del honorable delegado de Egipto. Su discurso estuvo colmado de declaraciones de lealtad hacia la autoridad de la U. N. en favor de los Estados árabes. Estuvo también colmado de censuras por la línea de conducta llevada a cabo por el gobierno de Israel, como si ésta estuviera completamente dedicada a la doctrina perniciosa del *fait accompli*. Parece que debemos suponer, señor presidente, esa posición, pues los Estados árabes han desplegado su celo y entusiasmo en apoyar la autoridad de la U. N., mandando a sus ejércitos a invadir el territorio de Palestina, impedir la existencia del Estado y contravenir por la fuerza una decisión internacional. Ellos lo hicieron como un enfático repudio a ese maligno principio del *fait accompli*. El distinguido delegado de Egipto declaró que los Estados árabes mantuvieron siempre e invariablemente una escrupulosa lealtad a las decisiones del Consejo de

Seguridad. Se refirió particularmente a la resolución de dicho Consejo del 15 de julio de 1948. Me pregunto si él sólo confió en su memoria al citar esta resolución y se ahorró la molestia de buscar en los archivos, o si realmente invocó dicha resolución a la luz de sus resultados. Leeré solamente un pasaje:

"Tomando en consideración que el gobierno provisorio de Israel ha indicado su aceptación en principio a una prolongación de la tregua en Palestina, que los Estados miembros de la Liga Árabe han rechazado sucesivas apelaciones del mediador de la U. N. y del Consejo de Seguridad, en sus resoluciones del 7 de julio de 1948 sobre la prolongación de la tregua en Palestina, y que consecuentemente se han desarrollado renovadas hostilidades en Palestina:

"Determina que la situación en Palestina constituye una amenaza a la paz dentro del significado del Artículo N° 39 de la Carta Orgánica".

El veredicto sobre cuya resolución puede usted formar juicio de la actual conducta de los Estados árabes es claro.

El honorable delegado de Egipto, haciendo una serie de preguntas al embajador Palmer ayer, causó un efecto sorprendente al emitir frases de repudio de su misma posición. Refiriéndose a la lealtad árabe a las decisiones del Consejo de Seguridad, él me ha dado la oportunidad para expresar esta clara y enfática negativa a la demanda que ha adelantado. Creo que será bien aconsejado, señor presidente, para ser más prudente en el futuro, en lo que respecta a referencias y acotaciones.

Mi segunda observación concierne a la inmigración: la inmigración de judíos a Israel. No creo, señor presidente, que esto pueda ser motivo de discusión en este Comité o en cualquier otro órgano de la U. N. Es una política ejercida por el Estado de Israel dentro de su territorio, bajo la autoridad competente de sus representantes en pleno ejercicio de sus derechos legítimos y soberanos. Simplemente, me gustaría volver a preguntar si es realmente el caso que esta inmigración llena los corazones de nuestros vecinos de excesivos temores, de igual forma que hacia las tendencias expansionistas y capacidad de agresión

que abrigamos, ¿por qué no afianzan ellos la integridad de sus territorios contra esos terribles peligros concretando una paz formal y enraizando la inviolabilidad de sus fronteras contra posibles amenazas, reales o imaginarias, en un instrumento autoritario internacional que contenga una ratificación de la U. N. y derive su poder de la misma Carta? ¿Cómo es posible profesar a un mismo tiempo todos esos temores y negarse a la vez a dar un paso para apaciguar esa situación?

¿Cómo es posible, por otra parte, dar crédito con sinceridad a esas expresiones de temor, si están acompañadas de terquedad y persistente negativa a negociar un convenio y a fijar definitivamente las fronteras?

Mi tercera observación está en conexión con un tema que ha tomado gran parte del tiempo de este Comité: el de la repatriación. Me gustaría tan sólo añadir que es una solución quimérica e ilusoria. Aquellos que son los primeros en proclamarla, lo saben muy bien. Querría apelar ante los honorables delegados de este Comité, no para tratar de hacer a los otros aquello que no les gustaría que fuera hecho con ellos mismos. Les exhorto a no abogar por una situación que no traería ninguna ventaja al Estado a cuyas expensas, ésta sería llevado a cabo. La posición es que no hay ningún vacío. Este se halla llenado y está siendo llenado rápidamente. No hay antiguos hogares a los cuales regresar. Es un falso humanitarismo invocar el principio del retorno a los antiguos hogares, cuando éstos ya ni existen. Por otra parte, el realismo, que me he tomado la libertad de asumir, conduce a un tratamiento real y humano de este problema. Niego que este realismo esté exento de sentimientos humanitarios. Por el contrario, es una parodia de humanitarismo el prometer cosas que son imposibles de realizar, crear falsas esperanzas solamente para producir desilusión. Nuestro acercamiento indica el camino hacia una solución práctica y ofrece un modo breve de lograr contento y estabilidad.

La repatriación actual de refugiados árabes en cualquier número, requeriría un tremendo esfuerzo por parte del gobierno de Israel al reintegrar esas masas de población en la nueva estructura. ¿Cómo podéis esperar de Israel que soporte esta gigantesca prueba, cuando lleva sobre sí el vacilante peso

de la inmigración judía? Ante todo está la suprema consideración de seguridad. El propósito obvio de los campeones árabes de la repatriación es el de destruir desde sus mismas bases al Estado judío. El resultado práctico de imponer la repatriación como un propósito principal y una condición preliminar a la paz, será el no lograr la solución del problema de los refugiados ni el establecimiento de la paz. El problema no será resuelto porque su solución a través de la repatriación es imposible. Y la paz no será alcanzada, porque su condición principal no será llenada. No significará progreso en ninguna dirección.

Lo que es particularmente sorprendente, es el escuchar del delegado de Egipto y otros delegados árabes la misma urgencia por la repatriación de árabes a Israel y todavía denunciar a Israel por practicar, de acuerdo con sus alegatos, una política de opresión, discriminación y aún exterminación con respecto a su propia comunidad árabe.

Es muy difícil conformarse con esos clamores de repatriación como solución principal con respecto a hechos infortunados. Pero, señor presidente, así como la solución es completamente quimérica, del mismo modo esos hechos son imaginarios. No creo que debemos señalar aquí cómo el Estado de Israel trata a su población o a cualquier sector de ella. Y nunca se me habría ocurrido embarcarme en este tema a menos que quisiera aparecer en auto-propaganda o auto-adulación. Pero el cargo ha sido hecho ante un tribunal internacional y debe ser refutado. No puedo entrar en muchos detalles, pero me gustaría indicar determinados hechos. Me pregunto para comenzar, si la mujer de Egipto —musulmana, cristiana o perteneciente a cualquier religión— toma parte en las elecciones, si tienen algunos derechos electorales, al menos. Afirmo, señor presidente, para la información de este Comité, que podrán encontrar importante, que en Israel, musulmanas, cristianas, árabes —como realmente todas las mujeres— son poseedoras del derecho al voto y votan actualmente. Todas han votado en las últimas elecciones. Me pregunto, si esos estudiantes de la política y sociología del Medio Oriente, no tienen razón cuando dicen, que la introducción a la nueva Constitución Siria de una cláusula, dando a las mujeres el derecho al sufragio, es debida a

los precedentes de Israel, nominalmente al deseo muy natural, legítimo y muy encomiable, de emular el ejemplo establecido para el Medio Oriente por Israel.

La siguiente prueba que quiero invocar es la de la educación. Las últimas figuras que son asequibles sobre el estado de educación bajo el mandato británico, se refieren al año escolar 1944-1945. En ese año, el porcentaje de niños árabes asistentes a la escuela con respecto al número total de niños árabes en edad escolar, era de 45 %. Eso quiere decir que, solamente un 45 % de los niños árabes asistía a la escuela. En el año escolar 1949-1950, el 83 % de los niños árabes en edad escolar concurre a la escuela. Esto no fué accidental; el aumento fué debido al hecho de que fué sancionada una ley de enseñanza elemental obligatoria para todos los niños, y esa ley fué aplicada en el principio guardado como reliquia en nuestra legislación: que no habría discriminación entre los ciudadanos de Israel con referencia a raza, credo o sexo. Como podrá observar, no hemos alcanzado aún el máximo del 100%, porque esto toma un poco de tiempo. Pero estamos bien encaminados hacia su logro, porque de 45 % en un espacio de 2 años hemos subido a un 83 %.

Además, mientras en lo que respecta a la educación de judíos, el gobierno de Israel ha participado en el presupuesto escolar solamente en un 60 %, pues hay una tradición en las Municipalidades judías y Consejos locales de proveer el presupuesto educacional por medio de un impuesto especial. En el sector árabe toda la carga de gastos de educación —la mantención de escuelas y salarios de los maestros— es soportada por el Estado en su 100 %. Lo mismo ocurre con nuestros servicios sanitarios. En las ciudades judías y villas en Israel, el Estado está soportando solamente una fracción de los gastos públicos sanitarios. La principal carga descansa sobre las autoridades de los municipios locales. En el sector árabe, al proveer facilidades sanitarias, incluyendo hospitales —pues han habido gran cantidad de enfermedades infecciosas y un grado mucho más alto de hospitalización de pacientes comunes que el registrado durante el mandato Británico— la carga completa es nuevamente soportada por el Estado.

Con respecto a jornales, y esta será mi última ilustración,

bajo el mandato Británico, el promedio de paga a un trabajador árabe inexperto constituía el 40 % del salario correspondiente a un trabajador judío. Hoy ha subido a un 85 %. Esto quiere decir, que la política del Estado tiende a igualar sueldos, y a elevar el nivel de vida del trabajador árabe al mismo plano en que se halla el obrero judío. Esa igualación ha sido completamente lograda en lo que respecta a trabajo experto. Es naturalmente más difícil de realizar en el caso de trabajo inexperto. Pero nuevamente estamos bien encaminados hacia la anhelada igualación. Hemos elevado ya el salario del trabajador árabe inexperto del 40 % al 85 %. Lo hemos doblado y superado aún.

Y ahora, señor presidente, llevo al asunto principal en discusión.

Siento mucho introducir lo que a primera vista parecerá una nota discordante en la expresión de opiniones que escuchamos antes. Me ha dado la palabra —la expresión genuina de un deseo de resolución unificada, como una salida de la complicada situación que este Comité está enfrentando. Pero siento que es mi deber llamar la atención de los honorables delegados, de cuya sinceridad estoy ampliamente convencido, a las realidades de esta situación. No tiene objeto examinar y desatender esas realidades porque ellas han estado arraigadas en nuestras dificultades. No pueden ser descuidadas impunemente.

La cuestión no es encontrar simplemente una salida de una complicada situación parlamentaria. La cuestión es realizar algún avance práctico y tangible hacia la meta: que es la obtención de la paz. Si llegamos a la conclusión de que tal progreso es imposible, en el presente estado, abandonemos mejor este asunto. Borrémoslo de la agenda de la U.N. Dejémoslo al tiempo y a los procesos normales de la vida que se encargarán de solucionarlo. No pretendamos cubrirlo de meras fórmulas verbales que no nos dejarán avanzar ni siquiera un paso hacia nuestro objetivo.

Ahora, ¿cuál es el enigma de esta situación? Es la cuestión: ¿quieren los árabes la paz en el Medio Oriente o no? ¿Quieren paz con Israel? Porque paz en el presente contexto significa paz con Israel y nada más. Hacer las paces con Israel significa

aceptarlo como éste es. La pregunta es, nuevamente: ¿están los Estados árabes completamente listos para aceptar a Israel como un hecho inmutable y existente? Si lo están, entonces hay una esperanza. Si no lo están, entonces es inútil hablar o proponer resoluciones, pues nada será logrado. Aceptar a Israel, significa aceptarlo como es en territorio así como en población. Esta consecuencia es ineludible. Si ustedes retroceden desde sus últimas conclusiones, entonces no comiencen desde la primera premisa básica. Si ustedes aceptan la premisa, están irresistiblemente dirigidos hacia la conclusión. ¿Están los Estados árabes listos para esto? ¿Están ellos interiormente listos para este trance? Esa es toda la cuestión. Si lo están, que lo manifiesten, que tengan el coraje de expresar sus convicciones y luego actuar en conformidad. Que vindiquen sus convicciones por medio de sus actos. Si no están listos, que tengan la oportunidad de afirmarlo y que se abstengan de representar falsas apariencias, intencionalmente o de otro modo, ante la opinión del mundo, en cuanto a la posición real. Que se abstengan también de causar una pérdida de tiempo a importantes órganos de la U. N. La Comisión Conciliadora puede ciertamente ser un efectivo instrumento de paz. Pero permítanme decir francamente, que puede ser usado o desvirtuado como una excusa para concretar la paz o aunque sea intentar el más ligero avance hacia ella.

Decir abiertamente, sólidamente, "no queremos hacer las paces" no es tan fácil. Va contra los principios de la U. N. Decir esto último no es popular en el mundo de hoy. Así, la medida táctica es realizar toda clase de subterfugios y variaciones, a fin de obstruir el progreso hacia la paz y hacerla actualmente imposible. Es para poder decir: no pueden acusarnos de ser negativos y no cooperar, pues ¿no estamos en contacto con la Comisión Conciliadora para facilitar la paz? Pero hoy son refugiados, mañana bloqueos, luego los derechos humanos, luego Dios sabe qué, ¡pero no hay paz, paz, paz!

Señor presidente: Esta tragicomedia debe finalizar. O deben haber negociaciones directas como un requisito indispensable para un acuerdo de paz, o no tiene razón de existencia ninguna Comisión Conciliadora. La Comisión Conciliadora tiene valor si ayuda a las partes a comenzar negociaciones. De otro modo no es solamente innecesaria, es completamente nociva,

porque su existencia sirve para desfigurar la verdad y habilita a aquellos responsables por la ausencia de paz a irse con ésta.

¿Cuál es la prueba, señor presidente? ¿Cuál es el lenguaje de los hechos. En julio de 1948, fué privilegio mío en favor del gobierno de Israel el encontrarme con el mediador de la U. N., conde Bernadotte, con la solicitud de que tuviera la amabilidad de transmitir a los gobiernos árabes nuestra oferta, más aún, nuestra insistente demanda, para que entraran en negociaciones de paz con nosotros. Nuevamente le pregunté al conde si tuvo alguna respuesta. El no la tuvo. Estoy saltando algunos estados intermedios para abreviar y limitarme a los hechos principal. El mediador actuante doctor Bunche, triunfó en la iniciación de las negociaciones de armisticio. Al principio parecía una empresa desesperanzada. Héla aquí, contempladla: representaciones de Israel y representaciones de cada uno de los cuatro Estado árabes comprometidos, se encontraron, y cuando lo hicieron llegaron a un acuerdo. Ni una etapa de las negociaciones falló. Todas las cuatro triunfaron.

Pero desde entonces no ha habido ningún adelanto. ¿Por qué? Porque no han habido negociaciones directas y por ninguna otra razón que la negativa de los árabes a negociar. Ellos se han negado a aceptar el hecho de la existencia de Israel. Ellos han mantenido su infructuosa línea negativa boicoteando al Estado de Israel. ¿Cómo podéis creer que alguien está listo para hacer las paces con una parte, si se comienza por ignorarla? El primer paso es encontrarse y comenzar a hablar. Podéis hablar, intensamente, hablar en vano y no llegar a un acuerdo; pero si no comenzáis a discutir del todo, entonces ni siquiera intentáis llegar a un acuerdo.

Examinad los documentos. Los honorables delegados escucharon ayer palabras alentadoras de la Comisión Conciliadora en su informe ante esta Asamblea. La lectura de esas palabras fué motivada por intervención directa del delegado de Egipto. Pero el mismo panorama se mantuvo el año pasado. No han habido cambios. El año pasado en el Quinto Informe que la Comisión presentó a la Asamblea el 14 de diciembre de 1949, se declaraba:

"La delegación de Israel reafirmó su deseo de entablar negociaciones de paz directas con cada una de las partes interesadas. Las delegaciones árabes declararon "que no estaban preparadas para entrar en negociaciones directas con representaciones de Israel". Por otra parte los Estados árabes expresaron el deseo de escuchar "sugestiones o proposiciones de la Comisión".

La posición es clara. El alcance inmediato y futuro de ésta, es la actitud siguiente: no trabar relaciones directas, en cuanto a la paz ni aún conversaciones indirectas. Porque aunque pueda parecer increíble, y aunque es perfectamente cierto, como el delegado egipcio señaló que los delegados árabes aparecieron en Génova, Lausana, Nueva York, Beirut, no hubo ninguna delegación por parte de ningún Estado árabe, en ninguna parte y nunca autorizada para negociar un convenio final y duradero directamente con Israel o aún indirectamente con la Comisión Conciliadora.

Tal poder nunca les fué otorgado. Este pequeño enigma, por la negativa de reunirse con la otra parte, es la señal más evidente de que la paz no es deseada. Pero si esos poderes legales no son entregados, ¿cuál es el objeto de la Comisión Conciliadora?

Me pregunto, señor presidente: ¿qué diría cualquiera de los gobiernos aquí representados, si después que el conflicto ha estallado entre éste y algún otro Estado, y se ha llegado a la situación de las declaraciones, que otro Estado diría: no queremos encontrarnos con vosotros, no deseamos escuchar lo que tenéis que decirnos, pero si alguna tercera persona está pronta a hacernos una oferta, la podríamos considerar? ¿No sería entonces la reacción lógica decir: no estamos interesados; cuando estéis listos a hablar con nosotros dejadlo saber, hasta entonces podemos esperar?

Los delegados árabes han solicitado proposiciones a la Comisión Conciliadora. Deseaban saber por adelantado, cuáles serían las bases para la paz. Estaban invitando evidentemente a la Comisión Conciliadora a tergiversar los hechos y todavía esperaban que la cuestión adelantara. O tal vez suponían que la Comisión Conciliadora actuaría como un oráculo al

predecir "a priori" cuál sería la naturaleza de esas bases. ¿Han habido alguna vez tales procedimientos en lo referente a negociaciones de paz, ya después de una guerra o como resultado de cualquier clase de conflictos, ya en remotos pasados o en años recientes? Uno recurre algunas veces a los oficios de una tercera parte, pero me causará sorpresa si alguien pudiera añadir un precedente a tal salida acompañada por una terca negativa de encontrarse con la otra parte. Negándose a tratar, a hablar, a negociar, los Estados árabes han demostrado abiertamente su falta de sinceridad y la responsabilidad de probar su inocencia depende de ellos mismos.

La U. N. podría, naturalmente, no intervenir en todo el asunto. ¿No somos miembros acaso de la organización internacional? Si existe un conflicto entre nosotros, puede ser resuelto por medio de negociaciones directas. Si no queremos resolverlo, entonces la única cuestión que debe emerger de la U. N. es el preservar la paz en el interin. Muy bien, no hay amenazas contra la paz hoy día. Hay acuerdos de armisticio. Si hay una amenaza, existe el Consejo de Seguridad, ampliamente facultado para intervenir en estos problemas. Este continuará, indudablemente, tratando asuntos similares. Pero aparentemente, tal actitud pasiva e indiferente, no ensalza a la misma U. N. Sus antecedentes con respecto a su actuación en el problema de Palestina imponen una obligación de finalizar este trabajo. Su custodia de la paz del mundo, generalmente no la absuelve de la responsabilidad de eliminar cualquier fuente de disturbios en potencia.

Es por esas razones, señor presidente, que la Asamblea General tome posesión de ese problema. Un aspecto de este asunto tangible es la Comisión Conciliadora. Pero el objeto de este Comité o de la Asamblea de la Comisión Conciliadora no puede ser simplemente el de salvar sus conciencias. No puede ser el apaciguar a cualquiera, sino sería cuestión de encontrar una salida simplemente, o finalizar en una nota conciliadora sin la menor certeza de que se logrará el menor avance, de hecho, con la plena seguridad de que no se realizará progreso alguno. El objeto debe ser el progreso real —no importa cuán lenta o gradualmente—, pero progreso real, algún comienzo. Pero, repito otra vez y otra vez: no puede haber

progreso sin negociaciones, sin la decisión de sentarse alrededor de una mesa y hablar. El problema es muy complicado y solamente aquellos directamente interesados en éste, cuyo futuro, cuya posición y bienestar dependen directamente de esta solución, pueden tratar este problema con esperanzas de lograr resultados. Son solamente aquellos que poseen conocimiento profundo de los problemas emergentes e intereses vitales y directos, que pueden pesar correctamente todos los pros y contras, pueden tener un sentimiento por todas las diferencias de las varias posibilidades. A menos que a su interés, conocimiento cabal o íntimas relaciones les sean otorgadas amplias libertades en este libre proceso de negociaciones, el progreso será paralizado. Aunque hubiera una predisposición hacia la paz no podría ser llevada a cabo.

Por lo tanto, señor presidente, mi delegación siente con todas las fuerzas de sus convicciones que si se dictara una resolución, ésta debe contener un mandato. La obligación que se impondrá debe ser ineludible. De otro modo no se logrará una resolución tendiente a ser un verdadero germen de paz.

Por lo tanto, señor presidente, mi delegación no puede aceptar la enmienda china como conductora hacia los resultados anhelados. Por esta razón, nuevamente, a pesar de que apreciamos la sinceridad, buena voluntad y honradez expresadas por los delegados de Dinamarca y Bolivia, creemos que el camino que ellos señalan conduce a un estancamiento. Busca perpetuar el curso que ya se ha probado como vano.

¿Qué dice la enmienda? En vez de unir a las partes para entrar en negociaciones directas y hacerlo sin demora, tal como lo recomendará la Comisión Conciliadora, esta propone buscar un acuerdo por negociaciones conducidas por la Comisión Conciliadora o directamente. Retrocedemos al mismo punto donde estábamos, con el mismo problema. Los Estados árabes no necesitan negociar directamente, ellos pueden continuar con la política de hacer creer, hablar y hablar, mantener contacto con el cuerpo internacional encargado de esta cuestión, y todavía asegurar que no se ha tomado la menor medida tendiente a asegurar la paz. Ellos pueden continuar negando aún y preparar la opinión pública en cuanto a la paz, a

pesar de que nada podría prepararla mejor que la vista de delegados árabes oficiales sentados frente a delegados de Israel y discutiendo un convenio.

Podrá ser un proceso muy difícil. Podrá estancarse de tiempo en tiempo. Vimos ya lo que sucedió entre el gobierno de los Países Bajos e Indonesia. Y no hubo mediador ni Comisión Conciliadora. Había una Comisión encargada de supervisar la tregua. Sus miembros no estaban al tanto de los asuntos de mediaciones o negociaciones. Eran los dos gobiernos quienes, cuando quisieron realizar algo, se encontraron y se hablaron. Llevó un largo tiempo, hubieron nuevos principios de lucha en medio de las fases de la negociación, pero al fin llegaron a un acuerdo, y nosotros nos regocijamos al ver alrededor de esta mesa a ambas, la representación de los Países Bajos y la representación del soberano Estado de Indonesia. Eso fué progreso y logro reales.

Aprecio la explicación del delegado chino con respecto al verdadero significado de la palabra autoridades. Para ser franco, después de dos años y medio de existencia del Estado de Israel y después de haber sido admitido entre los miembros de esta organización, el que cualquiera pudiera describir oficialmente al gobierno de Israel como una simple "autoridad", es realmente muy extraño.

Aun la explicación, yo creo que conduce a más confusiones. La cuestión de la paz es una negociación entre Estados. Es un problema de discutir reclamaciones y contar reclamaciones, todas las cuales emergen de las relaciones interestatales. No sé qué es lo que podrán hacer algunas oscuras autoridades con respecto a estas negociaciones. Su intromisión puede solamente crear dificultades y poner obstáculos al progreso.

Creo no obstante, señor presidente, que el proyecto no es completamente ilusorio. La paz no es una fantasía de absor-tos idealistas. Es una necesidad diaria y vital de la vida, una condición indispensable para un futuro mejor, aún para la supervivencia de la población. Está en el mundo en su gran extensión, en cada parte de éste. También lo está en el Medio Oriente.

Multitudes de seres están imbuídos de este sentimiento. Muchos pensadores en el Medio Oriente y en los países árabes le

en libre expresión. En muchos países del mundo de hoy, los y cerca, está en la mente del pueblo lo que yo llamaría procesos moleculares, como un resultado del cual aquellos artículos de fe son descartados y pasiones bélicas ceden el lugar a la imperiosa pasión por la paz. Los Estados árabes no están exceptuados de este proceso. Pueden haber ciertos líderes esclavizados por sus repetidas palabras o quienes son prisioneros de prejuicios con los cuales ellos mismos conducen a las masas a la furia. Ellos deben ser salvados de sí mismos. Por lo menos, debe hacerse un intento por salvarlos. Si están enfrentados por el abrumador veredicto de la opinión pública, de que ellos deben al fin abandonar la actitud completamente destructiva de no negociar la paz, encontrarán más fácil arrojar el peso acumulado de odios mal concebidos e inoportunos errores. Frente a tal veredicto encontrarán en ellos mismos la fuerza moral para no oponer obstáculos al deseo de paz y comprensión, el cual seguramente está presente en sus corazones. Y si hay una voluntad, señor presidente, hay siempre un camino.



## EL SERVICIO DE NUESTRO DESTINO

Réplica en el debate del Knéset al tratar sobre política exterior, el 31 de enero de 1951.

### NOSOTROS Y LOS ESTADOS ÁRABES

El informe sobre la actividad de la delegación israelí en la última sesión de la O.N.U., comprendía dos partes: los asuntos directamente relacionados con el Estado de Israel que figuraban en la orden del día de la Asamblea General y los asuntos de interés general, mundial, que contribuimos a considerar en todo lo que nos fué posible.

### DISPOSICIÓN PARA LA PAZ Y PARA LA GUERRA

*Nosotros debemos estar preparados —y lo estamos—, para sellar la paz con todos y cada uno de nuestros cuatro Estados vecinos sobre la base de la actual situación general. Si los referidos Estados no quieren la paz, si nos atacan, para modificar la situación a su favor, responderemos con la guerra. Aun después de sellar la paz —si llega a concertarse con alguno de ellos—, tampoco podremos, de ningún modo, proceder a la desmovilización. Ignoro durante cuánto tiempo más tendremos que seguir en pie de guerra. De todas maneras, no hay duda que debemos estar preparados ahora, cuando no se ha hecho la paz ni existen señales ni deseos abiertamente manifestados de concertar la paz. En caso de agresión, nuestra respuesta será defensiva y ofensiva, y los resultados influirán luego en los futuros arreglos territoriales.*

Pero actualmente es imposible *que no tomemos posición frente al problema de la paz, una posición que imponga la paz.* Otra posición sería intolerable e inconcebible, ya sea ante las Naciones Unidas como ante los grandes factores mundiales con los cuales estamos en contacto, sin excluir ninguna de las grandes potencias.

Nosotros tenemos un interés vital en la paz. Pero no la buscamos a cualquier costo. Estamos dispuestos a sellarla, y nuestra disposición es doble: *estamos dispuestos a sellarla si se trata de una paz verdadera, y si la otra parte la desea; y estamos dispuestos a pelear si vuelven a imponernos la guerra.*

#### LOS REFUGIADOS Y LAS COMPENSACIONES

En el asunto de los refugiados no hemos dado ningún paso hacia atrás. Es cierto que en determinada etapa del problema declaramos que si la otra parte estaba dispuesta a concertar la paz y el único obstáculo que se oponía a su terminación era la negativa a autorizar el reingreso de los refugiados, nosotros estábamos dispuestos a recibir cierto número en beneficio de la paz. Lo propusimos con el objeto de constatar la reacción de la otra parte. No obtuvimos respuesta y nuestra propuesta, como es lógico, quedó de hecho sin efecto; no por ningún alboroto de la opinión pública, sino por razones intrínsecas de la misma propuesta: los árabes la rechazaron, y la propuesta perdió automáticamente y dejó de obligarnos. No era una propuesta permanente y eterna; la presentamos en determinado momento, cuando concurrían determinadas circunstancias, y la creímos conveniente. Los árabes no la aprovecharon y dejaron pasar la oportunidad.

Nuestra firme actitud contraria al retorno de los refugiados, modificó el ambiente de la Asamblea General con respecto al referido problema. Nuestra oposición demostró a las Naciones Unidas que la medida no era práctica. El antiguo plan fué francamente abandonado, pero la idea de permitir el retorno de los refugiados no quedó eliminada del todo. Si continuamos manteniendo nuestra firme posición, será suprimida totalmente. También influyó para que la O.N.U. abandonara la idea de la repatriación nuestra propuesta de permitir el rein-

no de 100.000 refugiados y su rechazo por parte de los árabes, porque se vió claramente que un retorno parcial no satisfacía y el retorno total era imposible. Cuando fué evidente que el retorno total quedaba descartado, ¿por qué habría de pedirse al Estado de Israel que admitiera una parte de los refugiados?

Nuestra propuesta de permitir la entrada de una gran cantidad de refugiados cumplió su cometido.

Pero con respecto al problema de los refugiados en general no es posible adoptarla, podemos aceptar la sencilla propuesta de la ingenua medida de desentendernos de él, ignorarlo y desentendernos tranquilamente de la cuestión. *Tenemos interés en solucionar el problema de los refugiados.* No tenemos ningún interés en que se resuelva a costa de nuestra estabilidad, a costa de nuestras posibilidades de desarrollo ni de nuestras posibilidades de recibir inmigrantes y de realizar nuestro programa de recoger a los exilados de la diáspora. Pero tampoco podemos ser indiferentes al problema y dejarlo a un lado. Debemos ser prudentes y no despreocuparnos del problema, que existe indefinidamente. Tenemos un interés vital en solucionarlo, y cuanto antes, y por supuesto, dentro del marco y según las condiciones que nosotros hemos establecido.

Actualmente nuestra posición es clara: estamos dispuestos a pagar compensaciones. El monto, la forma de pago, quién ha de percibirlas y cuándo, son cuestiones a resolver de común acuerdo. *Tampoco esta propuesta es eterna.* Podrá ser desatendida y desoída. Depende de la otra parte, a la que le conviene tomarla en consideración. Ya dejó pasar otras oportunidades mejores. Que no pierda la presente.

#### ESCALAS Y TÉRMINOS EN LA CUESTIÓN DE JERUSALÉN

La discusión sobre el problema de Jerusalén no siempre se concreta al asunto en cuestión. A veces se discute sobre escalas y términos; pero también ésta es una discusión justa.

Mucho antes de que fueran trasladados a Jerusalén los ministerios, la ciudad fué proclamada capital del Estado, repitiendo la histórica proclamación que tuvo lugar hace muchas generaciones. Hay entre nosotros muchos que quieren imitar el

histórico precedente del rey David. Dice la Biblia que David reinó durante siete años desde la ciudad de Hebrón, hasta afianzar en sus manos el reino. Nosotros no hemos dicho nada de siete años. El ministerio de Relaciones Exteriores se encuentra aún en organización, según una resolución gubernativa, aceptada por el Knéset. Su traslado a Jerusalén no es un asunto fundamental. Es un asunto que depende de ciertos preparativos y de determinadas circunstancias. El gobierno procederá a trasladar el ministerio a Jerusalén en su debida oportunidad.

#### NUESTRA POSICIÓN ANTE LOS PROBLEMAS INTERNACIONALES

Hay algunos que discuten la posición de nuestra delegación en la O.N.U. con argumentos que el Talmud califica de "contradicciones". Alegan que la posición de nuestros representantes se basa en dos principios opuestos. Uno de los principios es el de impedir la agresión, oponerse a la agresión; el otro es el de propiciar la paz. *No hay otra manera de propiciar la paz y afianzarla, que no signifique al mismo tiempo oponerse y reaccionar contra la agresión, y simultáneamente, prevenir los resultados y, dentro de lo posible, limitar el mal;* y yendo por ambas sendas, fortalecer la paz. No es concebible que pueda afianzarse la paz en el mundo si no es reprimida ni castigada la agresión, ni se toman medidas contra los agresores, aunque las medidas solas no son de ningún modo suficientes. No es cierto que el problema más importante sea el de establecer si tiene o no razón tal o cual parte. Hay otro problema mucho más importante, y es el de saber cuáles han de ser los resultados. Es menester examinar las consecuencias que podría acarrear al mundo el imperio de una norma, según la cual nadie se opondría a la agresión ni movería un dedo para detenerla.

No hay otra alternativa ni otra senda; es preciso recurrir a la conjunción de ambos principios. Analizando bien las cosas, se advierte que *no sólo no se contradicen esos dos principios, sino que se complementan.*

Con respecto a la iniciativa de la delegación israelí, es ver-

que muy a menudo nos hallamos caminando sobre una cuerda tendida sobre un abismo. Pero el que haya caminado una vez sobre una cuerda, sabrá que es necesario seguir andando, que no es posible detenerse, so pena de precipitarse en el vacío. Andando sobre una cuerda tensa, es preciso tomar cualquier iniciativa.

No es posible de ningún modo aceptar la propuesta de aplicar el método de la abstención. Ante todo, porque no siempre es de la mano la abstención con la inacción. A veces la abstención es un paso de mucha responsabilidad y de gran compromiso. Abstenerse, no seguir a alguien o a algo determinado, no votar, puede resultar a veces procedimiento sumamente espinoso. Suele haber problemas de conciencia muy serios. La delegación de Israel no puede adoptar la norma de la abstención, como tampoco puede adoptar la de obediencia ciega a nadie.

#### INICIATIVA Y ABSTENCIÓN

La delegación de Israel no puede de ningún modo desprenderse de su libertad de conciencia. No puede cederles su conciencia a otros y prestarles obediencia. No se debe subestimar respecto a las naciones pequeñas. Cada país puede aspirar a la posesión de un determinado grado de capacidad; la capacidad se encuentra distribuida entre las naciones independientemente de su extensión o del número de sus habitantes.

*Tomar una iniciativa presupone una concreta responsabilidad moral.* En ocasiones le es dable precisamente a un país pequeño tender un puente sobre un abismo, mediante una propuesta acertada presentada en el momento oportuno. Es una grave responsabilidad dejar pasar la ocasión. La intervención —o aun una mera tentativa—, puede ser deseada por las grandes potencias de ambos extremos, porque puede ser útil para ambas partes. *Suele ser deseable que surja una iniciativa de un Estado no comprometido en la discusión permanente de las partes, y que no tenga una posición fijada de antemano como miembro identificado con una de las partes.* Ambas fracciones reciben la iniciativa satisfechos, esperanzados de que puedan solucionar el punto en discusión.

Existe un pájaro que suele extraer huesos de la boca de los leones. No siempre acompaña la suerte al animalito; tiene que andar con mucho cuidado. Pero a menudo lo protege la circunstancia de que el león tiene el hueso atravesado en la boca y no puede cerrarla. Al parecer, ninguna fracción del Knéset renuncia a su derecho de expresar su opinión, como tampoco ningún diputado de la Cámara. En la democracia internacional sucede lo mismo que en la democracia nacional.

#### CONSIGNAS EN LUGAR DE PRUEBAS

Nuestra delegación ha sido agredida por su actuación en la O.N.U. desde otro punto completamente distinto y con otro espíritu totalmente diferente, por el diputado Riftin. No fué una agresión cualquiera; fué un ataque furibundo y tortuoso. Nos dijo de todo. "Esclavitud". "Abuso". "Negación de la moral". "Ceguera". "Vergonzoso fracaso". El ataque abundó en expresiones bien conocidas por todos aquellos que están familiarizados con cierta literatura, cierta prensa y ciertos métodos de discusión; ciertas formas ya tradicionales en determinada escuela.

Conocemos muy bien el sistema de aplicar epítetos, de lanzar consignas en lugar de presentar demostraciones, de emplear definiciones generales en lugar de esforzarse por convencer. La ayuda de Estados Unidos es un "préstamo esclavizador"; la O.N.U. sin la Unión Soviética, es una "banda de capitalistas"; la O.N.U. se divide en dos partes: la blanca y la negra. Todo el socialismo se halla de un lado, mientras que la otra parte es íntegramente capitalismo; de un lado está el imperialismo, en tanto que la otra parte es fraternidad, compañerismo y enaltecimiento de la libertad. El imperialismo, según esa definición que impera desde hace varias décadas, es "la expansión del capitalismo". La guerra de Hitler, por ejemplo, fué nada más que "un estallido del capitalismo alemán". Esa expansión, se entiende, sólo existe en la parte negra del mundo. De todos modos, la voluntad de expansión y de extender el dominio de un Estado sobre otros, no existe de ninguna manera en la parte blanca del mundo. Allí no rigen en general las normas de la política. Allí existe una sociología

completamente distinta. La guerra del mundo árabe contra nosotros fué "un ataque feudal-imperialista". Yo sería el último en negar el tenebroso carácter feudal de cierta parte del régimen árabe imperante, que esclaviza al pueblo por fuera y por dentro. Pero si de ahí se quiere extraer toda la explicación, si con eso se quiere justificarlo, si de ese modo se quieren presentar las cosas, es preciso señalar su falsedad como también su carácter ilusorio.

Si no fuera por el imperialismo y el feudalismo el mundo árabe abrazaría cordialmente al Estado de Israel? Supongamos que esperáramos —si pudiéramos esperar—, a que desapareciera del mundo el imperialismo y el feudalismo, ¿podríamos entonces trasladarnos a nuestro país, instalarnos en él sin ninguna dificultad y dedicarnos tranquilamente a constituir nuestra independencia? ¿Los únicos obstáculos fueron el imperialismo y el feudalismo?

#### HECHOS Y PROPÓSITOS

"La delegación a la O.N.U. —y aún antes de ella—, y el gobierno de Israel se limitaron a aceptar la información del general McArthur", afirma Riftin. Yo pregunto: ¿quieren justificar al mundo? ¿No hubo hechos evidentes, resoluciones de la O.N.U.? *Hubo un informe de la Comisión de la O.N.U. que encabezaba un delegado hindú, representante de Nehru. Este informe fué elaborado por la Comisión in situ, en Corea del Sur, y no en Tokio.* La Comisión trajo hechos concretos, y demostró la agresión de Corea del Norte. Después de la primera guerra mundial se produjo un diálogo entre un representante inglés o francés con un representante alemán. Este último trató de mejorar los hechos: las cosas no fueron ni así ni así. El francés le preguntó entonces: ¿Al menos reconocerá que nosotros no fuimos los primeros en invadir Bélgica? Con respecto a Corea se plantean preguntas similares: ¿Quién hizo la invasión? ¿Quién estaba preparado? ¿Quién agredió? La Comisión de las Naciones Unidas encabezada por el delegado hindú trajo las respuestas más categóricas a esas preguntas. Es un hecho, además, que Corea del Norte a pesar de haber sido agredida, como afirma, no creyó necesario dirigirse

al Consejo de Seguridad para dar la alarma por la injusticia de que había sido objeto.

Riftin se basa en informaciones más sólidas, en documentos que demuestran con hechos categóricos la intriga preparada por Corea del Sud contra Corea del Norte. *He leído esos documentos: no demuestran los hechos que querían demostrar. Hablan de preparativos, pero no hay la menor comprobación de ningún acto de invasión, de ninguna iniciativa para la lucha, de que hubiese sido traspasada la frontera en lo más mínimo. Aquel documento no contenía hechos.*

#### LA LEGALIDAD DE LA RESOLUCIÓN

“¡Las resoluciones adoptadas por las Naciones Unidas no fueron legales!”, continúa argumentando Riftin. También ésta es una artimaña conocida, la de repetir la misma fórmula como si ya no hubiese sido demostrada la futilidad del argumento.

La O.N.U. nació para existir y actuar, y no para permanecer paralizada y abandonar la justa. Sin duda que la manera más segura de ser legal es abstenerse de toda acción, no hacer nada. Pero el objetivo de la O.N.U. no es el de “ser legal”. La O.N.U. no existe para cuidar sus propias reglas. Las reglas se estatuyen para asegurar la actividad y la fuerza de las Naciones Unidas. No quiero repetir todo el desarrollo de la argumentación concerniente al asunto del veto, que debe ser un instrumento para proteger a la minoría contra el dominio de la mayoría, y se transformó en un instrumento para imponer la voluntad de la minoría sobre la mayoría. El veto se convirtió en un medio para paralizar la voluntad y estorbar la capacidad de trabajo de toda la Organización de las Naciones Unidas.

Nuestra posición sigue siendo contraria a la supresión del veto. Pero si el uso del veto se ha convertido en sistema, es imprescindible que surja esta pregunta: ¿Qué objeto tiene la O.N.U. si sólo existe para que pueda ser paralizada por medio del veto? Es mejor entonces eliminar la Organización de las Naciones Unidas con veto y todo y cada cual se irá a su

en paz —o sin paz—, libre de hacer lo que quiera y sin tener que estar sometido a las Naciones Unidas.

De acuerdo con sus atribuciones la Asamblea General adoptó una determinada resolución. Nosotros apoyamos el proyecto y votamos por la afirmativa. El proyecto se transformó en una decisión de la O.N.U., que no es peor que todas las restantes disposiciones existentes.

#### SI HUBIESE O SI NO HUBIESE...

“La Organización de las Naciones Unidas debe estar especialmente agradecida a la Unión Soviética, porque si no fuera por la Unión Soviética no existiría”. Indiscutiblemente, hay que agradecer a la U.R.S.S. por su enorme y poderoso esfuerzo. El pueblo ruso se ganó la distinción y el aplauso del mundo en los anales de su historia y en la historia de la humanidad. Pero ¿nadie más que la Unión Soviética? ¿Únicamente el pueblo ruso, solo, sin ayuda de nadie? ¿Antes no ocurrió nada? Si comenzáramos a plantear aquella filosofía de la historia del “qué habría sucedido si hubiese pasado esto o aquello, o si no hubiese pasado esto o aquello”, no hay duda que se presentaría de inmediato la interrogación siguiente: ¿qué habría sucedido si el ejército rojo no hubiese derrotado a las bandadas nazis? Y otras preguntas: ¿Qué habría sucedido si no hubiese hecho el convenio sobre el Este al comienzo de la guerra? ¿Se habría evitado la caída de Francia? ¿Inglaterra se habría evitado tantos dolores como los que sufrió? ¿Qué habría sucedido si Inglaterra no hubiese aguantado sola, la interminable lluvia de hierro y fuego, todo un año en que cada casa era un objetivo, y cada hombre una víctima y caían a montones las víctimas?

Y cuando la Unión Soviética estaba en peligro y el enemigo penetró en el mismo corazón de la gran nación, ¿qué habría sucedido si en aquel momento no hubiese enviado su ayuda Estados Unidos? ¿Qué habría sucedido si no hubiesen corrido hacia Rusia aquellos torrentes de millones en forma de cañones, tanques, aeroplanos, armamentos e instrumentos de trabajo?

"Detrás de la minoría de la O.N.U. se encuentra la abrumadora mayoría del mundo". Este es, aparentemente, un cálculo legal.

Nosotros ingresamos en la democracia internacional no para que nos midan con el cartabón de nuestra extensión territorial y de nuestro número de habitantes. Ingresamos en las Naciones Unidas como una unidad nacional, poseedora del mismo derecho a la vida independiente y al mismo status que tienen las unidades nacionales más poderosas de la tierra. Si la historia de la humanidad y la conciencia internacional rechazasen ese principio, también habría sido rechazado nuestro derecho a establecer un Estado israelita. Israel no habría nacido si su nacimiento hubiese dependido de un concepto cuantitativo, de un criterio que juzgase por medidas o por número de cabezas.

Ingresamos en una familia de naciones en la que —o al menos en su Asamblea General—, todos son iguales y todos tienen el mismo derecho a expresar su opinión, del mismo modo que cada ciudadano tiene, en la democracia nacional interna, el mismo derecho que todos los demás a manifestar su opinión independientemente de su riqueza, de su cultura, de sus posesiones o del número de obreros que emplea. Lo mismo sucede en la comunidad internacional. No importa la potencialidad ni el número, sino el hecho concreto de su existencia, de la existencia de un pueblo. Por supuesto que no todo se resuelve mediante votaciones. Existen en el mundo factores de potencialidad, ¿pero qué tiene que ver con el problema de la mayoría y la minoría en la Asamblea General de las Naciones Unidas? Aceptemos, por las exigencias de la discusión, el punto referente a las cantidades, y digamos: "Las grandes masas tienen importancia". En tal caso, averigüemos en qué situación se hallan esas grandes masas, averigüemos su condición. ¿Están realmente en cuerpo y alma con sus gobiernos los centenares de millones de personas que habitan esas grandes regiones? ¿Todos ellos eligieron libremente a sus gobernantes? No es mi intención inmiscuirme en aquellos regímenes e investigarlos;

pero cuando se trae el argumento de que la mayoría del mundo respalda a la O.N.U., debe encararse el siguiente dilema: o todos los gobiernos, tal como representan a sus Estados, son iguales, o si se habla de número de habitantes debe poder examinarse su situación e investigarla desde ese punto de vista.

"Esa mayoría es superior por su unidad, su razón y su potencialidad". "*Por su unidad*". Cabe preguntar, ¿es una unidad libre? "*Por su razón*". Esto es discutible. No es que la referida mayoría no pueda tener razón. Es muy posible que tenga razón muchas veces, pero, ¿es que tiene razón siempre? ¿En todo? Este es el punto discutible. No puede determinarse de antemano que tiene razón. "*Por su potencialidad*". Esto es una capitulación; es creer que la fuerza del futuro se basará en divisiones y armamentos. ¿Es digna esa posición del Estado de Israel?

#### MORAL DE LA GUERRA DE LIBERACIÓN

"No nos condujimos de acuerdo con la moral de la guerra de liberación". Porque durante la guerra de liberación la O.N.U. no era activa y menos aún contra la agresión. En cambio ahora la O.N.U. es activa contra la agresión. ¿Cuál fué nuestra posición durante la guerra de liberación? ¿No reclamamos la intervención activa de las Naciones Unidas? La reclamamos sin obtenerla. Y si mañana nos vuelven a agredir, ¿reclamaremos la intervención activa de las Naciones Unidas, o dejaremos de exigirla porque en otra ocasión no la conseguimos? ¿O renunciaremos a reclamar la activación de las Naciones Unidas?

Quiero ante todo, recordar que también tuvo alguna actuación la O.N.U. en nuestra guerra; logró la cesación de las hostilidades. No pudo impedir el estallido de la guerra, con lo que no cumplió la misión que le competía. Pero consiguió suspender la lucha y logró concertar los armisticios que estabilizaron la situación.

Ese no fué el único buen éxito que obtuvo la O.N.U. También fué satisfactoria su intervención en Indonesia, donde logró poner fin a la guerra, y contribuyó a establecer un Estado libre e independiente. Quizá esa independencia y esa libertad no sean del gusto de todo el mundo, pero Indonesia es un Es-

tado libre e independiente y su suerte se encuentra en sus propias manos.

La circunstancia de que la O.N.U. no haya intervenido desde un comienzo en nuestra guerra, no varía para nada el hecho capital de que *nosotros tenemos interés en que reaccione contra la agresión, que se constituya la norma y la tradición de reaccionar contra la agresión—en todo caso, de impedir la agresión—, y que se constituya un modus vivendi internacional según el cual no se pasará por alto la agresión, sino que se considerará el hecho y se tomarán las medidas posibles y necesarias, aunque quizá no siempre todas.*

La O.N.U. lucha ahora entre el deber de actuar contra una nueva ola de agresiones y la preocupación por las consecuencias que podría acarrearle el cumplimiento de ese deber. ¿A nosotros qué es lo que nos interesa? Ambas cosas: la reacción y la máxima consideración de los posibles resultados en la aplicación del principio del *malum necessarium*. Bajo ningún concepto estamos por la impunidad de la agresión. Estamos en contra como nación que ha sido agredida y puede ser agredida y como Estado que dedica todos sus esfuerzos a la paz y se interesa muy vivamente por la paz mundial. Bajo ambos aspectos, nos interesa que la O.N.U. tenga fuerza suficiente para impedir la agresión y para robustecer la paz. Vale decir, *que sea competente, pero que emplee la competencia inteligentemente.*

La forma de combinar las cosas, es un problema que incumbe a la diplomacia internacional.

#### APROXIMACIÓN DE LOS EXTREMOS

“En el plan que presentamos no figura el retiro de los ejércitos extranjeros y la entrega de Corea a los coreanos”. El que conozca las resoluciones, comprenderá el punto. Nosotros no propusimos la aceptación del plan chino íntegramente, tal como fué presentado. Teníamos interés en proponer un plan que evitara una crisis. Hemos actuado de acuerdo con lo que impone la responsabilidad internacional y no con el principio teológico de adjudicarle la razón a priori a una de las partes.

Nuestra línea de conducta no ha sido la de identificarnos con una de las partes sino pensar en los resultados. *Nuestra finalidad no fué la de inclinarnos hacia ninguna de las dos partes, sino la de aproximar los extremos.*

Y en lo fundamental, nuestra propuesta contenía ambos objetivos. Propusimos retirar las fuerzas extranjeras de Corea. También consideramos como fuerzas extranjeras a las unidades chinas. Propusimos retirarlas gradualmente, no de golpe, sino por etapas fijadas de antemano. Cualquier otra forma de retirar ambas fuerzas era imposible. Era una propuesta justa la de entregar a los coreanos la facultad de resolver sobre su propio destino. Pero no dejando a Corea desordenada, de modo que una fracción, la más fuerte, pudiera dominar a la otra, no en el sentido geográfico, sino en el político; es decir, que un partido domine todo el país; eso no. Porque la O. N. U. es allí la dueña. Nosotros sugerimos que se formara una comisión, integrada por representantes de la Unión Soviética, China comunista, y otros países, en nombre de las Naciones Unidas, que discutiera todos los aspectos del problema y le hallara la solución adecuada.

“Un funcionario del departamento de Estado nos elogió por nuestra ayuda”. Frente al mencionado funcionario quiero poner a la delegación soviética. ¿Qué nos dijo la delegación soviética? Criticó nuestro plan. Declaró que nuestro plan no le gustaba. Por supuesto que no debía gustarle, porque el plan no era de ellos. Ni tenía por objeto ser un plan soviético. Pero al final de cuentas, al cerrarse el debate, nos dijeron: “Los felicitamos por la noble iniciativa que tomaron”. Cuando al día siguiente se difundió el rumor de que, aparentemente, abandonábamos nuestra iniciativa, y no presentaríamos ninguna propuesta, fueron de la delegación soviética a preguntarnos si era cierto. Es evidente que tenían interés en que se llevara adelante esa tentativa.

El diputado I. Riftin creyó conveniente recordar hechos olvidados. Recordó el primer discurso que pronuncié ante la Asamblea General. Yo dije en aquella oportunidad que la línea de separación entre el bloque soviético y las demás potencias mundiales no es idéntica a la línea que separa al imperialismo de la fraternidad de los pueblos. Tampoco es idéntica a la

línea que separa al socialismo del capitalismo. No está todo el bien de un lado y todo el mal del otro. Esas palabras las ratifico. Rittin añadió que yo había dicho que defenderíamos nuestra libertad contra cualquiera, de adentro o de afuera. Las palabras "de adentro o de afuera" son agregados que yo no he dicho. No figura en la versión taquigráfica de mi discurso. En mi exposición no me ocupé para nada de los peligros interiores, pero ya que ha sido planteado el punto, quiero dejarlo aclarado: estoy seguro que si se intenta modificar por la fuerza el régimen del Estado de Israel e imponer un régimen de vida contrario a la voluntad de la mayoría de la población, el Estado combatirá esa tentativa.

#### EL ESTADO Y SU DEFINICIÓN INTERNACIONAL

Me han preguntado si una nación puede tener una definición política internacional. Dentro de las naciones existen partidos políticos, pero ¿puede una nación poseer una definición política internacional? Yo contesto: sí. No solamente puede, sino que debe tenerla. No con respecto a todas las cosas, es verdad. El Estado deja siempre amplios temas librados a la discusión, a la controversia, la investigación y el esclarecimiento. El Estado no debe resolver en todas las cosas; pero hay asuntos vitales sobre los cuales recaen decisiones. *Hay, ante todo, asuntos vitales que crean hechos.* Existen en la comunidad creaciones que se combinan y configuran determinadas formas de vida; concretan el objetivo de toda la nación; quírase o no, constituyen una definición. O a lo menos, una definición en vías de realizarse.

Existen también grandes asuntos muy complejos sobre los cuales recaen resoluciones. Nuestra democracia —y todos saben que lo es—, es un hecho vital y también una determinación de objetivo conocido. Es un factor de aglutinación para todos nosotros. No hay ningún partido del Knéset ni del país que reclame actualmente un nuevo régimen, que sostenga el dominio absoluto de un solo partido, que quiera prohibir a la oposición publicar diarios, constreñir la libertad individual de palabra, interrumpir la libre relación de los ciudadanos israelíes con los de otras partes del mundo, y dejar todo concen-

trado en las manos del gobierno. No sé que ningún partido del país, grande o chico, de izquierda, centro o derecha, reclame semejantes medidas.

De todas maneras, y desde el punto de vista de los principios recayó una resolución sobre ese problema y yo me conformo con la resolución de la mayoría. Si hay partidos que están a favor de otro régimen, hay también una mayoría suficientemente grande para respaldar a los partidos que están categóricamente a favor del régimen actual. Por eso digo que recayó una decisión sobre aquel problema. Si el Estado de Israel quiere destacar sus verdaderas características, su libertad, puede y debe decirle al mundo lo que es, cuál es su configuración espiritual, cómo es el régimen que lo gobierna, cuál es su tendencia, cómo soluciona los problemas de su régimen, cómo resuelve sus problemas administrativos. No es una cuestión partidaria, es una cuestión relacionada con toda la comunidad, y el que habla en nombre de la comunidad, puede —y yo diría debe—, esclarecer satisfactoriamente todos esos puntos.

#### CAPITALISMO Y COLECTIVISMO EN NUESTRA ECONOMÍA

Aquellos problemas no se limitan al terreno del poder y del gobierno. También se plantea una cuestión muy fundamental en lo tocante a la economía. También nuestra economía tiene sus características peculiares. Los que afirman, generalizando el concepto y subrayándolo con un ademán, que nuestro país es un país capitalista, no saben lo que dicen si lo dicen sinceramente. Y si saben lo que dicen, se trata de una simple mistificación. *Nuestra economía no es capitalista.* Hay, es cierto, capitalismo en el país; hay empresas capitalistas; pero existe una economía estadual que crece continuamente y que espero ha de seguir creciendo hasta alcanzar importantes proporciones. En Israel hay una firme economía colectiva cuya forma no tiene igual en ningún país del mundo. Y eso se constata tanto en lo que respecta a los *kibutzim* como a los *mevaschbi-avabodim*. Nuestro país posee una economía colectiva muy ramificada, que abarca diversas capas sociales y distintos círculos. Todas esas formas económicas se entrelazan constituyendo una sólida armazón. No hay entre ellas una armonía permanente,



no impera el idilio; hay discusiones, hay agitación, como en todo organismo vivo. Hay formas que se robustecen, y otras que se debilitan, y hay formas que se complementan entre sí. Los que lean el programa de gobierno, los que observen con ojo crítico y sincero la legislación y los actos de gobierno, podrán ver que el Estado se preocupa por asegurar la libertad de expresión y la libertad de iniciativa para todas las manifestaciones económicas y sociales mientras sirvan los intereses de la comunidad y no los minen, y se ajusten a la estricta disciplina que el Estado les impone. No diré que el Estado no pueda equivocarse nunca ni que todos sus actos brillen como la luz del sol. Se cometen errores, pero la tendencia del Estado es la de *asegurar la libertad de iniciativa para todas las formas sanas de la economía, y, dentro de lo posible, coordinarlas, evitar las fricciones y someterlas a una determinada disciplina, dictada por el interés nacional; y ponerlas en el país al servicio de su histórica tarea central.*

Ese es un hecho de importancia no sólo para el Estado de Israel. A muchos otros les interesa. Me fundo para afirmarlo en las numerosas conversaciones que he mantenido. Vienen a Israel personas de todas partes del mundo que se llevan luego consigo esa información. A veces nos llegan maravillosos ecos de los rincones más apartados del globo, que demuestran el interés por conocer e investigar esos tópicos. La información se difunde más sobre la base de las observaciones personales, de visu, que sobre la base de lecturas, porque nuestra literatura en ese terreno es muy pobre y casi inexistente.

El referido régimen no tiene ninguna obligación con respecto al futuro. No se comprometió a evitar retrocesos de carácter "reaccionario" ni revoluciones, porque, ¿quién puede comprometerse con respecto a lo que oculta el porvenir? Pero hoy, conscientemente o no, con intención o sin ella, esa es nuestra senda, la senda de la vida económica y social que estamos creando en el país, y creo que el representante de Israel puede —o más bien, debe—, decir al respecto algunas palabras cuando sube por primera vez a la tribuna de las Naciones Unidas y presenta a su país. No es ésa una actitud sin precedentes: todos los países se presentan, cuando entran en la arena internacional.

## LENGUAJE COMÚN CON LOS PUEBLOS DE ASIA

Siguiendo la norma de las nada verídicas y superficiales calificaciones al por mayor, se ha tratado, en el curso del debate, identificar dos cosas: el proceso de la liberación de los pueblos asiáticos, con el proceso de expansión de un régimen determinado, el régimen soviético. No vengo a poner en duda las virtudes del régimen soviético, ni vengo a negarlo. Quiero simplemente afirmar un hecho: no es cierto que todas las naciones de Asia que se han liberado, lo han hecho en la misma forma; no es cierto que después de su liberación hayan adoptado el mismo régimen. India, Birmania, Ceilán, Indonesia, Israel, se liberaron cada cual a su manera. Cada cual plasmó su destino de acuerdo con sus propias condiciones y sus propios conceptos. No se han vaciado en un mismo molde ni forman parte de un mismo régimen. Todos esos países encaran grandiosos programas de reconstrucción. Esta circunstancia crea un lenguaje común entre la India y nosotros. Espero que también podamos establecer un lenguaje común con China basado en el mismo problema de la reconstrucción. Pero no podremos identificarnos en todo. Ni siquiera con la India. Que no nos pongan de modelo a la India a cada paso.

Y si nos ponen a la India de modelo, es bueno saber qué dice y qué hace la India. Dejémosle la palabra a la India, a su primer representante, el primer ministro Nehru. ¿Qué dijo en el parlamento hindú, durante el debate sobre la política exterior? "Cualquiera que sea la política, el que conduzca las relaciones exteriores de su país debe primeramente ver claro todo lo que sea inútil para su patria; podemos hablar con toda sinceridad de buena voluntad entre las naciones; podemos hablar con toda honestidad de paz y libertad, pero en definitiva todo gobierno busca el beneficio de su propio país. Ningún gobierno se atreverá a hacer nada que pueda perjudicar a su patria, ni mediata ni inmediatamente".

Y aquí tengo otro párrafo del discurso de Nehru, relativo al mismo asunto. Ya he dicho anteriormente que no me identifico con todo lo que dice. Pero vuelvo a decirlo para aquellos que nos invitan a tomar a la India como ejemplo: no estoy dis-

puesto a tomar en todo a la India como ejemplo. "En el transcurso del año 1949, cuando el fantasma de la próxima guerra era mucho menos amenazante que ahora, declaramos que no nos embanderaríamos con ningún grupo. No tenemos nada que ver con la neutralidad ni con la pasividad ni con nada por el estilo. Si estalla una guerra mundial, no tenemos ningún interés en intervenir en ella. No obstante, en los tiempos que corren es un tanto difícil permanecer neutral en una guerra mundial. Mientras podamos abstenernos, no participaremos de la guerra. Llegado el momento, entraremos en la guerra del lado que exijan nuestros intereses. En eso consiste todo nuestro planteo teórico".

Hasta aquí las palabras de Nehru.

Nosotros decimos: *Israel es un Estado independiente. Vale decir, que responde ante todo y sobre todo a las necesidades vitales de nuestro pueblo, a sus propias exigencias como nación.*

#### DOS MUNDOS: UNO ABIERTO, OTRO CERRADO

Nosotros no dividimos el mundo. Nosotros no creamos los conflictos que separan un bloque del otro, un Estado de otro. Nosotros no tenemos interés en la división. Por el contrario, hacemos votos para que esa desgracia desaparezca del mundo. Nos pone encima una pesada carga y nos llena de intranquilidad; nos perjudica y nos acarrea interminables complicaciones.

No nos interesa en absoluto enredarnos en la maraña de la división, mientras siga existiendo. Pero no basta decir que no vamos a complicarnos ni enredarnos en la división. Con eso no solucionamos nuestros problemas vitales. Son principios negativos. Son importantes en la medida de su propia importancia, pero no resuelven nuestros urgentes problemas vitales. No existimos ni hemos nacido con el objeto de no identificarnos, no comprometernos ni enredarnos. Ese no puede ser un objetivo político. Es simplemente una reserva que acompaña a la política. Pero *nuestro interés central, el objetivo de nuestra política, es ser activos y obrar.* Llegamos al mundo para vivir, y vivir es crecer, y crecer es robustecerse, y robustecerse

es desarrollarse. Y ahora, cuando sumamos 1.350.000 almas, o más, incluyendo a nuestros ciudadanos árabes, lo mismo que cuando sólo éramos 650.000 en determinado momento, pesa sobre la nación, sobre nosotros, la responsabilidad de realizar nuestro destino, nuestro mensaje. *La política exterior debe ante todo unirse a ese carro de la historia, al objetivo de cumplir y realizar el mandato de la nación.*

Ese mandato ha caído sobre nuestros hombros en pleno siglo xx. Nosotros no elegimos este país. El pueblo nació en este país. Nadie elige a la madre que le da el ser; la madre de un hombre no es materia de elección. Nosotros no elegimos *el momento* en que nacimos. Nacimos como Estado a mediados del siglo xx; realizamos la tarea de preparación principista en la primera mitad del siglo xx, después de haberla iniciado en el último cuarto de la centuria anterior. No vivimos en el año 2050, cuando quizá se cumpla el sueño de alguien, por medio de la guerra o de la paz. Tampoco estamos a mediados del siglo xix, cuando Marx publicó "El Capital", que se convirtió en un libro ritual y en una religión embalsamada. Es decir, que sus partidarios por un lado aprenden la rutina y por el otro falsean la teoría para justificar sus desviaciones; pero para todo encuentran fundamento en el mencionado libro. No estamos a mediados del siglo xix, sino a mediados del xx; y a mediados del siglo xx el mundo se encuentra dividido. No voy a caracterizar la división con definiciones que contengan fundamentos morales, porque equivaldrían a declarar legítimo, puro, un punto, e ilegítimo e impuro otro punto. Voy a emplear definiciones completamente objetivas, definiciones de la física política: *hay un mundo abierto y otro cerrado*, hay un mundo que vive su vida encerrado en sí mismo y no se abre para establecer contactos libres con el mundo exterior, y hay otro mundo que tiene establecida como regla general la norma de mantener relaciones libres con los diversos países de la tierra.

#### NUESTRO SINO EN AMBOS MUNDOS

Existe un pueblo judío cuyo destino es el de que su voz pueda oírse en el mundo abierto y sea ahogada en el cerrado. Y no es porque el mundo abierto trate amistosamente al mun-

do judío y el cerrado sea su enemigo. De ningún modo. Yo viajo bastante por el mundo abierto. En realidad, solamente viajo por el mundo abierto. Una o dos veces visité algún rincón del mundo cerrado; al centro no me dejaron pasar. Sé muy bien que en el mundo abierto hay antisemitismo. En cambio, sé muy bien —y no digo que no esté agradecido por ello, estoy dispuesto a agradecerlo—, que en el mundo cerrado existe un régimen que protege a los judíos contra los pogroms. No subestimo este hecho. Con lo cual no quiero decir que en el mundo cerrado no haya antisemitismo, o que en el abierto haya masas de judíos expuestos diariamente al peligro de los pogroms, o que los gobiernos del mundo abierto no protegerían a los judíos contra los pogroms, si llegaran a estallar. Conozco muchos sitios donde protegerían a los judíos aún a costa de sus propias vidas. Es un hecho que en el mundo abierto los judíos tienen libertad para hacer oír su voz, para organizarse y expresarse abiertamente por medio de la palabra hablada o escrita; tienen libertad para establecer relaciones con las colectividades judías de otros países, para crear juntos su cultura, para contribuir a la obra judía común, para cooperar en la obra histórica de nuestro pueblo: la construcción del Estado de Israel. Pueden también viajar libremente de un país al otro, y hasta trasladarse a Israel. *Es un hecho que gracias a esa libertad —gracias únicamente a esa libertad, de la que gozamos no como favor o como concesión graciosa, sino porque es una de las consecuencias del régimen que allí impera—, gracias a esa libertad sin segundas intenciones, conseguimos todo lo que poseemos aquí en esta tierra.* Finalmente, también pusimos al mundo cerrado en el trance de tener que reconocer nuestra existencia y nuestro derecho a la vida independiente, existencia que nunca lograríamos si en todas partes rigiera un régimen cerrado como el que impera actualmente en una parte del mundo.

También sé perfectamente que de varios de los países situados en la parte cerrada del mundo llega una *Aliá* muy superior a la que se recibe de varios países importantes del mundo abierto. *Sin embargo, en el mundo abierto los judíos pueden prosperar libremente y en el mundo cerrado dependen del arbitrio del régimen, a veces bueno, a veces malo.* Es un hecho

categorico que la colectividad judía más grande del mundo cerrado está completamente clausurada; nadie sale de allí y nadie entra. De ese *kibutz* no llega la menor *Aliá*; no existe ninguna ligazón con él.

#### LA AYUDA PARA NUESTRA OBRA

Y voy a decir una herejía: no existimos solamente gracias a la *Aliá*. Para que haya *Aliá* hace falta algo más, hace falta ayuda de amplitud mundial, una ayuda muy rica, multiforme, ramificada, una ayuda en constante aumento y multiplicación. *Sin esa ayuda nuestra obra no podrá existir.* Necesitamos toda clase de medios: donativos y remesas de dinero para los parientes que vienen a radicarse en Israel, inversiones de capital, empréstitos populares y gubernativos y ayuda internacional por parte de aquellas naciones que están dispuestas e interesadas en ayudarnos; inclusive la ayuda contemplada en el "punto cuatro".

Pero no solamente necesitamos ayuda financiera, sino también instructiva y educacional; todo eso necesitamos. ¿Hemos alcanzado acaso el grado máximo de la sabiduría, y de la capacidad para el trabajo? ¿Tenemos que aprender! ¿Pero de quién vamos a aprender si no es del mundo abierto? ¿Y de quién estamos aprendiendo, en realidad? ¿Adónde vamos a estudiar? ¿De dónde traemos especialistas? ¿Quién nos ayuda? ¿Podremos acaso dar un solo paso serio sin la ayuda de los especialistas extranjeros, sin las innovaciones y los conocimientos que allí se renuevan constantemente? Y las innovaciones que nosotros introducimos aquí ¿no debemos cotejarlas a cada paso con los descubrimientos que se producen allí? ¿Y cómo se podría hacerlo estando aislados, separados y encerrados? En el mundo abierto los judíos pueden prosperar, investigar, observar; en el mundo abierto los judíos pueden hacer donaciones, enviar capital al exterior e invertirlo. Se comprende que en cada país existen determinadas limitaciones con respecto al cambio exterior, pero allí los judíos son libres y dueños de su dinero, de sus conocimientos. Esos judíos libres han hecho una importante contribución para establecer la *Tsivi Haganá* de Israel. Ayudaron con sus donaciones al desarrollo técnico en

todas las ramificaciones económicas, a la organización del ministerio de Suministros, del ministerio de Trabajo, del ministerio de Previsión y del ministerio de Relaciones Exteriores. Vienen aquí y se vuelven allá. Cuando nosotros vamos allá, podemos recorrer libremente todo el país. A veces vienen ellos a visitarnos, invitados por nosotros; otras veces vienen sin invitación y otras se invitan ellos mismos. En cambio, los que invitamos del mundo cerrado no vienen y cuando nosotros nos invitamos a nosotros mismos para visitarlos a ellos, no aceptan la invitación. No habla de todo esto al azar. De todos y cada uno de los puntos que menciono hay hechos que los fundamentan.

En el mundo abierto existen lazos de unión que unen a las colectividades judías con nosotros, como así también a un *kibutz* con otro. En el mundo cerrado no existen esos lazos. ¿Hay alguna conexión entre los judíos de la Unión Soviética y los de Rumania? ¿O entre los mismos judíos de la U.R.S.S.? ¿Existe algún lazo de unión entre los judíos de las democracias populares? ¿Existe algún organismo que reúna a los *kehilas* de cada país? ¿Se lleva a cabo alguna obra común de cultura entre los judíos de los países cerrados? ¿Existe alguna forma de iniciativa, cualquiera? Ni siquiera la *Aliá* —y bendita sea, es extraordinariamente importante—, trata de reforzar los lazos sino de cortar y suprimir las relaciones con los judíos de aquellos países.

#### LA RESPONSABILIDAD POR EL JUDAÍSMO MUNDIAL

Unas palabras sobre nuestra responsabilidad por el judaísmo mundial. No es una teoría nueva. La difundí entre diversos círculos y también entre el judaísmo mundial. Estuve en Estados Unidos, en Francia y en África del Norte. En todos esos países les dije a los judíos que ellos no son responsables por la política del Estado de Israel. Esa responsabilidad recae sobre los ciudadanos de la nación. Pero la nación se siente responsable por los judíos de todos los países. Lo cual no significa que el Estado pueda ocuparse de analizar la influencia que cada cosa haya de tener sobre el judaísmo mundial, porque Israel es el mayor tesoro para la libertad del judaísmo mun-

dial. Pero el Estado examina todas las cosas a través del prisma de su preocupación por la suerte del judaísmo mundial. Se pregunta siempre qué influencia tendrá sobre el judaísmo mundial tal o cual ley, tal o cual discurso, tal o cual declaración. ¿Será motivo de orgullo y respetabilidad para el judaísmo mundial, o le causará algún perjuicio, o dañará su buen nombre? Siempre hacemos esas consideraciones, aunque no siempre resolvemos de acuerdo con ellas.

No olvidamos este problema, sin ninguna relación con el tamaño de la Unión Soviética. Para asumir la responsabilidad por el judaísmo mundial, debemos asumirla por el judaísmo norteamericano, por la posición de 5.250.000 judíos —casi la mitad de la población judía—, por la posición del más grande *kibutz* judío. El judaísmo norteamericano es uno de los milagros de la historia judía. Si no fuera por ese milagro, quién sabe cuál sería nuestra suerte, y quién sabe si habríamos logrado lo que logramos. El judaísmo norteamericano es un enorme acumulador de energía, una potencia constructiva, una fuente de inversiones. ¿Es indispensable que seamos responsables por esos judíos! ¿O es que debemos desentendernos de ellos?

Es diferente el lazo que nos une a Estados Unidos y al judaísmo norteamericano, y el que nos une a los judíos soviéticos. La diferencia, igual a la que separa el Este del Oeste, no se debe al mérito de los primeros ni a la culpa de los segundos. Aquí es todo libre y existen todas las posibilidades. Allí hay un muro impenetrable, no podemos hacernos oír ni escuchar lo que ellos dicen, ni hay manera de reunirnos con ellos. No formulo quejas al régimen; ésa es su característica. Pero debo extraer las consecuencias en lo que respecta a la situación del pueblo judío.

¿ADÓNDE VA USTED?

Pese a nuestros deseos de preservar nuestra amistad con la Unión Soviética, ¿podemos desentendernos de ese hecho fundamental de nuestra vida que toca en lo más profundo el problema judío? ¿Pueden pasar por alto ese problema los compañeros del *Mapam*? Yo afirmo: tampoco ustedes lo hacen. ¿Adónde van ustedes a estudiar? ¿De dónde traen especialistas?

¿Adónde envían a sus emisarios? ¿A qué fuentes acuden en procura de ayuda para sus empresas, para el perfeccionamiento de su capacidad productiva?

Un día fué a verme en Nueva York un miembro del *kibutz Aratsi* del *Haschómer Hatsáir*, amigo mío, y me dijo: "Vine a abrir una agencia para asuntos de índole económica del *kibutz Aratsi*". Le pregunté por qué había ido a Nueva York a abrir esa agencia y no a Moscú, o a Varsovia. ¿O es que, añadí, al mismo tiempo que instalan esa oficina aquí, hay otros cumpliendo la misma misión en Moscú, o en Varsovia? ¡Pero esto equivale a identificarse! Recibí a un miembro del *kibutz Meavajad*, también amigo mío, que fué a despedirse de mí antes de partir hacia Inglaterra. Le pregunté a qué iba a Inglaterra. Me respondió que iba a elegir camiones para la organización de los transportes del *kibutz Meavajad*. Le pregunté entonces por qué iba a Londres, por qué no iba a Praga o a Bucarest. ¿O es que simultáneamente iban otros miembros del *kibutz* a Praga o a Bucarest? Vienen a verme compañeros de Meus, buenos amigos, discípulos míos, y me piden que les ayude a conseguir permiso de salida, porque quieren ir a especializarse en mecánica y otros terrenos. ¿Adónde van?

Mañana se reunirá un Congreso sionista. ¿Tomará parte en él todo el mundo, o solamente el mundo abierto? ¿Ustedes participarán en el Congreso, o no?

Ustedes nos dejan a nosotros la tarea de extraer las consecuencias, para poder atacarnos al gusto de aquellos ante quienes ustedes se prosternan. Ustedes están completamente seguros de que nosotros nos preocuparemos de que nuestra política no se modifique por ahora en lo más mínimo, de que la nación no sufra el menor daño, de que el movimiento de ustedes, las actividades y la prensa de ustedes no sufran daño. Ustedes lo dejan todo por nuestra cuenta y aprovechan los beneficios, y seguirán gozando también en lo sucesivo de la libertad para atacarnos.

#### PRÉSTAMO Y ESCLAVITUD

¿Llaman ustedes esclavizamiento al préstamo anterior y también al que vendrá, a la ayuda de antes, de ahora y de mañana? ¡Ustedes saben que no hay cláusulas reservadas! Ustedes saben

que no hay referencias políticas, y sin embargo declaran que es un esclavizamiento. ¿Qué quiere decir esto? Dicen ustedes que el préstamo sólo es posible en una atmósfera de esclavizamiento. Si el préstamo es incorrecto, también es incorrecta la campaña. En una atmósfera en la cual no puede haber préstamo, tampoco puede haber campaña judía. Ríftin afirmó que estamos pasando de la voluntaria contribución popular a un préstamo esclavizador. ¡Ni una cosa ni la otra! No hay tal paso de la voluntaria contribución popular. Al contrario, estamos buscando la manera de ampliar la voluntad popular. ¿Dónde nació la idea de un empréstito popular en Norteamérica, de un empréstito judío? ¿En el partido Obrero Unido? ¿Hizo alguna innovación el *Mapam*? Señaló nuevos medios para mantener el *kibutz Galiois*, fuera de su propuesta de arbitrar fondos dentro del país? ¿Podemos encontrar en el país todos los tractores, cañerías, armas y provisiones necesarios? ¿La industria nacional es capaz de llenar el déficit entre la producción y el consumo, déficit que aumenta constantemente? Es una situación inevitable, porque la *Aliá* crece continuamente.

Ni salimos de una cosa ni entramos en la otra; es esto y también aquello.

El crimen más grande es, para ustedes, el de recibir ayuda de acuerdo con el "punto cuatro". Ben Aron nos puso en guardia contra determinados países. En todo el texto de la alocución que nos leyó, no hay ni una palabra, ni media palabra, de verdad. Únicamente nos obligará el acuerdo que firmaremos en el momento oportuno. Lo que sucedió es que el gobierno norteamericano prestó ayuda a países mucho más necesitados que nosotros, en los cuales reina realmente el hambre—nosotros todavía no sufrimos hambre—y que padecen enfermedades y epidemias; y ahora Estados Unidos declaró que está dispuesta a ampliar esa ayuda, incluyéndonos también a nosotros. ¿Debemos por eso rechazar esa ayuda, sobre todo cuando la necesitamos con tanta urgencia? ¿No pedimos también especialistas a otros, a la Unión Soviética? No sólo no recibimos los especialistas; ni siquiera recibimos respuesta a nuestro pedido. No me quejo ni me ofendo; así es aquel régimen. Se pueden mantener relaciones aun cuando no se envían especialistas ni se contestan las notas.

Tratándose de ayuda, no seguiremos con relación al Este y al Oeste, la norma que empleaba el gobierno del mandato británico en Palestina con relación a judíos y árabes. El gobierno del mandato no daba subsidios a los árabes porque no los necesitaban, y para que hubiera equidad tampoco los daba a los judíos. No vamos a renunciar a la ayuda del occidente sólo porque el oriente no nos ayuda.

#### "UNA SENDA VERGONZOSA"

Esto lo calificó Tsisling de "senda vergonzosa". Tsisling es un *jalutz* en Eretz Israel, es miembro de un organismo económico, creador de *kibutz*, ex-ministro de Agricultura de Israel; y llama a esa ayuda destinada al desarrollo del país, "una senda vergonzosa".

No quiero discutir esa "simpática" definición, distinguida por la conciencia de un *jalutz sionista*. Sólo quiero preguntar si algún miembro del *Mapam* está dispuesto a repetir esa definición desde una tribuna pública en Estados Unidos, ante un auditorio judío. ¿Estaría dispuesto a emplear ese epíteto, y decir que el camino utilizado por el Estado de Israel para obtener ayuda del gobierno norteamericano es "una senda vergonzosa"? ¿Es una responsabilidad ante los judíos norteamericanos, aunque sólo sea desde ese punto de vista, calificar esa senda de "senda vergonzosa"?

Las restricciones del mundo abierto quitan a Israel fuentes de beneficios sin ninguna compensación. En esta forma disminuyen las posibilidades de la nación para influir e inspirar la vida judía en la diáspora. En cambio, las crecientes dificultades que presenta el proceso de la reconstrucción y el *kibutz Galiois*, como también la agudizada crisis mundial, estrechan el lazo que nos une, querrámoslo o no, con el mundo abierto.

#### PROVISIONES Y ARMAMENTOS

Indudablemente, nosotros nos empeñamos con todas nuestras pocas fuerzas, con todo el ánimo que poseemos, para asegurar la paz. Lo hacemos ante todo por nosotros mismos —para salvar lo que se pueda—, por el pueblo judío de todo el

mundo, y por el mundo entero, del que formamos parte. Aun sin el *kibutz Galiois* y sin los judíos de todo el mundo, somos una parte del mundo. Pero tenemos la obligación de escuchar muy atentamente y observar con los ojos abiertos, los avisos y señales que anuncian la próxima tormenta, y prepararnos. Nuestra política no es la de complicarnos en cualquier intriga bélica. Por el contrario, nuestra política es la deshacer las intrigas, en todo lo posible, y dentro de nuestras escasas posibilidades de influencia. ¿Es eso suficiente para declarar que hemos prometido, prometemos o estamos por prometer bases militares?

No hemos prometido ninguna base, pero sería una ingenuidad aceptar que no nos amenaza ningún peligro de invasión y ocupación. Ante las perspectivas de un peligro semejante, es preciso que estemos preparados y nos preparemos para una catástrofe y para defendernos en el momento crítico. *Esto significa, ante todo, provisiones y armamentos, y ambas cosas las traeremos de donde podamos conseguirlas.* Es un hecho que las posibilidades de conseguirlas sólo existen en el mundo abierto.

Es indiscutible que existen el progreso social, la liberación de los pueblos oprimidos y la fraternidad mundial. En ese rincón del mundo nosotros somos los portadores del progreso social. Somos un pueblo liberado, un pueblo que se liberó con sus propias fuerzas. Esto sólo ya lleva el mensaje de liberación para otros. Consciente y categóricamente, tendemos nuestros brazos para estrechar en la paz y la confraternidad con todo el mundo, y también con nuestros vecinos, nuestros enemigos de ayer y anteayer. Pero todo esto, la confraternidad, el progreso y también la paz, en el mundo en que vivimos, en el mundo en que vive y respira el pueblo judío, en el mundo que posibilita la continuidad de nuestra nación y la reunión de los exilados dentro de las fronteras de su territorio.

#### NUESTRA POLÍTICA, EXPRESIÓN DE NUESTRA INDEPENDENCIA

¿Qué es el *kibutz Galiois*? Tomemos el problema de los judíos del Irak. Los diarios publicaron un informe del organismo coordinador que se ocupó de ese problema. En Irak se establecieron términos satisfactorios: en el mes de marzo con-

cluirá allí la inscripción de todos los *avolim*, y en mayo terminará la *Aliá*. Para transportar a todos los judíos que ya se inscribieron y los que seguramente se inscribirán en el transcurso de las pocas semanas restantes, no debemos limitar la *Aliá* sino casi triplicarla. Por lo menos, aumentarla a más del doble. Lo haremos. Es posible que el total de la *Aliá* supere los 20.000 mensuales. Habrá luego otro aumento repentino, y será cuando ya estemos en invierno, cuando se presentan las conocidas preocupaciones por la vivienda, y las conocidas preocupaciones por conseguir trabajo para todos. ¿Cómo lo haremos? ¿O es que deberemos desentendernos del problema? ¿O lo solucionaremos sin pedir ayuda? ¿A quién le pediremos ayuda, y a quién no le pediremos?

El *kibutz Galiois* —quizá no esté demás repetir la explicación que dimos al respecto a personas no judías—, es el desarrollo de la revolución israelita en toda su amplitud. Es la ola que se desprendió de los arcanos de la historia judía. Es la eclosión de anhelos centenarios. Se puede constreñir y limitar ese proceso. Hoy o mañana. En cualquier momento se puede declarar que serán miles de aquí y miles de allá.

Pero si consideramos su extensión y su significado, veremos que es tan posible refrenarla y limitarla como fué posible limitar y constreñir el peregrinaje de los pueblos en Europa, o la ola inmigratoria en Norteamérica en el siglo xix y principios del actual.

Esta no es una innovación sin precedentes. En la arena mundial ya estallaron otras olas similares. Estallaron con motivo de la vulcanización de otras fuerzas. Hicieron muchas modificaciones, cruzaron mares, atravesaron continentes y cambiaron el curso de la historia. Hubo un tiempo en que esas oleadas iban acompañadas por el sufrimiento de las masas; hambre, derramamiento de sangre y devastación. ¿Tiene que ocurrir lo mismo en nuestra generación? ¿Será ese un proceso útil? ¿No hay otra forma para construir nuestra cultura más que asentarla sobre ruinas y sepulcros, sobre sufrimientos en masa, sobre ríos de lágrimas y sangre? No se trata solamente de suprimir el sufrimiento. Un enorme caudal de energías, escondido durante generaciones en las profundidades de nuestro pueblo, pugna ahora por salir a la superficie. Grita y reclama trabajo,

hogar, herramientas, ropas y alimentos. ¿De dónde saldrá todo eso? ¿Del aumento de los impuestos o de la introducción de valores en el país? ¿De dónde saldrá toda la producción que necesitamos para el período de transición y la enorme inversión en elementos de producción? ¿Dejaremos que se malogre la energía nacional en esfuerzos y escaramuzas inconducentes?

*¡Es honroso pedir ayuda para esa tarea! ¡Es honroso dar ayuda para una obra de esa índole! ¡Es para nosotros el nervio motor de esta época, es nuestra decisión histórica, es la construcción de nuestra independencia israelita! Y nuestra política, que, de acuerdo con las características del medio siglo xx en que vivimos, se propone cumplir su cometido, es la expresión de nuestra independencia.*

## ISRAEL Y EL JUDAISMO NORTEAMERICANO

Discurso pronunciado en la Convención  
Anual de la Hadassah, reunida en Atlantic  
City, en septiembre de 1951.

Al dirigirles en estos momentos la palabra, vuelve a mi memoria el recuerdo de la última oportunidad en que tuve el honor de hablar en una Convención Anual de la Hadassah. Fué en esta misma ciudad, y creo que en este mismo salón; era en 1947, durante aquellos días trascendentales en que nuestro destino oscilaba entre el miedo y la esperanza. En aquellos momentos no nos atrevíamos a profetizar, confiados, el resultado triunfal de la primera gran batalla diplomática que el pueblo judío libraba en la arena internacional. Pero aun cuando algunos de nosotros estuviésemos seguros del éxito, el segundo e inmediato pronunciamiento de la decisión internacional provocó en aquel entonces una sombría alarma. Confirmáronse tanto el miedo como la esperanza, hasta que finalmente se impuso victoriosa la esperanza.

Transcurrieron cuatro años, pero no me encuentro aquí, ante ustedes, para rendir cuenta de lo que se ha logrado, ni de las dificultades que fueron superadas o de los que aún debemos enfrentar. Diré algunas palabras solamente, sobre aquella sección del frente de batalla que tengo el honor y la responsabilidad de vigilar.

### LAS NEGOCIACIONES DE PAZ POR MEDIO DE LA O.N.U.

El factor central al que debemos hacer frente, es el hecho de que las dificultades y los peligros del frente externo no han



desaparecido de ningún modo. No hace mucho fuimos invitados a participar de la llamada Conferencia de París. Y digo de "la llamada" conferencia, no para rebajar o menospreciar su importancia, sino porque el término "conferencia" ha sido empleado en este caso equivocadamente. Habrá sin duda discusiones en París; pero no podrá haber conferencia mientras la otra parte insista en su obstinada y rencorosa negativa a reunirse con nosotros para discutir la paz.

Una de las piedras angulares de nuestra política exterior es la de cooperar con las Naciones Unidas. Nos mueve el más íntimo deseo de no dejar ninguna vía sin explorar en la búsqueda de la paz para el Medio Oriente, bajo los auspicios de las Naciones Unidas. Por estas razones respondió Israel al llamado. Pero para hacer la paz hacen falta dos partes. El punto crucial de la cuestión continúa siendo el de que nuestra existencia sea aceptada por nuestros vecinos inmediatos, de una vez por todas y con carácter formal e irrevocable, del mismo modo que fué aceptada por el resto del mundo civilizado.

La cuestión es, también, de que seamos aceptados tal como estamos, en lo que respecta a superficie y población. Es de suponer que los Estados árabes tratarán de conquistar, en las conversaciones de París, lo que no pudieron lograr por la fuerza bruta. Siendo así, el problema que más nos preocupa es el de que las potencias que forman la Comisión —y entre ellas principalmente Estados Unidos de Norteamérica—, respalden la tentativa de castigar a Israel por haber sobrevivido; es decir, que traten de arrancarle a Israel una serie de concesiones unilaterales que en su efecto total podrán ser a la larga perniciosas o hasta destructivas.

Permítaseme afirmar claramente que Israel no conquistó su independencia mediante el sacrificio de sangre y dinero, sólo para verla dañada o hasta mutilada mediante arreglos políticos. Siempre hemos reconocido nuestros compromisos y concretado la contribución que estamos en condiciones de hacer a la consecución y a la estabilización de la paz en el Medio Oriente, que tan vitalmente nos concierne como país que persigue sus propios intereses nacionales, y como miembro de la comunidad de las naciones.

Por consiguiente, siempre hemos aceptado nuestra obligación de pagar compensaciones por las tierras árabes abandonadas. Esta aceptación indica el derrotero que puede señalarse de antemano como conducente a la solución del problema de los refugiados árabes. Por otra parte, la restauración artificial de un *status quo ante bellum*, es decir, la tentativa de repatriar masas de árabes refugiados, sería un procedimiento que podría concluir en un desastre.

#### EL APOYO DE ESTADOS UNIDOS

Es abundante la ayuda que ha prestado Estados Unidos a Israel. Una mirada retrospectiva sobre estos últimos cuatro años, nos hace ver las etapas de nuestro progreso iluminadas por leyes y medidas de ayuda propiciada por el gobierno norteamericano. Recientemente hemos firmado con Estados Unidos un amplio convenio cuyo título exacto es "Tratado de amistad, comercio y navegación". Lo consideramos un instrumento de suma importancia, porque refuerza más aún la amistad que une nuestra patria con la de ustedes.

La cuestión de un préstamo directo del Tesoro de Estados Unidos a Israel se halla actualmente en sus etapas finales de discusión y —así lo esperamos—, aprobación por el Congreso. Si es aprobado, el préstamo forjará un nuevo lazo de solidaridad entre los dos países. No se nos escapan las antagónicas consideraciones que acompañaron el trámite de este préstamo, pero creemos muy sinceramente que la amistad norteamericana hacia Israel no implica de ningún modo la enemistad norteamericana hacia el mundo árabe. El contexto de la paz entre Israel y sus vecinos puede garantizar la armonía triangular. Pero la ruta que lleva a la paz constructiva no siempre se identifica con la línea de menor resistencia —más bien diría con la línea de presunta resistencia menor—, que se elige para apaciguar a los más a expensas de los menos. Las contingencias no se hallan divididas en proporción exacta a los números. Se trata de saber lo qué es y lo qué no es, para cada cual, una cuestión de vida o muerte. Considerando todos los aspectos del asunto, creemos que el gobierno de Estados Unidos no puede hacer nada mejor en el Medio Oriente que con-

tinuar invirtiendo Buena voluntad y recursos materiales en el desarrollo de Israel, para quien la democracia y los procedimientos democráticos constituyen el oxígeno vital de su existencia.

#### ISRAEL Y LA JUDEIDAD NORTEAMERICANA

Me he referido a las dificultades que Israel debe arrostrar en el frente externo. Pero nuestra vida no es de ningún modo simple. Recuerdo que un día estaba leyendo en Jerusalén un cartel que anunciaba una obra de teatro. Era un drama traducido del idisch y se titulaba: "Es difícil ser judío". Pasaron dos escolares que regresaban a sus casas y el cartel les llamó la atención. Los jovencitos se detuvieron y después de leerlo se miraron asombrados, repitiendo la frase: "Es difícil ser judío". No lograban entenderlo; ellos eran judíos, pero no encontraban ninguna dificultad en serlo.

Muchos de nosotros, amigos míos, estamos mejor enterados. La dificultad forma parte de nuestro destino. Los problemas no son de ningún modo insolubles, pero son complejos. Y es porque nosotros somos tan diferentes de los demás.

No vacilemos en proclamar esa sencilla verdad histórica. No eludamos sus consecuencias. Nuestra historia es distinta a la historia de otros pueblos. Nosotros somos un caso único en los anales del mundo. Como pueblo, hemos normalizado nuestra situación en gran medida mediante el establecimiento del Estado de Israel; pero ese proceso de normalización ha creado nuevos problemas específicos, y dió margen a nuevas complicaciones. No son de ningún modo, repito, inconciliables, pero hacen pensar; reclaman arreglos; su solución exige un esfuerzo consciente.

#### UN FACTOR DE NORMALIZACIÓN

Ante auditorios de judíos norteamericanos hablo siempre con gran timidez sobre los problemas de la vida judía norteamericana. Yo no soy uno de ustedes; yo los observo y estudio desde lejos, y puede ser que me equivoque en mis impresiones y en mis conclusiones. Pero me parece que la independencia del Estado de Israel no sólo les proporcionó una tremenda satis-

facción como judíos sino que contribuyó a normalizar su posición como norteamericanos. Y voy a decir en qué sentido.

Lo mismo que es único el caso del pueblo judío en la historia del mundo, así también son únicos la génesis y el destino de Estados Unidos, primaria y principalmente en lo que respecta a su composición racial. Es una nación que ha resultado de la convergencia en su gran territorio de corrientes inmigratorias, procedentes de muchos países, prácticamente de todos los países del mundo. Todas ellas se fundieron entre sí para formar la libre nación norteamericana, la gran democracia norteamericana.

Sin embargo, los recuerdos del pasado tardan en desvanecerse. Y no hay ninguna razón para que se desvanezcan rápidamente, ni motivo valedero y plausible para que deban desvanecerse. Los norteamericanos conocen perfectamente, en su mayoría, la estirpe de que proceden; recuerdan su origen y se enorgullecen de él; llegado el momento lo testimonian claramente, a veces de manera espectacular.

He visto en las calles de Nueva York desfiles de polacos norteamericanos, nacidos en su mayoría en este país, algunos de segunda y tercera generación; llevaban, no obstante, banderas polacas, trajes típicos polacos, orgullosos de sus tradiciones nacionales. He visto procesiones de irlandeses. El año pasado asistí en Nueva York a un funeral en memoria del difunto rey de Suecia. La gran catedral rebosaba de suecos norteamericanos. Apenas si había alguno que otro norteamericano de otro origen que no fuera el sueco. Todos ellos eran norteamericanos; ninguno pensaba volver jamás a Suecia; sin embargo sentíanse unidos a su madre patria anterior y rendían glorioso tributo a la memoria de un hombre que no fué su rey, sino rey de la patria a que habían pertenecido sus antepasados. A ellos este aparente dualismo no les creaba ningún problema. Por el contrario, proporcionaba una saludable base a su altiva conciencia norteamericana.

Pues bien; esta base, tan normal en el caso de la mayoría de los restantes norteamericanos, es la que les faltó a los judíos norteamericanos antes del establecimiento del Estado de Israel. Había una diferencia fundamental entre ellos y otros elementos de la población norteamericana, que implicaba, de manera

sutil, una situación de inferioridad para los judíos. Cualquier norteamericano medio cuyos antepasados llegaron de Inglaterra, Irlanda, Italia, Alemania, Polonia o cualquier otro país escandinavo, puede señalar un punto del mapa y decir:

"Esa es la nación de la que yo procedo; es un país orgulloso y libre, miembro de la familia humana, y posee su propia cultura. Podrá atravesar temporariamente malas épocas, pero resurge y se rehabilita; no me avergüenzo de mi origen; me enorgullezco de ser norteamericano, pero también me enorgullezco de mi estirpe, testimoniada por una nación que existe actualmente".

Ese sentimiento elemental que experimenta cualquier norteamericano medio, le era negado al norteamericano judío. Sólo podía extraer alguna satisfacción sustitutiva del hecho de que antaño, allá en la remota antigüedad, su pueblo era libre y creador; pero hogaño, conscientemente o no, debía aceptar la inferioridad de su situación comparada con la de sus compatriotas norteamericanos. Esta anomalía ha sido ahora eliminada por el surgimiento de Israel. Los judíos norteamericanos ya no deben invocar la historia antigua para justificar su demanda de igualdad completa en lo que respecta a su origen nacional. La nación a que pertenecieron sus antepasados ha vuelto a constituirse en su dignidad de Estado y se revela capaz de un razonable dominio en el arte de gobernar y en el valor militar, en un pie de igualdad con todos los Estados independientes contemporáneos.

#### CARÁCTER ESPECIAL DEL AFECTO JUDÍO HACIA ISRAEL

Pero con eso no completamos de ningún modo el cuadro. El destino determinó una complejidad mayor. Por una parte, teníamos perfecto derecho a equiparar nuestro status con el de los demás, restableciendo el Estado independiente de Israel, y señalando, en los países de nuestra diáspora, la existencia de un Estado judío como fuente de legítimo orgullo. Por otra parte, no podemos ni debemos renunciar a cierta característica que nos diferencia fundamentalmente de los demás. Porque es preciso reconocer la verdad: no hay comparación posible entre el afecto y la devoción que los judíos —ya sean

norteamericanos, ingleses o franceses—, sienten por los valores eternos del judaísmo, por los intereses de los judíos en otros países, y ahora también por el Estado de Israel, y los sentimientos que pueda experimentar un irlandés norteamericano por el Eire, o un escandinavo norteamericano por Suecia o Noruega.

La solidaridad judía es mucho más imperiosa y vital. Ese rasgo especial forma parte del destino judío. Encaremos claramente este hecho básico. Es un hecho perfectamente legítimo. Es un elemento orgánico de la historia y de la actual situación mundial. No pretendemos ser superiores ni reclamamos privilegios especiales. Todos los pueblos poseen alguna característica que los diferencia entre sí. Nosotros poseemos la nuestra, que nos diferencia de todos los demás. Nuestro caso es único. No es nada que debamos ocultar o de que debamos avergonzarnos. Es nuestro patrimonio congénito. Complica, sin duda, nuestra existencia espiritual, pero la complejidad es ineludible y debe ser aceptada por el mundo ilustrado. Tampoco debe encontrarse en ella la raíz de ningún conflicto trágico o insoluble. Por el contrario, en un mundo libre y pacífico esa característica de la vida judía puede convertirse en un elemento de armonía internacional. Esta es una de las razones por las cuales a los judíos de todas partes, como judíos, debe preocuparles vitalmente la preservación y la restauración de la paz y la libertad.

#### ARMÓNICA INTEGRACIÓN DE INTERESES

Un acercamiento sintético a nuestro problema abre perspectivas para una armónica integración de los intereses involucrados. Tomemos, por ejemplo, las relaciones entre Israel y Estados Unidos. Para Israel es de vitalísima importancia obtener y conservar la amistad y el apoyo de la gran democracia de ustedes. Es en este país donde buscamos la guía para nuestros esfuerzos iniciales y la ayuda para solucionar los complejos problemas económicos y financieros que debemos encarar. En retribución, le ofrecemos nuestra amistad, que debe interesarle por su propio bien.

¿Pero quién nos garantiza que nuestros esfuerzos por conservar la simpatía de Estados Unidos se verán coronados por el buen éxito? Por otra parte, ¿qué certeza tiene Estados Uni-

dos de que nosotros seremos siempre sus amigos? Es verdad que estamos creando la misma clase de democracia que sostiene Estados Unidos. Pero se podría argumentar que las orientaciones políticas van y vienen y no poseen una permanencia absoluta. ¿Hay en este caso alguna garantía orgánica de una amistad estable?

Me permito sugerir que existe en realidad esa garantía esencial, representada por la presencia en Estados Unidos de cinco millones de judíos, por la responsabilidad que Israel siente hacia ellos por una parte, y por la profunda adhesión de ellos hacia Israel, por la otra. Mientras subsista el vínculo de unión entre Israel y la judeidad norteamericana —pese a las diferencias que puedan surgir de tanto en tanto entre el gobierno de Israel y el gobierno de Estados Unidos sobre tal o cual decisión política o actitud política—, nunca podrá haber ruptura entre los dos países, porque Israel nunca abandonará a la judeidad norteamericana y porque, así lo creemos, la judeidad norteamericana nunca abandonará a Israel.

#### LA ADHESIÓN DEL JUDAÍSMO NORTEAMERICANO

Lo mismo que la lealtad de Israel hacia los judíos norteamericanos impone a Israel obligaciones morales y políticas, así también la adhesión del judaísmo norteamericano hacia Israel crea el interés por Estados Unidos en nuestra patria. Mientras Israel sea de alguna importancia para Estados Unidos —y lejos de mí exagerar esa importancia; pero tampoco debemos subestimarla, porque ocupamos un rincón vital en un área vital—, nuestra política no puede serle de ningún modo indiferente al gobierno norteamericano. Luego, si nuestra posición es de tangible interés, aunque sea muy limitado, para el gobierno de Estados Unidos, no puede considerar la adhesión del judaísmo norteamericano hacia Israel sino como un valor positivo de la política norteamericana. Recíprocamente, si la amistad de los Estados Unidos constituye una piedra angular en la orientación internacional de Israel, la ciudadanía de los judíos norteamericanos y su incontestable lealtad hacia su patria y su gobierno se convierten en un inestimable valor para el futuro de Israel.

Esta vinculación, operando recíprocamente en ambas direcciones, es también algo único en las relaciones internacionales. En cierto sentido, elimina toda rivalidad entre Estados Unidos e Israel. Porque ningún país del Cercano Oriente podrá lograr nunca una conexión tan íntima con Estados Unidos como la que goza Israel en virtud de su intimidad con el judaísmo norteamericano. Por otra parte, ninguna gran potencia podría conquistar actualmente en la vida de Israel el mismo lugar que ocupa Estados Unidos gracias al profundo y creciente interés de los judíos de Norteamérica por la felicidad de Israel. Esta posición es un noble desafío a la otra gran potencia mundial bajo cuyo gobierno viven también grandes masas de judíos; masas de judíos a las que nunca olvidaremos y por las cuales también nos sentimos, en cierto modo, responsables. Sin embargo, esa potencia se encuentra impedida de entrar en la competición por su propio régimen interno, que no acuerda libertad de expresión a los grupos o individuos, ni libertad para su contacto con el mundo exterior.

Esa adhesión hacia Israel por parte de los judíos residentes en otros países, huelga decirlo, no ha sido inventada deliberadamente para servir de instrumento a una determinada orientación política. Existe para su propio bien, y hunde sus raíces en la historia judía y en la conciencia judía contemporánea. Brota de las profundidades del alma popular. Esa es su fuerza inmanente y la garantía de su indestructibilidad. La solidaridad política es duradera porque, en este caso, es un simple subproducto de una unidad orgánica. Si no estuviese basada en una unidad orgánica, habría quedado como una tendencia temporaria y quizá no resistiría el impacto de los cambios revolucionarios que pueden ocurrir en este mundo inestable. Pero como la conciencia de la unidad judía y el lazo que une al pueblo con su tierra natal son duraderos, y hasta eternos, todo lo que se edifique sobre esa base adquiere calidad de permanente.

Yo los invito a convenir también en que la adhesión de los judíos hacia Israel, que es el valor central en la vida mundial judía de esta generación, puede ir, incluso en Norteamérica, más allá de sus habituales formas de interés, simpatía, preocupación, ayuda, visitas, o participación en beneficios culturales

que pueden derivar de los esfuerzos creadores de Israel. Puede ir más allá y conducir ocasionalmente a una completa identificación con el Estado de Israel por la inmigración y la radicación. ¿Por qué? No por temor al futuro, ni por incapacidad. ¡De ningún modo! No conozco ningún interés mundial judío más vital que la necesidad de que el judaísmo norteamericano continúe siendo libre, próspero y seguro. No conozco estupidez más perniciosa que la tentativa de evocar siniestras visiones contrarias.

#### UNA CATÁSTROFE Y DOS MILAGROS

Si tuviera que resumir en una sola frase la historia judía contemporánea, diría que consiste en una catástrofe y dos milagros. La catástrofe es la que asoló al judaísmo europeo. Los dos milagros son, primero, el que logró realizar el pueblo judío en Palestina bajo la bandera del movimiento sionista, en el período que medió entre las dos guerras: sirvió como base del futuro Estado y como baluarte de nuestra defensa cuando luchamos en abrumadoras condiciones de desigualdad; segundo, el hecho de que en la etapa crucial de nuestra historia existiese en Estados Unidos una comunidad judía, grande, próspera y libre, capaz de lanzar su peso político sobre la balanza de las decisiones internacionales y de contribuir con sus riquezas a la lucha que libraba Israel por su supervivencia.

Si este segundo milagro fué de importancia tan decisiva para nuestra lucha en el pasado, ¿por qué vamos a suponer que podremos prescindir del él en el futuro? Que Estados Unidos siga siendo un país libre y poderoso y que la comunidad judía de Estados Unidos continúe gozando de su libertad y su prosperidad, es la verdadera base del porvenir judío y la condición indispensable para el desarrollo y el progreso de Israel.

#### ISRAEL NECESITA HOMBRES PREPARADOS

¿No sería, por lo tanto lícito que jóvenes judíos, y judíos no del todo jóvenes, se impregnaran en el ideal de trasladarse a Israel para radicarse en el país y hacer de él un verdadero hogar físico, no impulsados por el temor, ni por razones de persecución o discriminación, sino por la libre decisión de su corazón judío, por la pureza y la nobleza del apremio que los

incite a asociarse personalmente al más grande episodio de la historia judía; a la consumación del ideal secular del pueblo?

No he venido a hacer propaganda para la Aliá, aunque en esta época de inmigración en masa no seleccionada, procedente de países atrasados, bien saben ustedes cuánta falta nos hacen hombres escogidos, y mujeres. Estamos escasos de médicos, enfermeras, ingenieros, técnicos, de toda clase imaginable de talento profesional; y, en general, de gente educada.

Pero no quiero enfocar el problema desde el punto de vista de las necesidades de Israel. Quiero tratar de visualizarlo desde el ángulo de la psicología de ustedes.

¿Por qué ha de ser raro e inconcebible que los judíos de un país libre resuelvan libremente conducirse como judíos; que haya entre ustedes jóvenes de ambos sexos aprehendidos por el espíritu de esa sublime aventura, la creación de una nueva sociedad judía, que se dejen llevar por el idealismo de los iniciadores; que presten su colaboración, no para ayudar y guiar a los otros, sino para participar directamente, para asociarse a los procesos básicos de creación de la nueva sociedad partiendo desde los mismos cimientos? Si es éste un noble empeño, ¿por qué ha de serle negada esa nobleza a los judíos norteamericanos? Si es una revelación del espíritu creador judío, ¿por qué han de ser los judíos norteamericanos los únicos que se excluyen de él?

No estoy haciendo propaganda. No los induzco, no los incito a que vayan. No hago más que destacar la legitimidad de la partida en nombre de los que han optado por partir; su legitimidad en términos tanto de la vida judía como de la democracia norteamericana.

La Aliá es, por supuesto, la forma de asociación de mayor transcendencia, comprendiendo tanto el trasplante físico como la metamorfosis social y, quizá lo más difícil de todo, la gradual disolución de la característica individualidad norteamericana en el nuevo crisol de Israel.

#### DIVERSIDAD DE CONTACTOS

Pero aparte de este paso fundamental, hay una extensa serie de formas de asociación y adhesión que comprenden distintos

aspectos de actividad económica, política y cultural; aspectos que, a medida que transcurra el tiempo e Israel vaya confirmando las esperanzas depositadas, —mientras no se debilite en toda la diáspora el estímulo interior de los judíos de seguir siendo judíos—, irán creciendo y desarrollándose, estrechando aún más los lazos que unen al judaísmo norteamericano con Israel.

Esas diversas formas de adhesión crean sus problemas propios. Problemas que son interiormente judíos. Se desprenden del hecho de que algunas de esas formas de adhesión pueden ser organizadas, en tanto que otras quedan totalmente dentro del libre dominio de la vida personal. Aun organizadas pueden presentar variantes y provocar fricciones.

La complejidad de la vida judía moderna, las variantes que existen dentro de cada comunidad nacional, y más aún, entre las de diferentes países, son de tal índole, que la tentativa de organizar todos los contactos judíos con Israel dentro de un molde uniforme, es no solamente inútil sino decididamente perjudicial.

El esfuerzo organizado tiene gran mérito y la uniformidad puede tener, hasta cierto punto, sus ventajas, pero la libertad debe reinar soberana sobre todos los articulados y todas las barreras. La conexión entre Israel y el pueblo judío debe ser en última instancia directa, libre y desembarazada de limitaciones formales y tradicionales organizativas.

Ustedes no dejarán de advertir el terreno peligroso al que estoy llegando ahora, en este discurso que, si no me equivoco, ha estado integrado en su totalidad por una serie de recódos peligrosos y aventurados. Se trata de las relaciones, por una parte, entre Israel y la organización sionista, y por la otra, entre Israel y las comunidades judías del mundo libre.

#### ISRAEL Y EL MOVIMIENTO SIONISTA

Quisiera, ante todo, dejar establecidos en forma inequívoca tres hechos que creo incontrovertibles.

Primero. El Estado judío es obra y fruto del movimiento sionista mundial. Es verdad que en las etapas finales de su nacimiento Israel recibió la ayuda de la unidad judía mundial

notablemente manifestada y a la que prestaron su contribución sionista, no sionistas y muchos ex antisionistas. Pero durante años, décadas, fué el movimiento sionista el que enarboló la bandera del Estado judío, solo, sin ayuda, y muy a menudo trabado y vituperado. Era la única expresión de la voluntad colectiva, del pueblo judío, y la capacidad del pueblo judío para trasladar esa voluntad al terreno de la acción, creando en nuestra tierra factores concretos de potencialidad judía. Tuvo que desafiar no solamente los obstáculos externos sino también la indiferencia y el antagonismo interno. Mediante sus sólidas realizaciones indujo al mundo, incluido el judaísmo mundial, a aceptar el Estado judío como una posibilidad práctica y una necesidad imperiosa.

Segundo. Las funciones desempeñadas por la organización sionista no han quedado terminadas con el establecimiento del Estado. Han sido trasladadas a la nueva fase de nuestra existencia y de nuestro desarrollo. Aquellas funciones —transporte de inmigrantes, colonización de la tierra, obras de desarrollo—, son por su naturaleza funciones de gobierno. Aun antes del establecimiento del Estado, la organización sionista actuaba como autoridad gubernativa, y tenía un status reconocido.

Ahora que existe un Estado judío, la cooperación entre el Estado y la organización sionista es imperativa y exige una regulación formal. Las funciones deben ser delimitadas. Las jurisdicciones deben ser definidas. La cooperación debe estar basada en fundamentos legales firmes. Lo cual involucra la asignación a la organización mundial sionista de un status determinado, en Israel, con objetivos específicos, dentro de la armazón de actividades que cumple y seguirá cumpliendo el movimiento sionista en Israel.

El tercer hecho es que Israel está vitalmente interesado en que continúe existiendo y creciendo el movimiento sionista, reunido en la organización sionista mundial, en todos los países donde pueda operar libremente.

#### NI MONOPOLIO NI EXCLUSIONES

Israel le debe al movimiento sionista su apoyo moral y su más amplia cooperación posible. Israel considera al movimiento

sionista como su principal aliado en la vida judía. Sin embargo todas estas proposiciones no presuponen monopolio ni exclusivismo. Israel tiene un interés vital por la simpatía y el apoyo de todos los judíos y de todas las regiones judías, sean sionistas o no. Israel desea ardientemente mantener relaciones estrechas, establecer lazos de solidaridad y cauces de recíproca influencia cultural, con todos los círculos e instituciones judíos que estén interesados en esa cooperación.

Por lo tanto, queda claramente descartada toda posibilidad de que la organización sionista, ni, desde luego, ninguna otra organización, se interpongan entre Israel y cualquier otra institución o agrupación judía que no forma parte del movimiento sionista. Es deber de Israel establecer y mantener contacto directo con todos los judíos que lo deseen, ponerse al alcance de todos ellos y procurar que cada individuo y cada grupo se sienta en un pie de igualdad con todos los demás individuos o grupos judíos, en lo que respecta a sus relaciones o su acceso al Estado de Israel. La intimidad de las relaciones debe depender únicamente del deseo de cooperar y de la confianza mutua. No debe ser influenciada por asociaciones pasadas.

#### STATUS ESPECIAL DE LA ORGANIZACIÓN SIONISTA

Quiero subrayar que el status que pueda conferirle a la organización sionista el Parlamento de Israel —para satisfacer determinadas necesidades prácticas y para legalizar una determinada situación existente—, correspondería sola y únicamente a la actividad que desempeña la organización sionista en Israel. La autoridad del gobierno de Israel no se extiende más allá de los límites de su territorio, y así como el gobierno de Israel es completa y exclusivamente soberano dentro del territorio de Israel, de igual modo rechaza toda intención de inmiscuirse o de ejercer influencia directa sobre la vida de las comunidades judías en cualquier parte del mundo.

Ustedes no ignoran que todos estos problemas ocuparon la atención del Congreso sionista, sobre cuyo desarrollo les dió un informe tan vívido Rose Halprin.

Creo que podemos considerar ese Congreso como el primero de una serie de actos en los que se hará el inventario de los

cambios introducidos en la posición mundial del pueblo judío por el surgimiento de Israel y de las conclusiones de organización que hayan de extraerse de la profunda y revolucionaria transformación experimentada por las relaciones judías mundiales.

Quizá sea natural que en la búsqueda de la solución se produzcan conflictos de formulación, señalando algunos el máximo y otros el mínimo de los compromisos de Israel para con el movimiento sionista. La fórmula mínima causó desilusión en los círculos sionistas. La fórmula máxima provocó recelo entre los no-sionistas. Me refiero, naturalmente, a los no-sionistas que desean sinceramente el progreso y la prosperidad de Israel y que están esencialmente interesados en desempeñar su parte en el proceso.

Estoy seguro de que cuando se haya asentado el poso de la controversia surgiendo un arreglo definitivo, se verá que son infundados, tanto los temores de que el status sea insuficiente, como los temores de que sea excesivo.

#### LA TAREA ESPECIAL DE LA HADASSAH

He aprovechado la oportunidad para aclarar, ante lo que es una asamblea sionista altamente representativa y competente, algunos problemas que quizá no constituyan las preocupaciones primarias de ustedes como organización Hadassah, pero que, sin duda, atraen su atención como integrantes del movimiento sionista. Ocupan ustedes una posición sumamente privilegiada. Si el judaísmo norteamericano es un milagro, la Hadassah es un milagro dentro de un milagro. Sus milagrosos efectos se extienden mucho más allá de su marco de organización societaria o de su ubicación geográfica. La Hadassah es incomparable, lo mismo que es incomparable el pueblo judío y, en cierto sentido, el judaísmo norteamericano. Y voy a decirles, fundamentalmente, en qué sentido, al menos tal como yo los entiendo y los valoro a ustedes.

Es porque todo lo que ustedes hacen es bueno. Y no quiero decir que la Hadassah no puede equivocarse —lejos de mí el propósito de imputarle la pavorosa virtud de la infalibilidad—, pero todo el plan y la orientación de su actividad está enca-

minado al logro de finalidades útiles en la forma más práctica y efectiva, sin la menor distracción de energías en nada que sea discutible o dudoso.

Ahora bien; en mi opinión, no deben ustedes preocuparse por el carácter excesivamente práctico de su labor. Tengan ustedes la seguridad de que mientras esa tarea continúe, mientras sea ejecutada con la misma devoción, el mismo celo y la misma sinceridad que la distinguió hasta ahora, el contenido espiritual del movimiento quedará preservado por sí mismo. El problema principal de ustedes es el de acrecentar la intensidad y la extensión de sus esfuerzos; hacer más de esa obra que tan bien está haciendo ahora; si es posible, aunque lo dudo, hacerlo quizá un poco mejor; pero sobre todo en mayor cantidad, para responder a nuestras crecientes necesidades.

#### HAY QUE VISITAR ISRAEL

Uno de los medios más seguros para aumentar la cantidad es mejorar la calidad. La tarea primordial de ustedes debe ser una verdadera educación sionista. Yo creo que uno de los requisitos indispensables que debieran llenar todos y cada uno de los miembros de la Hadassah, es el de visitar Israel. La realización inmediata y completa de esta condición quizá no sea posible, pero podría establecerse una norma que permita, con el tiempo, a todos los miembros de la Hadassah, visitar Israel con el objeto de que puedan apreciar personalmente dos cosas primordiales: 1º lo que hizo la Hadassah y 2º, lo que se espera que haga la Hadassah.

No se trata solamente de observar las instituciones, las colonias, las escuelas, los hospitales, las fábricas, todos los valores concretos que fueron creados; sino de aprehender el espíritu, de penetrar en el alma de lo que va surgiendo y de traer algo de eso a Norteamérica.

Estas relaciones nuestras, que ya son excepcionales, abren fascinantes perspectivas de intercambio humano, de influencia e inspiración mutuas; perspectivas de esclarecimiento, de superación. Nosotros deseamos fervorosamente aprender de ustedes todo lo que podamos. Cuando ustedes vayan a Israel, no se apresuren a regresar; quédense un poco, hagan un poco de

obra, enseñen un poco; pero comprendan que también tienen que aprender. Averigüen el significado de Israel, aprecien las características del crisol que representa, y conozcan lo que produce ese crisol. Vean ustedes mismos lo que es particularmente deslumbrante, lo que es tan profundamente emocionante: el efecto mágico que produce tanto sobre el pueblo como sobre el país la milagrosa reunión de ambos.

Nadie puede predecir las formas que adoptará en el futuro la unidad judía y la adhesión judía hacia Israel. Corresponde a nuestra generación echar los cimientos para el gran edificio de la vida judía del futuro. Ustedes pueden sentirse justiciaramente orgullosos por la parte que han cumplido en esa gran empresa.

Que esa participación de ustedes les imponga la obligación de hacer sus esfuerzos realmente dignos de la gran hora.



## POLITICA EXTERIOR DE ISRAEL

Texto de la reseña sobre política exterior del gobierno de Israel, presentada al Knéset (Parlamento) de Jerusalén, el 4 de noviembre de 1951

Durante estos últimos meses —y hasta diría durante estas últimas semanas—, se registraron nuevos y notables progresos en la política exterior de Israel. Esos progresos constituyen el tema de este breve informe.

La ayuda prestada por el gobierno de Estados Unidos de Norteamérica al Estado de Israel, entró en una nueva etapa. Las etapas anteriores comprendían los dos préstamos del Banco de Importación y Exportación, que sumaban en total la cantidad de 135.000.000 de dólares; la provisión de excedentes de alimentos avaluada en 20.000.000 de dólares y la inclusión de Israel entre los países beneficiarios de la ayuda técnica de acuerdo con el programa del Cuarto Punto. Ahora, por decisión del Congreso y con la aprobación del Presidente, acordóse a Israel un crédito de 64.950.000 dólares.

El movimiento sionista buscó desde un comienzo la ayuda financiera internacional para costear sus actividades. Pero los proyectos de gran envergadura no pueden llevarse a cabo en el vacío; es factible ejecutarlos únicamente cuando las condiciones prácticas hacen posible su realización.

Recién ahora se materializaron las circunstancias favorables que permiten poner en práctica la ayuda internacional a Israel. Porque, por una parte, el Estado de Israel se estableció como una entidad soberana capaz de recibir ayuda y de llevar a cabo, de manera responsable, los proyectos para

los cuales se acuerda la ayuda. Por otra parte, habiendo asumido el gobierno de Estados Unidos la responsabilidad de velar por el futuro del mundo libre, instituyó la práctica de otorgar créditos, gracias a sus vastos recursos financieros, a los países necesitados de ayuda para fortalecer su posición económica.

#### EL APOYO AL CRÉDITO

El pedido de crédito fué presentado por el gobierno de Israel. Solicitó 150.000.000 de dólares para poder absorber las masas de nuevos inmigrantes y para expandir rápidamente su capacidad económica. Ese pedido fué apoyado por un gran número de senadores y diputados. El primer proyecto del programa de seguridad mutua sometido al Congreso por la administración para el año fiscal en curso, no incluía ninguna partida de ayuda para el Medio Oriente. Posteriormente se propuso agregar un crédito de 125.000.000 de dólares para el Medio Oriente y Africa, de cuya suma se destinaban 25.000.000 a Israel.

Al tratarse en el Congreso el proyecto de ley, y después de prolongadas discusiones en las distintas etapas de su consideración, se fijó el crédito para el Medio Oriente y Africa en 160.000.000, incluyendo 65.000.000 para Israel. No debe olvidarse que dicha suma fué añadida al programa original, a pesar de que el Congreso redujo la suma pedida por el Ejecutivo en 1.100.000.000 de dólares.

El crédito de ayuda debe ser usado para la compra de provisiones y para el desarrollo económico. El beneficio de Israel será triple. Primero: el aumento de decenas de millones de dólares durante un breve lapso servirá para robustecer nuestra posición monetaria en el exterior. Segundo: el ministro de Hacienda contará con nuevos fondos para financiar proyectos fundamentales. Tercero: se hará una valiosa contribución para estabilizar la moneda de Israel y contener la inflación.

Las discusiones que sostuve en Estados Unidos, recientemente, con funcionarios de la sección Medio Oriente del departamento de Estado, me dejaron la clara impresión de que estaban decididos a hacer todo lo que estuviera en sus manos para apresurar la tramitación del crédito. Durante varias se-

manas expertos del departamento de Estado y representantes de nuestra Embajada en Washington, discutieron minuciosamente los detalles relativos al desembolso de los fondos. Existen las mejores perspectivas de un completo acuerdo. Esas discusiones se refieren a las asignaciones del dólar.

En cuanto a la adjudicación del equivalente del crédito en libras israelíes, serán sometidos a la consideración de la comisión respectiva del Knéset los planes correspondientes. El personal de la embajada norteamericana en Israel será aumentado para incluir empleados cuya función especial ha de ser la de mantenerse en contacto con nosotros para todo lo referente a la tramitación del crédito. Dentro de muy poco tiempo el gobierno de Israel presentará una nueva solicitud a Estados Unidos pidiendo otro crédito para el año fiscal norteamericano 1952-53.

El gobierno tiene la seguridad de que el Knéset y el pueblo de Israel agradecen profundamente al Congreso y al gobierno de Estados Unidos por la inapreciable ayuda que nos han prestado en nuestra tarea de reconstrucción y rehabilitación. Debemos asimismo expresar nuestro agradecimiento a nuestra Embajada en Washington por el papel efectivo que le tocó desempeñar en la obtención del crédito.

#### LOS PAGOS ALEMANES

Si la demanda de Israel a Alemania reclamando el pago de compensaciones es adecuadamente recibida, se abrirá una fuente complementaria de capital para el desarrollo de nuestra economía. Recientemente se dió la primera respuesta positiva a la nota que los representantes de Israel entregaron a las cuatro potencias de ocupación el 12 de marzo de 1951, nota que en su oportunidad tuve el honor de leer ante el Knéset.

En el parlamento de Bonn, el 27 de septiembre de 1951, el canciller de Alemania occidental, en un discurso cuyo contenido fué aprobado por unanimidad por el parlamento, admitió públicamente los abominables crímenes cometidos contra los judíos de Europa por el régimen nazi en nombre del pueblo alemán, si bien el canciller trató al mismo tiempo de relevar

de toda responsabilidad por los crímenes a la mayoría del pueblo alemán.

El doctor Adenauer se manifestó dispuesto a imponer sobre el pueblo alemán la obligación de reparar las enormes pérdidas materiales sufridas por la judeidad europea. Declaró claramente que estaba pronto para entrar en negociaciones con ese fin con representantes del pueblo judío y del Estado de Israel. El gobierno de Israel aguarda ahora las pruebas concretas de la buena voluntad del gobierno de Bonn para asumir el compromiso de pagar una compensación colectiva por la propiedad judía, proporcionada a las pérdidas sufridas y sobre la base de las demandas formuladas por el Estado de Israel.

La nota de Israel a las potencias ocupantes decía: "Un crimen de dimensiones tan vastas y pavorosas no puede ser expiado por ninguna reparación material. Ninguna indemnización, por grande que sea, puede compensar las pérdidas de vidas humanas y valores culturales, ni resarcir por el sufrimiento y la agonía de los hombres, mujeres y niños que fueron llevados a la muerte mediante los recursos más inhumanos".

Esas frases fueron repetidas ahora en la resolución aprobada por la Conferencia Judía de Reclamaciones que se reunió en Nueva York, hará unos diez días, convocada por la Agencia Judía y bajo la presidencia del director de la sección norteamericana de la Agencia, doctor Naúm Goldmann. Participaron de la Conferencia unas veinte organizaciones nacionales e internacionales, con delegaciones procedentes de Estados Unidos, Inglaterra, Canadá, Argentina, Sud Africa y Francia; fué una concentración ampliamente representativa de las libres comunidades judías del mundo.

La Conferencia documentó el cordial apoyo de todas las organizaciones participantes al reclamo de compensaciones que adelantara el gobierno de Israel, para la rehabilitación de Israel de las víctimas de los nazis. Pidió también que fueran satisfechas otras reclamaciones judías contra Alemania, incluso los reclamos de restitución e indemnización formulados por particulares, organizaciones de herederos y otras. Caracterizó a esa importante Conferencia un espíritu de unidad judía de responsabilidad política y profunda devoción hacia Israel.

Al mismo tiempo el gobierno ha venido sometiendo a consideración el nuevo intento hecho en París por la Comisión de Conciliación Palestina de las Naciones Unidas, para poner fin al estancamiento de las relaciones entre Israel y los vecinos Estados árabes y para abrir la puerta del progreso hacia la paz. Resultaba completamente obvio desde el comienzo mismo, que las oportunidades de éxito eran dudosas.

Durante los meses que precedieron a la conferencia los representantes de los Estados árabes sentaron claramente que el mundo árabe no se mostraba inclinado hacia la paz. Declararon que el estado de guerra que se produjo con el ataque árabe a Israel todavía existía, y anunciaron que bajo ninguna circunstancia iniciarían negociación alguna con Israel tendiente a un arreglo pacífico.

Egipto se negó a ejecutar la resolución del Consejo de Seguridad, que establecía que la ingerencia en el paso de efectos embarcados para Israel a través del Canal de Suez era una contravención del convenio de armisticio. No obstante estuvimos de acuerdo en aceptar la invitación de la Comisión.

Hicimos esto por lealtad a ese principio cardinal de nuestra política exterior que demanda cooperación con las Naciones Unidas, y con objeto de no cargar con la responsabilidad del fracaso en cualquier intento de reducir la zanja que nos divide de los Estados vecinos.

Nuestros temores quedaron justificados: el intento, hasta ahora, ha fracasado. Los Estados árabes siguen firmes en su negativa de cubrir la zanja que existe entre ellos e Israel. Sus representantes rechazaron la propuesta de la Comisión dirigida a ambas partes, que comenzaba con la solemne declaración de que, en el arreglo de una disputa entre ellas, sólo recurrirían a medios pacíficos y se refrenarían de cualquier acto bélico, o de cualesquiera otros actos hostiles, del uno en contra del otro. Israel aceptó esa condición y propuso que fuera ampliada con la firma de pactos de no agresión entre las partes. Los Estados árabes declararon que ellos estaban preparados para refirmar los convenios de armisticios, siempre

que quedara claro que esos convenios los comprometían a re-frenarse de actos hostiles perpetrados por sus fuerzas armadas.

Nosotros, por otro lado, proclamamos que los convenios de armisticio prohíben todos los actos hostiles, sean militares o de otro carácter. Esta disputa ha sido decidida ya por el Consejo de Seguridad, la autoridad internacional competente, y el veredicto fué en favor nuestro. Por lo tanto, teníamos poderosas razones para presumir que la Comisión de Conciliación Palestina respetaría este fallo y sería fiel a la condición que a sí misma se había impuesto.

Desgraciadamente, los hechos han desmentido esta suposición. Cuando la conferencia entró en un punto muerto, como resultado de la negativa árabe a aceptar la condición en su integridad, la Comisión buscó una salida abandonando sus propias condiciones originales. Declaró que, a pesar de la disparidad entre las posiciones adoptadas por las partes, consideraba que ambas habían contribuido a la creación de una atmósfera favorable para el progreso hacia la paz.

Nos vimos obligados a informar a la Comisión que no compartíamos este criterio. Consideramos con la mayor seriedad la aprobación implícita dada a la posición árabe por un órgano de las Naciones Unidas. La línea adoptada por la Comisión no podía sino socavar la autoridad moral de la resolución del Consejo de Seguridad, y estaba expuesta a ser interpretada como aquiescencia de las Naciones Unidas a la falsa interpretación adoptada por los Estados árabes de las obligaciones que les imponían los convenios de armisticio.

Mientras los Estados árabes rehúsen aceptar el preámbulo, tal como lo propuso originalmente la Comisión —y nosotros todavía esperamos oírles decir al menos que consideran las conversaciones de París como una etapa en el progreso mutuo hacia la paz—, debemos diferir entrar en discusión de cualquier problema que sea tema de disputa entre nosotros. Porque la implicación de su actitud es obvia: no tienen intenciones en zanjar la disputa sino que, sencillamente, tratan de explotar las negociaciones para acumular puntos en contra nuestra, ayudados por la libertad que de este modo han obtenido de desentenderse del deber de cumplir con precisas provisiones de la resolución del Consejo de Seguridad.

No obstante, no todas las cuestiones pendientes quedan dentro de la definición de disputas entre los Estados árabes y nosotros. Hay un problema cuya solución puede muy bien formar el sujeto de la común responsabilidad entre ambas partes, hacia la disputa y hacia las Naciones Unidas, sin que su solución se demore necesariamente hasta que se logre el arreglo final de la disputa. Ese es el problema del reasentamiento de los árabes que abandonaron sus tierras y hogares en Israel.

La responsabilidad de las Naciones Unidas es inconfundible: las Naciones Unidas sostienen a los refugiados con fondos recaudados entre los Estados miembros y han establecido una agencia cuyo objeto es explorar las posibilidades de trabajo y reasentamiento para ellos. La cuestión del futuro de los refugiados está todavía en el orden del día de la Asamblea General. La responsabilidad de los gobiernos árabes es absorber la masa de estos refugiados en sus países; la responsabilidad de Israel es pagar compensación por sus tierras abandonadas.

El gobierno ha decidido tomar su responsabilidad. Está preparado, sin demora, para discutir con la Comisión de Conciliación o con cualquier otro organismo autorizado de las Naciones Unidas la cuestión del monto de la compensación debida y la forma de pago. Israel está, por lo tanto, preparado a hacer lo que le incumbe con objeto de lograr una solución favorable de este penoso problema.

Si las otras partes no cumplen su cometido, es sobre sus espaldas donde deberá recaer la responsabilidad.

Está claro, empero, que la presente decisión de Israel de tratar del pago de compensación por tierras árabes abandonadas, como cuestión separada que deberá escogerse para un arreglo inmediato, está basada en ciertas suposiciones que emanan de la naturaleza misma del problema.

Primero: Si Israel ha de cumplir su obligación, el volumen de la obligación y la forma de su cumplimiento han de ser aceptadas por su gobierno. No puede existir la cuestión de imponer obligación alguna a Israel. Todo depende de un acuerdo logrado en libre negociación.

Segundo: Deberá quedar claramente entendido que el problema de las tierras abandonadas es el legado de una guerra que se impuso a Israel. Y que tampoco es éste el único legado

de la guerra. Otros son la pérdida de vidas y la destrucción de la propiedad causada por la guerra y la ausencia de la paz en este mismo día de hoy, con todos sus funestos resultados: el daño económico causado por el boicot y el bloqueo árabes, la necesidad de elevar el presupuesto de defensa, muy por arriba de las cifras normales, y otros elementos, consecuencia de la guerra.

Las tierras abandonadas no pasaron a posesión de Israel como resultado de una transacción comercial normal, en condiciones de paz y seguridad. El pago de compensación por ellas no es, por lo tanto, el arreglo de un trato comercial ordinario. Los cálculos del valor de la propiedad no son el único factor en la asignación del monto de la recompensa. Las consecuencias totales de la guerra en general y la capacidad de Israel para pagar, tan gravemente perjudicada por los efectos de la guerra son también factores decisivos. En estas circunstancias, todo lo que puede esperarse de Israel es una contribución equitativa al costo de la rehabilitación de los refugiados, que habría de ser acorde con las circunstancias materiales y que sería compatible con su capacidad de pago.

Tercero: En su presente posición financiera —y no se pueden esperar milagros— Israel necesitará ayuda internacional con objeto de estar en condiciones de hacer una contribución que valga la pena. Esto significa que el arreglo de la cuestión de compensación implicará la otorgación a Israel de un empréstito o ayuda en otra forma.

Cuarto: Deberá quedar claro que el total en que se esté de acuerdo y que Israel se comprometa a pagar es el arreglo total y último de cualesquiera reclamación a Israel en relación con la propiedad abandonada. No podemos aceptar la situación de que, después de que se esté de acuerdo en la suma, y los métodos de pago zanjados, continuemos siendo objeto de demandas posteriores e indefinidas.

Quinto: Asumiremos esta obligación completa y total ante un órgano de las Naciones Unidas, no hacia los Estados árabes ni hacia los propietarios de las tierras. Se supone que los miembros de las Naciones Unidas contribuirán con otros fondos y que el total será empleado de acuerdo con un plan trazado, bien para cubrir los gastos de reasentamiento o para

satisfacer las reclamaciones particulares de ciertos propietarios. Israel no puede estar de acuerdo en enfrentarse con un número ilimitado de reclamaciones particulares separadas, y negociará únicamente con una agencia de las Naciones Unidas sólo a la cual se harán los pagos.

Sexto: Como ya se ha anunciado, deduciremos de cualquier suma que nos comprometamos a pagar por compensación, una cantidad apropiada para los bienes judíos congelados en Irak.

Finalmente, el cumplimiento de nuestra obligación de pagar compensación, basada en un arreglo entre una agencia de las Naciones Unidas y nosotros, debe liberarnos de otras contribuciones de cualquier naturaleza para la solución del problema; es decir, que la cuestión de la repatriación debe ser considerada como abandonada.

Estos son, en términos generales, los supuestos en los cuales basamos nuestra presteza a proceder inmediatamente al examen de la cuestión de compensación, con un organismo apropiado de las Naciones Unidas. Otras cuestiones que se refieren a nuestras relaciones con los Estados árabes tendrá que esperar por las negociaciones de paz entre ellos. Estamos vivamente interesados en adelantar tales negociaciones, pero al mismo tiempo que nos esforzamos por la paz, la actitud de nuestros vecinos nos obliga a estar completamente listos para lo contrario. La dificultad —y esto es característica de nuestro tiempo— es que el problema de nuestra seguridad no se limita sólo a este deseo.

#### SEGURIDAD MUNDIAL

Es inevitable que continuemos concentrando nuestra atención al fortalecimiento de la defensa de nuestro país contra cualquier posible amenaza a su seguridad por parte de los Estados vecinos. Al mismo tiempo, no podemos ignorar los problemas de seguridad de mayor alcance que surgen de la amenaza de una tercera guerra mundial, ni es posible para nosotros evadir el hecho de que las realidades políticas de nuestros tiempos han sido determinadas por la preocupación que sienten las grandes potencias, ante la posibilidad de un nuevo y desastroso conflicto y por su consecuente decisión de prepa-

rarse para una tal eventualidad, en la esperanza de que el mismo acto de preparación pueda ser como un preventivo.

La preservación de la paz mundial es nuestra vital necesidad y continúa siendo nuestro deseo más ardiente. Israel no tiene ambición más noble que la de hacer una contribución, no importa lo modesta que ella sea, para la obtención de este fin. Una nueva guerra mundial puede ser fatal para nuestra tarea histórica; la resurrección de esta tierra y la reunión en ella de nuestro pueblo en el exilio. Una tercera guerra mundial significaría la catástrofe para las comunidades judías en muchas tierras. Con toda nuestra energía moral, como judíos, como israelíes, como miembros de la raza humana, rechazamos el pensamiento mismo de una guerra agresiva o deliberada. Pero las siniestras realidades de la situación internacional nos fuerzan también —y puede ser que nos fuercen a nosotros particularmente— a estar preparados para lo peor. Este gobierno se halla por lo tanto determinado a hacer todo lo que pueda para defender la soberanía y la vida libre de Israel frente al peligro de cualquier agresión o dominación que pudieran imponérsenos en el curso de una nueva guerra. La soberanía *vis-a-vis* al mundo exterior y la seguridad interna nos son igualmente preciosas, a nosotros, la nación que mora en Sión, y defenderemos nuestra vida de libertad social y política con la misma tenacidad y determinación que hemos combatido por la independencia nacional.

La conservación de estos dos bienes fundamentales deben seguir siendo nuestra preocupación permanente, aunque incluso no consideremos la guerra y la invasión como inevitables. Es preferible prepararse innecesariamente contra un día funesto que correr el riesgo de no estar preparado. Si la preparación entonces, resulta imperativa, debemos examinar con mente clara todo peligro posible.

Nuestro país no vive solo en aislamiento espléndido. Es una parte integral de la región que le rodea. Los lazos entre él y la región son un mandato de la historia que ninguna estrategia política ingeniosa puede destruir. La experiencia histórica ha demostrado, además, que la guerra tiene una lógica inexorable en sí misma, la cual no puede ser apaciguada o desviada por declaraciones verbales, que a lo más sólo com-

prometen a los que las pronuncian. En nuestra preocupación por nuestra propia seguridad no podemos dejar de considerar la suerte de la región que nos rodea, ni podemos permanecer menos indiferentes que ante el futuro de todo el mundo.

El nuevo Israel no habita solo entre las naciones de la tierra más de lo que hace en el Medio Oriente. Estamos vitalmente preocupados con la paz del mundo y con el fortalecimiento en él de la libre democracia. Sostenemos el derecho de toda nación a escoger el modo de vida que prefiera y negamos el derecho de cualquier nación a inmiscuirse en los asuntos internos de otros pueblos con objeto de imponerles un orden político y social que ellos rechazan.

Es nuestro ardiente deseo ver una situación de estabilidad y tolerancia mutuas entre las dos grandes fuerzas mundiales de nuestro tiempo. Además estimamos a todo grupo de nuevos inmigrantes que llegan a nosotros, sea de donde sea, y ni siquiera por un momento podemos olvidarnos de nuestra responsabilidad hacia compañeros judíos que están separados de nosotros. Ninguna barrera, ninguna cortina de hierro, nos hará abandonar nuestra esperanza de ver restaurada la unidad entre todos los judíos del mundo y la libertad para todo judío, en cualquier parte, de ayudar al Estado de Israel y, si así lo desea de venir a habitar en él.

#### NECESIDAD DE LA DEMOCRACIA

Confiamos en que esto se realice incluso en este mundo actual y dividido. Pero es un hecho inflexible que sólo la libre democracia permite a los judíos una oportunidad de expresar su voluntad colectiva, libremente, para organizar sus propias actividades comunales, para adelantar su cultura nacional, para ponerse en contacto con judíos de otros países, para fomentar estrechos lazos con Israel y ayudarlo a crecer y desarrollarse. La defensa, tanto de la paz como de la democracia es el *sine qua non* de la existencia y la facultad creadora del pueblo judío.

Es en el punto de vista sobre la paz y la democracia donde nuestra situación en el Medio Oriente es tan precaria. Existe un muro entre nosotros y las tierras árabes, un muro nacido

de su odio, que puede en cualquier momento convertirse en base para la acción agresiva en contra nuestra. La democracia es en este día una planta extranjera en el suelo de casi todas las tierras de esta región. No tiene raíces en la vida de su gente y no da señales de vitalidad verdadera. La pistola y el puñal son los medios convenientes para la solución de los problemas de gobierno. Es verdad que existe allí un deseo genuino de lograr la independencia nacional, pero este deseo es explotado irresponsablemente por las rivalidades de los partidos políticos que buscan el poder, las pandillas y las dinastías.

Luchas funestas, aparentemente encaminadas a la obtención de la independencia que conmueve al Medio Oriente y al mundo entero, son iniciadas sin mucha premeditación acerca de sus implicaciones en potencia. A veces son iniciadas meramente para apartar la mente de las masas de su pobreza y necesidad, a las cuales sus gobernantes no pueden o no desean poner fin.

Estas dos características de la situación —la ausencia de paz dentro del Medio Oriente y el carácter sin raíz de su llamada democracia— agravan nuestra ansiedad por la suerte de toda esta área en el caso de una guerra mundial y nos empujan a hacer todo lo que esté en nuestra mano para fortalecer nuestra posición en la región, explorar todas las fuentes posibles de ayuda económica y militar y ampliar la concepción de nuestra seguridad y nuestro futuro.

Fué con este criterio hacia el problema cómo el gobierno dedicó su atención a los planes de la defensa total del Medio Oriente, el cual ha sido discutido por algún tiempo entre las potencias occidentales. Estas potencias no invitaron a Israel a participar en el trazado o ejecución de los planes de defensa regional. Sencillamente, en las pasadas semanas han proporcionado a Israel información general acerca de las etapas preliminares de la creación de un comando regional, y al hacerlo así han confirmado que consideran a Israel como una potencia del Medio Oriente, vitalmente preocupada de cualquiera cosa que afecte a toda la región.

Hasta donde sabemos, el comando regional no ha sido establecido todavía. Sencillamente se ha decidido crearlo y pa-

cen estar en progreso negociaciones con ese fin. Las invitaciones extendidas en un momento determinado a los Estados árabes, para participar en el comando, causaron al gobierno seria preocupación. No podemos dejar de considerar las armas que se den a los Estados árabes, que no sólo rehusan hacer la paz, sino que se declaran todavía en guerra con nosotros, como destinadas primariamente a su empleo en contra nuestra en la mejor oportunidad, particularmente cuando los Estados en cuestión muestran tan poco ánimo en la defensa de la democracia.

Parece que ahora, después de la negativa de Egipto a formar parte del comando regional, y en vista de la falta de respuesta de otros Estados miembros de la Liga Árabe, los miembros fundadores del comando han decidido ir adelante con el plan sin los Estados árabes. No es ésta, claro, la última palabra sobre el tema.

La cuestión de la participación de Israel en el comando regional no se ha producido en realidad. Pero en vista de los acontecimientos actuales —en el Medio Oriente y en todo el mundo— y en las circunstancias particulares de la posición económica y militar de Israel, el gobierno dedica todos sus esfuerzos a fortalecer la potencia económica y defensiva del país, con objeto de colocarlo en condiciones de cumplir con éxito las tareas urgentes de la construcción, de reforzar su seguridad y de continuar su participación en la defensa de la paz regional y mundial, si fuese necesario.

Como anteriormente, el gobierno se esforzará en mantener relaciones de amistad con todos los Estados amantes de la paz y que están predispuestos amistosamente hacia Israel.

Sus intereses vitales, no obstante, demandan que, sobre todo, sus relaciones sean estrechas con estos países cuyas comunidades judías se ven libres para llevar adelante el cumplimiento de su misión histórica, y cuyos gobiernos conceden ayuda práctica para ponerlo en condiciones de sostenerse en las pruebas de hoy y en las que nos esperan mañana.

# RECTIFICANDO FALSEDADES

Díscurso pronunciado ante la 6ª Asamblea General de las Naciones Unidas, el 15 de noviembre de 1951.

No había sido intención de mi delegación distraer el tiempo de la Asamblea, durante el debate general, con problemas alguno de interés específico para Israel. Pero el ataque lanzado el otro día, desde esta tribuna, por el delegado de Irak contra Israel y el pueblo judío, así como algunas observaciones del distinguido representante de El Líbano, obligan a una breve respuesta.

El Dr. Jamali adopta claramente un punto de vista un tanto ingenuo de la pericia o bien de la inteligencia política de los distinguidos delegados aquí presentes, si cree que el cuadro de la situación por él presentado podría pasar como ejemplo verídico de los hechos. Aplicando a su tarea las dotes de una memoria elástica y una fe patética en la noción de que es posible atraer la plausibilidad para una falsedad a fuerza de la repetición incesante, de nuevo se decide por ignorar o retorcer algunas de las características más salientes de esa fase de la Historia reciente, en la cual su país y el mío se vieron envueltos.

Se me permitirá entonces refrescar su memoria y poner en orden los antecedentes señalados. Primero, que no fueron sino los estados árabes, incluyendo al reino del Irak, quienes sentaron un ejemplo pernicioso al ignorar no solamente una recomendación clara y enfática de la Asamblea General, sino al tomar las armas con el propósito de subvertirla por la fuerza, empresa innoble en la que a su tiempo fracasaron.



Segundo, que fué como resultado de esa aventura temeraria de invasión y guerra agresiva que se creó el trágico problema de los refugiados árabes.

Tercero, que el peso de la responsabilidad por el continuo fracaso en la solución de ese problema descansa además en los Estados árabes, los cuales han añadido el insulto al daño, al negarse a negociar un convenio de paz o siquiera lograr un adelanto hacia tal convenio.

Cuarto, que como ahora es sabedor cualquiera familiarizado con el problema, su solución sólo puede lograrse por medio del reasentamiento en los países árabes, dotados de extensas áreas de tierra fértil y sin cultivar, y no por medio de la repatriación.

Quinto, que Israel ha declarado repetidamente su deseo de contribuir al costo de tal reasentamiento, pagando compensación por las tierras árabes abandonadas.

Sexto, que en el corto período de su existencia Israel ha dado refugio y trabajo a masas de judíos que huían de los países árabes, incluyendo 120.000 solamente del Irak, que fueron desposeídos de sus propiedades y llegaron virtualmente en la miseria, mientras que el mundo espera saber todavía qué es lo que los Estados árabes están dispuestos a hacer para aliviar la miseria de los refugiados árabes, una miseria que es hechura suya propia.

Y por último, que la posición adoptada por los países árabes, al proclamarse todavía en guerra con Israel —una posición que tiene expresión práctica por medio de un boicot económico, un bloqueo marítimo y el intento sistemático de sabotear la participación de Israel en las organizaciones regionales de las Naciones Unidas— constituye una violación de la Carta, un flogrante desprecio de sucesivas resoluciones de la Asamblea del Consejo de Seguridad, y una parodia de protestas oídas desde esta plataforma acerca de la dedicación de los gobiernos árabes a los ideales y medios de paz.

Mucho más pudiera añadirse para explicar la verdadera naturaleza de ese modelo tergiversado que se les ha presentado a ustedes desde esta plataforma, pero mi delegación no desea prolongar indebidamente lo que en este contexto es una controversia verbal inútil. Más bien deberíamos dedicar nuestros

esfuerzos, en el momento apropiado, a explorar la solución práctica y realista de un problema que puede ser resuelto, si no por medio de convenios directos entre nosotros y los Estados árabes vecinos, al menos por medio de un esfuerzo común con las Naciones Unidas.

Rodeados como estamos al presente por Estados hostiles, nos sentimos, por necesidad, tensamente sensitivos ante los problemas de nuestra propia seguridad y ante el impacto que deja sobre ella la situación mundial. Además, como Estado muy activamente comprometido en la tarea pareja de revivir un país y rehabilitar un pueblo, nosotros nos preocupamos más vitalmente de la preservación de la estabilidad internacional, porque este esfuerzo de reconstrucción revolucionaria sólo puede esperarse que prospere en una atmósfera de paz. Nuestra preocupación de la paz del mundo se ve aumentada por la ansiedad que sentimos por la suerte de los judíos esparcidos en grupos minoritarios por todo el mundo, cuya situación en muchas partes, aunque no en todas, por fortuna, continúa siendo precaria. Finalmente y sobre todo, hemos ingresado en esta organización para tomar parte en el esfuerzo mundial de afianzar el edificio de la paz, y nosotros somos un pueblo humildemente consciente del deber de conservar la dedicación a los ideales de la paz mundial y de la hermandad humana, ideales que son legado de las visiones y profecías de nuestros antepasados.

Nosotros, por lo tanto, compartimos profundamente la angustia tan sincera y elocuentemente expresada por muchos distinguidos delegados durante el actual debate en torno a la trágica suerte del mundo, dividido por un conflicto aparentemente irreconciliable, entre dos sistemas políticos rivales y vacilando tan precariamente al borde de una catástrofe.

El premio en este conflicto es nada menos que el dominio sobre el alma de la humanidad, aunque las furias que pueda producir destruyan en su mortal choque el cuerpo mismo de la humanidad. La cuestión fatal es si de la preocupación universal por la supervivencia de la civilización humana y quizá de la especie misma, surgirá un propósito común preponderante y un deseo por la paz suficientemente poderoso para proteger la sociedad de la autodestrucción.

Movida por esta ansiedad, la delegación de Israel concederá su más cuidadosa atención al estudio de las propuestas presentadas a esta Asamblea para la limitación y control de armamentos y para la unión de todas las potencias en un sistema efectivo de seguridad mundial.

Aunque el choque ideológico entre comunismo y libre democracia es mundial en sus alcances, aún se agita hoy otro conflicto, diferente en carácter, cuyo escenario es una vasta faja de territorios de Asia y Africa que incluye en uno de sus rincones a mi propio país.

Somos testigos de antagonismos profundos y de gran alcance, a veces latentes y humeantes, a veces encendidos en disputas violentas, entre Occidente y Oriente, entre los países más completamente desarrollados y los llamados atrasados, entre las naciones acostumbradas al dominio y las razas recientemente subyugadas todavía, entre la superior civilización industrial de Occidente y un Oriente que apenas acaba de despertar de un letargo de siglos.

El hecho de que Israel mismo no se halle ya directamente envuelto en este choque, nos nos deja indiferentes ante su tendencia y resultado, ni tampoco la falta de paz entre nosotros y nuestros vecinos se opone a nuestra simpatía por la lucha del mundo circundante. Consideraciones de defensa propia a corto plazo pueden dictarnos actitudes que en condiciones de relación de buena vecindad nos hubiera complacido evitar. Además no estamos de acuerdo con la abrogación unilateral de compromisos obligatorios. Y diferenciamos entre intereses nacionales e intereses mundiales. No podemos estar de acuerdo, por ejemplo, en que una corriente fluvial internacional deba ser considerada como si fuera un río interno de un país que está en sus orillas. Ni tenemos mucho respeto por el método de empujar el populacho hacia la furia con el objeto de convertirse después en su esclavo. Pero nosotros tenemos una profunda comprensión para las aspiraciones genuinas en pos de la libertad y la independencia. Tratamos de levantar nuestros ojos sobre la espuma del mar tormentoso de la controversia que se agita en torno nuestro y mirar al horizonte distante de la solidaridad duradera.

Muchos de nosotros hemos vuelto a nuestro hogar ancestral

de Asia, en las playas orientales del Mediterráneo, después de que nuestros padres y antepasados han morado y vagado por siglos en los países del mundo occidental. Nos hemos reestablecido como una parte permanente e integral de nuestro antiguo y nuevo medio ambiente, y no para continuar siendo extranjeros. Mantendremos siempre nuestros vínculos con las comunidades judías de todas partes, aunque al mismo tiempo busquemos nuevas e íntimas relaciones con nuestros vecinos orientales próximos y lejanos. Al tratar de revivir y revigorar nuestra cultura nacional en el país de su origen, estamos ansiosos de conservar, aprender y aplicar los mejores elementos de la tradición occidental y del progreso moderno, así como las enseñanzas y logros de la democracia occidental.

Lo que nosotros vemos en torno nuestro, en el sentido ampliamente histórico del término, es una fase revolucionaria, la causa raíz de la cual está en lo anticuado de las relaciones tradicionales de dependencia y predominio. Esto ya no encaja en las nuevas realidades de la vida nacional e internacional; estas realidades demandan, bien un reajuste gradual o un cambio rápido. Sobre amplias áreas han emergido a la vida soberana pueblos grandes y antiguos, después de centurias de sumisión. Su propia lucha por la liberación, unida en algunos casos a una dirección política de lejana visión, de renunciación, por parte de la potencia dominante, han logrado la transformación. Pero el proceso está lejos todavía de completarse, sea en superficie o en extensión. De la independencia oficial a la verdadera hay un camino a recorrer. Incluso Estados establecidos de antiguo tratan de liquidar la herencia de inferioridad con la cual se han conformado por mucho tiempo. Todas esas naciones más débiles reclaman un status efectivo de completa igualdad. Las potencias de Occidente, por otro lado, tratan de salvaguardar posiciones de las cuales dependen no sólo su propia fuerza, sino buena parte de la prosperidad y seguridad de las áreas afectadas. La duda histórica es si estos intereses son necesariamente incompatibles o pueden ser reconciliados.

Existe todavía otra duda. El choque entre Oriente y Occidente se confunde a veces con lo que generalmente se califica de conflicto entre el Este y el Oeste, la gran controversia a

la cual ya me he referido. Con frecuencia lo primero añade leña al fuego de lo último y hace sus peligros más amplios y agudos. Pero no existe unidad orgánica entre uno y otro. La coincidencia histórica de las dos luchas no conduce necesariamente a su identificación política. Resulta vital que no conduzca. Porque su mezcla está cargada con una agravación incalculable de la crisis mundial. Conservarlas separadas es una de las tareas más cruciales y exigentes de la capacidad política en esta época crítica.

Multitudes humanas en los países atrasados, conscientemente o no, se encuentran ahora en la encrucijada de una decisión entre la democracia verdadera y su negación completa. Para algunos ya se ha forjado el molde como resultado de que sobre territorios inmensos la democracia ha perdido su oportunidad de pronta realización. Debilidad de propósito, ineptitud y corrupción —sobre todo la creación del privilegio exclusivo sobre los intereses del hombre común— han demostrado ya la ruina de la democracia. Pero hay otras naciones, despertando rápidamente, todavía en el umbral de la decisión fatal que han de hacer o que han de hacer para ellos. Así, aparece la segunda duda. ¿Debe ir la obtención de la independencia total de los pueblos necesariamente acompañada de la pérdida de su libertad interna? ¿No existe otra forma de asegurar su progreso material y cultural como no sea sojuzgándolos a la eficiencia despiadada de un régimen dictatorial? ¿No puede, entonces, lograrse allí el progreso sin el sacrificio de los altos valores de la vida social, el libre despertar en las masas del pueblo de los dormidos impulsos creadores y el desarrollo polifacético de la personalidad del hombre? Porque la necesidad deplorable y el criterio político falto de imaginación o egoísta pueden llevar a estos países, uno después de otro, a dar el salto irrevocable. Si esta tendencia prevalece, la democracia habrá de encontrar el área de su aplicación convulsiva y progresivamente restringida, y puede encarar el peligro de perder su batalla histórica en una escala continental.

Con estos antecedentes, la lucha entre los dos sistemas políticos divergentes, y sus filosofías sociales, en cuyo resultado final la suerte de las áreas del mundo no desarrolladas y

poco desarrolladas parecen destinadas a jugar un papel decisivo, no es el único problema mundial al que hay que hacer frente. Totalmente aparte de esa grave colisión, las diferencias de raza, religión, cultura y nivel económico, agudizadas por complejos debidos a estrechas y prolongadas relaciones de desigualdad política y social, están destinadas a convertirse en golfos insalvables y destrozar por mucho tiempo, en el futuro, la esperanza de una humanidad unida. Las Naciones Unidas, reúnen bajo su bandera a todas las naciones, grandes y pequeñas, en un pie de completa igualdad, sin distinción, son el símbolo de la fe de todos nosotros, no sólo en el triunfo definitivo de la hermandad del hombre, sino en el cumplimiento en nuestro tiempo de este excelso ideal. Pero un armazón simbólico de unidad y mera igualdad estatuida no es suficiente para resolver estos graves desacuerdos entre potencias inherentemente desiguales y que hoy amenazan la estabilidad del Medio Oriente y oscurecen el futuro de grandes porciones de Asia y Africa.

Permítaseme reafirmar la cuestión planteada acerca de lo inevitable o no inevitable de cambio violento. Es totalmente aceptado por todos, que nosotros estamos aquí para tratar de un mundo en transición. Es la forma de la transición lo que constituye el enigma del problema. ¿Puede evolucionar pacíficamente por mutuo consentimiento y acomodación, o ha de tomar la forma de crisis y revuelta? No es solamente una cuestión de salvaguardar intereses legítimos y proteger derechos legalmente adquiridos. Algo más importante está en juego.

A la larga y desde el punto de vista del bien común, la cuestión es doble. Primero, ¿puede lograrse la inevitable transformación sin la destrucción de los intereses económicos creados bajo el viejo régimen, sin rebajar —aunque sea ello temporalmente— el nivel de vida de las masas, en resumen, sin interrumpir la continuidad de la civilización material en las áreas afectadas? ¿O es un decreto del destino el que todo lo bueno, en la fase anterior, debe ser barrido con lo malo, y que la nación atrasada, imposibilitada durante un largo pasado por su forzada inferioridad, debe comenzar su lucha ascendente incluso desde un nivel más bajo? En segundo lugar, ¿pueden las viejas relaciones entre el débil y el fuerte, tan humillantes

para el primero y tan desmoralizadoras para el segundo, transformarse amistosamente en una sociedad mutuamente ventajosa entre dos iguales, o debe haber una ruptura violenta, que cause estrago y ruina dejando detrás de sí por mucho tiempo un abismo de amargura y odio?

Una solución sintética y armoniosa del problema impone a ambas partes valerosa premeditación, ausencia de prejuicio y prudente contención. Esto, claramente, no va a producirse con facilidad. Un sentido de superioridad, nacido de una posición privilegiada disfrutada sin reparo por un considerable período de tiempo, desaparece difícilmente y no se descarta con facilidad. La insistencia en derechos legales no se mitiga siempre por la consideración a las susceptibilidades psicológicas genuinas y profundamente arraigadas. Muy a menudo, se deposita confianza indebida en el nacionalismo económico, en la supuesta necesidad de ayuda exterior o en lo inexorable de la lógica económica. Se menosprecia el papel desempeñado en las deliberaciones por los Estados más pobres y más débiles, debido al propio aprecio que hacen de su interés nacional fundamental y por sus consideraciones de orgullo nacional y amor propio. El que uno pueda tener orgullo aunque sea pobre —e incluso especialmente orgulloso precisamente porque se es pobre— no es apreciado siempre. A veces se cometen errores fatales al no tener en cuenta estas verdades elementales.

Por otro lado, el sendero de los nacionalismos jóvenes, está asediado por los graves peligros del autoderrotismo. Una nación pierde su título moral a la libertad, si al lograrla procede a oprimir sus minorías y a negar el derecho a la independencia de sus vecinos. En un plano diferente, la independencia concedida únicamente en término de soberanía oficial, sigue siendo una cáscara vacía, incapaz de resistir las presiones internas y externas. El poder político impone responsabilidad económica y social. Sin una política constructiva de justicia social y avance material, la independencia y la democracia no logran enraizarse en el corazón de las masas del pueblo, pierden vitalidad y se derrumban bajo el impacto de la agresión exterior o el desorden interno. La independencia nacional y las instituciones democráticas conjuntamente se hacen menospreciables

cuando son incapaces de mejorar a la gran mayoría de la agitada humanidad.

Las desigualdades de la fuerza militar, del nivel de cultura y del desarrollo económico son producto de la historia. A menos que se les haga frente constructivamente constituirán una creciente amenaza para el gobierno democrático, para la estabilidad internacional y para la paz del mundo. Ellas demandan un armazón universal de solidaridad y disciplina internacionales, comprometiéndose todas a la defensa de cada uno. Llevan aparejado un sistema de ayuda internacional e interestatal tal como ha sido iniciado por las Naciones Unidas y tal como ha sido practicado tan beneficiosamente en una escala muy generosa por los Estados Unidos. Un orden internacional estable y armonioso sólo puede lograrse por el imperio de la ley y por el respeto al derecho establecido, así como por su adaptación pacífica a las realidades cambiantes del mundo moderno.

El problema entre Occidente y Oriente no es solamente de reajuste temporal de los conflictos más urgentes. Lo que habrá de buscarse es una corriente amplia de integración cultural positiva. La base de una relación de confianza y solidaridad tendiente a la unidad orgánica del futuro, es el respeto mutuo por los grandes valores humanos, cristalizados en la tradición de ambos mundos.

En este aspecto, está en manos de Occidente el recorrer más allá del medio camino; a llevar al continente asiático su propia civilización moderna apenas se ha dado cuenta, hasta ahora, de las antiguas culturas de aquel continente. Porque puede ser que en ella esté oculta esa fortaleza espiritual que por sí solo puede ennoblecer y purificar el progreso tecnológico y salvar al hombre de convertirse en esclavo de la materia. Tanto como Oriente puede beneficiarse de la ciencia occidental, puede enriquecer Occidente su tesoro espiritual abrevando en la sabiduría de Oriente. Resulta una empresa atractiva para las Naciones Unidas el promover y extender las relaciones entre los dos mundos, en un plano cultural y social conducente al aumento de la confianza, del estudio mutuo, la cooperación y de un sentido profundizador de la necesidad que tienen el uno del otro.

Sin dejar de ocuparse de los problemas candentes de la seguridad y de la resistencia a la agresión, las Naciones Unidas deberán dirigir su atención cada vez más, a los problemas fundamentales de la supervivencia del hombre y sus oportunidades de una vida mejor. Atacando las raíces de los problemas básicos de la alimentación y la seguridad, la salud y la educación, es como las Naciones Unidas pueden tener éxito para proporcionar ese denominador común a toda la humanidad, que ha de prevalecer en el curso del tiempo contra las resquebrajaduras de los sistemas políticos o de las tradiciones culturales. El único camino, incidentalmente, de hacer regresar a los disidentes al redil del esfuerzo internacional común, es una demostración obligatoria de realización sólida.

Mucho se ha logrado ya en estos aspectos por los organismos especializados, y se siente en áreas cada vez más amplias el efecto saludable de su trabajo. Pero parece ser de urgente necesidad una iniciativa más valiente y de más ambicioso alcance. Resulta suficiente mencionar las graves perspectivas que confronta la población del mundo creciente rápidamente, la progresiva erosión del suelo y la constante amenaza de la escasez de alimentos, para tener la medida del esfuerzo global —en este caso global en el sentido literario del término— que es obligación de las Naciones Unidas.

La paz del mundo depende de la decisión de vivir juntos de los bloques políticos e ideológicos contendientes. La armonía mundial exige que el Este y el Oeste en el sentido histórico del término, aprendan a ser hermanos. La supervivencia de la humanidad impone un esfuerzo concertado por parte de las Naciones Unidas en todos los terrenos —político, cultural y económico— para hacer frente a los problemas que hoy encaramos y que encararemos en las generaciones venideras. Con el trabajo infatigable y la total utilización de todos sus órganos y agencias, las Naciones Unidas deben perseverar en la forja de la voluntad unida del mundo como instrumento de su propia salvación.

Al ofrecer estas reflexiones a la opinión colectiva de la Asamblea, la delegación de Israel lo hace en nombre de un pueblo cuyas pruebas y tormentos a través de largas y sombrías centurias, no han podido aplastar ni su orgullo nacional

ni extinguir su genio creador. Mi delegación se aventura a expresar estas ideas en nombre de un Estado cuyo surgimiento puede considerarse muy bien como el triunfo de la voluntad humana contra todas las desventajas de la historia. Representa la creencia apasionada de que está dentro de la capacidad de la raza humana organizada el obtener, con el esfuerzo común, el cumplimiento de esos ideales de libertad, hermandad y dignidad humanas cuya proclamación en una coyuntura trascendental, desde esta gloriosa ciudad, continuará resonando en los oídos de la posteridad como un mensaje de eterna esperanza.

Al terminar, quiero asociar sinceramente a mi delegación con la gratitud tan elocuentemente expresada ya por muchos distinguidos delegados, por la generosa hospitalidad que Francia y París nos han extendido. También aprovecharé la oportunidad para hacer llegar desde esta tribuna, las sinceras felicitaciones del gobierno de Israel a León Jouhaux, ese firme campeón en Francia y en todas partes de la justicia social, por la alta distinción internacional que tan justamente se le ha conferido.

# UNO DE LOS PROBLEMAS DE ISRAEL: LA PRODUCCION

Declaración del 11 de marzo de 1952,  
ante la Asociación del Prensa Exterior en  
Londres.

Mi presente visita a Inglaterra marca la reiniciación de un contacto personal que ha estado interrumpido durante 5 años.

Durante el breve lapso que esos cinco años representan, la historia judía ha cambiado su curso. Lo ha hecho con pasos tremendamente largos, y en medio de una serie de vacilaciones y sorpresas. La referencia inglesa a la cuestión de Palestina antes las Naciones Unidas en 1947, condujo al reconocimiento internacional de nuestros derechos a constituir un Estado. Pero nuestra proclamación de la independencia de Israel, en 1947, desató las furias de la guerra. La derrota de los ejércitos invasores, trajo aparejado el cataclismo del éxodo árabe. Casi al mismo tiempo surgió una ola popular de retorno judío. Emociones mesiánicas barrieron grandes sectores de la diáspora y condujeron hacia un trasplante total a Israel de comunidades enteras, algunas de las cuales, como la judería de Irak, tuvieron su origen en el exilio babilónico en el siglo VI A.J.

El crecimiento de Israel ha llamado la atención del mundo. Aparece como una gran realización a través de un abismo de dos mil años, que no tiene precedentes en los anales de la historia de la humanidad. Llega como una vindicación de fe y esfuerzos, triunfo de la voluntad colectiva de un pueblo sobre obstáculos de tiempo y espacio aparentemente insuperables: su largo exilio y su dispersión en el mundo.

Aun así, esta histórica realización es el punto de partida de una nueva serie de formidables dificultades, aquellas que sur-

gen como consecuencia del rápido desarrollo de un país atrasado, la absorción de una inmigración colosal y la fusión de masas de recién llegados de diferentes climas y culturas, en una sola nación.

Lo esencial de nuestro problema es la producción. Nuestra balanza comercial es vacilante y adversa. Hemos duplicado nuestra población desde 1948. Los inmigrantes son consumidores desde el día de su llegada. Sólo se transforman en productores después de un largo tiempo, y el gran aumento del número de habitantes en esas condiciones, requiere un vasto desembolso de capital. Nosotros hemos procurado crear y mantener un estado de amplia ocupación, aunque la producción total de bienes no guarda todavía relación con el exorbitante aumento de la población. El que visita ahora Israel, se sorprende por el ritmo de la construcción. Ve levantarse nuevas ciudades, contempla cómo surgen a la luz nuevos poblados en regiones anteriormente desoladas, junto a nuevos caminos contruidos sobre pedregosas laderas terraplenadas y cubiertas de bosques. Todos éstos son trabajos útiles e importantes, pero tienen una desventaja: sus productos no pueden ser embarcados al exterior y medidos en dólares o libras. Con todo, esos trabajadores que construyen, requieren comida y ropa, materiales e implementos, que sólo se pueden comprar con moneda corriente.

El vacío desmedidamente amplio entre importaciones y exportaciones, crea un estado de alta tensión económica, caracterizada por un agudo déficit y un estricto racionamiento. Este vacío es salvado con fondos provenientes del exterior, donaciones de las comunidades judías del mundo libre, como una contribución de la absorción de inmigrantes; préstamos a largo plazo del gobierno de los Estados Unidos; productos de los vínculos con América, que hacen perdurar una corriente constante de capital invertido. No existe ninguna alarma con respecto a la existencia de dicho vacío. Por el contrario, no podría haber desarrollo sin éste. Pero tampoco podemos avanzar hacia una economía equilibrada, a no ser que se reduzcan las importaciones y se aumenten las exportaciones. Hacia este fin están dirigidos todos nuestros esfuerzos económicos.

Una gran parte ya ha sido lograda tanto en la agricultura

como en la industria. La cuarta parte de nuestras tierras de labranza es cultivada por nuevos colonos. Ha sido duplicada el área de tierra irrigada, y con los recursos del agua se torna aprovechable una gran zona para dentro de pocos años. La transición de los cultivos hacia la irrigación elevará al quíntuplo la productividad de la agricultura. Dentro de cinco años sería posible para nosotros lograr una economía alimentaria equilibrada, esto es, que el superávit exportable que obtendríamos de la agricultura pagaría las importaciones de alimentos.

La industria está realizando rápidos progresos, tanto en su esfera de acción como en su estructura. Casi cincuenta millones de libras han sido invertidas en el desarrollo industrial durante los tres últimos años. El consumo industrial de energía eléctrica ha sido duplicado. Una serie de plantas mayores que han alcanzado un grado técnico superior, marcan los rumbos en un país nuevo y significan una sorprendente transformación tecnológica. Así ocurre con la producción de fertilizantes y otras industrias químicas, la manufactura del vidrio, las tuberías de acero, piezas para automotores, la producción en masa de calzado, la industria del papel, los comienzos de la producción de materiales plásticos, etc. La explotación de los minerales del Mar Muerto es digna de ser mencionada. La exploración de los recursos minerales del Néguev, que está lejos de haber terminado, ya ha producido resultados de importancia. Algunos de los materiales descubiertos son empleados como materias primas por fábricas locales, y son contempladas grandes posibilidades de exportación. Otra línea de desarrollo prometedora es el desarrollo en gran escala de cultivos industriales como el lino y el henequen.

Generalmente, existe una búsqueda continua e intensa de nuevos recursos y riquezas naturales, con el objeto de transformar dichos recursos en elementos de utilidad económica. Los descubrimientos varían desde los fosfatos y el cobre en el Sur hasta los depósitos de turba en el Norte, e incluyen fuentes de agua en rincones donde ni siquiera se sospechaba su existencia y a profundidades hasta ahora no alcanzadas.

En el plano social, Israel representa un raro fenómeno de diversidad dentro de la unidad, la coexistencia dentro del

armazón de su economía libre de diferentes tipos de propiedad y organización industrial, que abarcan desde el ultra-socialista hasta el capitalista ortodoxo, e incluyen una variedad de formas intermedias en las cuales el principio cooperativista actúa en forma principal.

Sociológicamente, los procesos de adaptación a la nueva forma de vida y a problemas económicos desconocidos, así como la asimilación a la nueva cultura hebrea, son de muy difícil realización.

Las dificultades internas que señalan la etapa de la adolescencia de Israel, están acompañadas por la complejidad de sus relaciones exteriores. El desarrollo de Israel constituyó un duro golpe para los países árabes, cercándolos y colocándolos en una región interior más alejada. El golpe ha sido agravado y transformado en una adusta negativa a ver los hechos de frente, a raíz del fracaso del intento árabe de no aceptar la existencia del Estado de Israel. Merced a los acuerdos del armisticio, no han habido luchas regulares en las fronteras de Israel durante casi tres años, aunque violentos ataques aislados, en ocasiones, de cierta seriedad, ocurren de tiempo en tiempo. Pero no hay relaciones normales entre Israel y sus países vecinos, no hay comercio ni comunicaciones. La insistencia de los Estados Árabes en argumentar que todavía se hallan en guerra con Israel, su activo boicot económico y sus ocasionales amenazas de agresión, no permiten a Israel reducir sus defensas o disminuir la vigilancia.

La actitud árabe parece estar basada en dos nociones anticuadas e irracionales. Primero, que es posible desatender a una sólida realidad creada frente a uno mismo. Segundo, que es posible en las actuales condiciones estrangular a un país o por lo menos perjudicarlo bloqueando sus fronteras. En ambos casos la falla es perjudicial para los mismos Estados Árabes. Porque Israel puede encontrar —ya ha encontrado, en la práctica—, fuentes alternadas de suministros que gustosamente hubiera comprado en las tierras árabes, así como también mercados para los productos que hubiera podido vender a sus vecinos.

Los Estados Árabes, por otra parte, no pueden encontrar substitutos para el mercado creciente que Israel les podía ha-

ber ofrecido para su beneficio. Su bloqueo no puede tener un efecto perjudicial para el desarrollo de Israel, puesto que el mar y el aire continúan libres. Realmente fue la aviación la que aseguró la supervivencia de Israel en su época crítica. Por esa razón, la situación de Pakistán habría sido insostenible durante la era anterior a la aviación.

En realidad, la ausencia de paz con la zona árabe del Medio Oriente, ha forzado a Israel a estrechar sus lazos con países lejanos. Estos contactos serán de gran utilidad para Israel aún mucho después de que sus relaciones con los países vecinos se hayan normalizado. Por lo tanto, lejos de debilitar a Israel, a la larga, los intentos árabes han fortalecido su inmunidad frente a los peligros del aislamiento.

Pero Israel no se halla en ningún modo ansioso de prolongar su actual situación. Por el contrario, se halla muy deseoso de alcanzar un acuerdo con sus vecinos árabes. Nuestra disposición a llevar a cabo negociaciones fué refirmada en la última Asamblea, aún ante los violentos abusos que caracterizaron a los ataques dirigidos en contra nuestra por algunos oradores árabes.

No es necesario recordar a Israel el problema de los refugiados árabes. Este problema, sin embargo, ha sido muchas veces el "caballo de batalla" de los Estados árabes. Si ellos no hubieran provocado la guerra, ni un solo árabe habría debido abandonar su lugar de vivienda. Los planes preparados por nosotros en 1948 para la instalación del Estado Judío, se hallaban basados sobre la idea definida de que éste comprendería a una considerable población árabe. Pero con esta guerra como argumento inmutable para basar nuestra experiencia, y frente a la importante transformación ocasionada en la estructura del país por el éxodo árabe, sería una locura suicida para Israel aceptar la pérdida de lo que la historia ha determinado. Las consideraciones más importantes sobre la seguridad vital de Israel prohíben actualmente la restauración del *status quo ante bellum*.

El retorno de los árabes a Israel no ha de servir a los intereses de la paz y la estabilidad en el Medio Oriente, ni ha de adelantar las bases de una amistad duradera entre Israel y sus vecinos o, a la larga, del bienestar de las masas directamen-



te afectadas. La pacífica evolución de las relaciones entre Grecia y Turquía, después del intercambio de sus respectivas minorías, es un precedente digno de tomarse en cuenta. Israel ya ha absorbido más de 300.000 judíos de los países árabes y musulmanes, incluyendo 120.000 del Irak y cerca de 50.000 del Yemen. ¿Puede ponerse en duda que estos procesos crean posibilidades para una mayor estabilidad y tranquilidad para todos los afectados por los mismos?

Lo mejor que les puede ocurrir a los refugiados árabes en 1952, será que les sea ofrecida una auténtica oportunidad a los organismos correspondientes de las Naciones Unidas para cumplir con su tarea de ubicarlos en hogares y en ocupaciones. Por nuestra parte estamos dispuestos a acoger con carácter permanente a los 20.000 desplazados árabes que viven en Israel, y permanece en pie nuestra oferta de pagar compensaciones por las tierras abandonadas por los árabes que huyeron.

La reciente Asamblea dejó el problema de un acuerdo general librado a la iniciativa de ambas partes. Si éstas desean recurrir a la ayuda de la Comisión de Conciliación, este cuerpo puede ser requerido a tales efectos. De todas maneras, las partes se hallan en libertad de negociar directamente. A la luz de la experiencia pasada, puede resultar muy útil interponer un período de pasividad de las Naciones Unidas, en la esperanza de que, sin la presión exterior, puedan prevalecer eventualmente las opiniones más sanas.

Recientemente ha aparecido una serie de informaciones provenientes de El Cairo, abogando por, y aún prediciendo una pronta iniciación de las negociaciones de paz. La sola aparición de tales informaciones en una atmósfera cargada de hostilidad trae nuevas esperanzas. Su efecto educativo no puede ser sino favorable; pero hasta dónde indican un cambio real de la situación, es aún muy temprano para juzgar.

Entretanto, los trastornos que convulsionan al mundo árabe, y la tormentosa tirantez de la situación mundial, crean una necesidad imperiosa para Israel de consolidar su posición física e internacional tan rápidamente como le sea posible. Nuestra genuina simpatía por las aspiraciones de total liberación de los países árabes, no puede hacernos cerrar los ojos frente a los peligros que entraña su presente hostilidad. Tra-

tamos de elevar nuestros ojos por sobre las borrascosas aguas de la controversia, y mirar hacia distantes horizontes de solidaridad y amistad. Existe un principio cardinal en nuestra política exterior, de buscar la integración de la región a la cual pertenecemos, sobre la base de la comprensión mutua y la buena vecindad, para la protección de los intereses nacionales de cada Estado y para el progreso de los intereses comunes de la región.

Al mismo tiempo debe aclararse que el lugar de Israel dentro de la familia regional, no puede ser el único factor determinante de su posición internacional. Su origen y su carácter difieren fundamentalmente de los de sus Estados vecinos. Su integración no puede ser lograda a expensas de su individualidad distintiva.

El reclamo de Israel de distintividad, que no debe ser confundido con una pretensión de superioridad, está basado sobre cuatro características fundamentales.

En primer término, la democracia. El espíritu y la práctica de la democracia son el verdadero aliento de la existencia de Israel. Es una tradición pública que se ha desarrollado durante un período de siete décadas. Nuestra sociedad ha evolucionado libre de dinastías y de rivalidades dinásticas, de jefes y de señores feudales; fenómenos sociales tales como las clases nobles, los privilegios de los acaudalados, las élites dirigentes, el clero poderoso, han estado completamente ausentes. Cada pequeña villa, cada humilde población ha sido desde el principio una unidad de autogobierno democrático. Los derechos femeninos y la dignidad del trabajo han sido los hechos cardinales de este orden social. A partir de estos pequeños comienzos, la substancia democrática de la vida de Israel ha alcanzado una estatura completa cuando nuestro surgimiento como Estado.

En segundo término, el progreso económico y social. Mientras que en los países vecinos deben discernirse poco más que los primeros amagos de una conciencia social, y de una actitud progresista hacia los problemas de la vida económica, tales hechos en Israel son la regla predominante. Uno de los defectos orgánicos del nacionalismo árabe, es que éste razona en términos de soberanía formal y poder político, antes que en

términos de progreso social y cultural y de responsabilidad pública en las cuestiones económicas. Para el nacionalismo árabe, la independencia es un fin en sí misma y no un medio del progreso humano. En Israel, tres generaciones de ardua labor pionera, han impuesto elevados niveles de valores económicos y sociales. Nuestra economía, sistema social y cultural nacional, han debido ser edificados a partir de sus mismos cimientos, con la colonización rural, el desarrollo urbano, la creación de industria y agricultura modernas a partir de comienzos rudimentarios, el renacimiento de una lengua, el desarrollo de un sistema escolar, en pocas palabras: hemos suplido durante mucho tiempo nuestras necesidades sociales, económicas y culturales con nuestros propios esfuerzos y sin contar con la ayuda del gobierno. Esta es una tradición que el Estado ha heredado y que lleva adelante ahora. Este es el espíritu que los veteranos pioneros tratan de inculcar en las masas de los nuevos inmigrantes.

En tercer lugar, la ayuda mundial. El cumplimiento de la tarea emprendida por Israel es inalcanzable sin una gran medida de asistencia internacional, de la cual los Estados Unidos son hoy tan generoso y efectivo agente. El desarrollo de Israel es una necesidad urgente. Y no es simplemente una cuestión de fondo. No menos importante es la capacidad de extraer el tesoro del conocimiento y la experiencia del mundo. Esta dependencia de países capaces y deseosos de ayudarnos, crea para Israel un sistema de relaciones que le es peculiar.

Por último, la conexión con el pueblo judío. De las cuatro, ésta es la consideración más básica y de mayor alcance. En este aspecto, Israel es verdaderamente única entre todas las naciones del mundo. Ha nacido por los esfuerzos y la preocupación de todo el pueblo judío. No exige obligaciones políticas ni impone deberes constitucionales a ningún judío que viva fuera de sus fronteras. La adhesión espiritual de los judíos de todas partes hacia Israel, y la responsabilidad que Israel siente por el buen nombre, el bienestar y la seguridad de las comunidades judías en otros países, son hechos cardinales de la historia judía contemporánea, que influye profundamente sobre la concepción de Israel de su misión y no pueden menos que dejar su huella en su orientación internacional. Aparte de este

aspecto vital de nuestra posición, aunque hemos retornado a nuestro hogar ancestral en un rincón del Asia, y reclamamos nuestro lugar exacto en la familia del Medio Oriente, y en el más amplio círculo de los pueblos asiáticos, no podemos desprendernos de la herencia cultural que resulta de siglos de peregrinación por otros continentes y, en particular de nuestra íntima conexión con el mundo de la civilización europea. No nos proponemos deshacernos de nuestras asociaciones universales, de carácter judío y general. Estas forman tan gran parte de nuestra vida como nuestro mismo antiguo origen geográfico.

Estos son los factores que a primera vista complican, pero en realidad esclarecen la verdadera naturaleza de nuestra posición regional e internacional. Estamos profundamente ansiosos de defender nuestra democracia, y agudamente preocupados por la indivisibilidad de la lucha mundial por la democracia futura. Pero creemos que este interés fundamental es completamente compatible con los dictados de nuestro destino peculiar, y nos sentimos con el derecho de reclamar la comprensión internacional por los hechos incontestables de nuestra existencia.

Tal comprensión la buscamos en todas partes, y por algunas razones especiales esperamos encontrarla aquí, en Gran Bretaña. Porque fué este país el que, en un momento crucial, ejecutó el primer acto en la historia de las reparaciones internacionales al tan atormentado pueblo judío. Esta capacidad de visión de un hombre de Estado nunca ha de ser borrada de los anales judíos. Puede ser una ironía de la historia el que, así como la Declaración Balfour en 1917 ayudó a colocar los cimientos del Estado judío, la negación de esta política, iniciada en 1939 y proseguida hasta 1947, apresuró, por repercusión, la consumación de este ideal.

Nos volvemos a encontrar, esta vez sobre las bases de la igualdad soberana. Viejos lazos han sido destruidos; nuevas conexiones, libres de los efectos corruptores de la supremacía y la independencia, se están desarrollando. De la dedicación común a los ideales del progreso, la libertad y la democracia, la nueva asociación ha de extraer sus fuerzas vitales.

# ISRAEL Y LAS CALUMNIAS DE PRAGA

Declaraciones formuladas en el Knéset,  
en nombre del gobierno, el 22 de noviembre  
de 1952.

Todo el mundo se sintió, en estos días, sorprendido y conmovido ante el repugnante espectáculo, en forma de proceso, que esta vez se representa en el escenario judicial, Checoslovaquia. Dirigentes de un partido y conductores de un régimen, que recién ayer o antes de ayer estaban al frente de sus compañeros, que fijaban la política del país y gobernaban su destino, han sido presentados hoy a la opinión pública como una banda de traidores, mentirosos y embaucadores.

Lo que extraña sobremanera, es que los acusados simulan que el acusarse a sí mismos les causa gran alegría y se confiesan culpables, a viva voz, de cada cosa desagradable y repugnante que les atribuye el Acta de Acusación.

El espectáculo de suicidio moral y autodesprecio irrita a cualquiera que cree en la santidad y fuerza moral de la personalidad humana. El desvergonzado espectáculo, en un cierto aspecto, es único en su especie; la mayoría de los acusados son judíos y el fiscal se empeñó en subrayar su origen y en insistir en él al hablar de la serie de delitos imaginarios que ellos habrían cometido. El Acta de Acusación, la marcha del proceso y su desmesurada difusión en los diarios oficiales checos, están impregnados de contenido antisemita. La escenificación del proceso se realizó recurriendo a la alharaca propagandista y a la incitación antisemita, siguiendo todo el estilo de la tradición nazista. El fiscal pintó un cuadro oscuro de

intenciones criminales, actos inamistosos y destructivos que habrían planeado o que supuestamente realizaron los judíos enemigos de la nación checoslovaca. La acusación no se limitó a ensombrecerlos como judíos, sino que quiso ensuciarlos como sionistas. Le pegó una etiqueta sionista a personas que nunca fueron sionistas, y algunas de ellas, en cambio, persiguieron con rencor ilimitado al sionismo. Maculó y ensombreció a todo el movimiento sionista —el movimiento de liberación que retorna al pueblo judío a su patria— como un instrumento que incita a la guerra, integrado por espías que minan los fundamentos del régimen checoslovaco, tienden a asolar el país y aprovechan el patrimonio de sus ciudadanos para sus objetivos. Llamó robo al intento de los judíos que se salvaron del infierno nazi, de querer recuperar una parte insignificante de los inmensos bienes que les fueron saqueados a los judíos checos. ¡Aprisionó en sus redes a ciudadanos israelíes que se esforzaban por servir los intereses de Checoslovaquia y sus aliados, y les acusó de derrotismo y actos de sabotaje, cosas que carecen por completo de fundamento! Por último, echó lodo sobre ministros israelíes y sus representantes autorizados, y los transformó en aliados de los enemigos internos de Checoslovaquia, en aliados de los que quieren derrumbar el orden y hacen peligrar su seguridad.

El gobierno de Israel no cree necesario negar esos "hechos" inventados y esas calumnias contra sus integrantes o emisarios, los que fueron creados por la extraordinaria fantasía de la policía secreta del Estado checo y del procurador. Todas esas patrañas se desvanecen solas a la luz de la lógica más simple. La mentira contenida en ellas es visible para todos, y todo se ve desbaratado por los hechos claros.

Israel tuvo siempre una sincera simpatía por el pueblo checoslovaco. Israel quería relaciones amistosas estables con el Estado checoslovaco existente. Durante su Guerra de Liberación, Israel recibió de Checoslovaquia ayuda de mucha importancia, y pagó por esa ayuda el precio total. Eso se hizo con el conocimiento de los dirigentes autorizados del Estado checo y, entre ellos, también algunos que ocupan todavía hoy cargos directivos en su gobierno. Israel, en cierto momento, firmó un convenio comercial con Checoslovaquia, en condi-

ciones que ambas partes consideraron aceptables. Israel acogió a miles de judíos a quienes oficialmente se permitió salir de Checoslovaquia, donde dejaron la mayor parte de su fortuna. Según las estipulaciones del convenio comercial, Israel pagó un pequeño porcentaje de la importancia de Checoslovaquia con una parte limitada de bienes de *olim*. Ninguna de estas actividades se realizó en secreto, sino a la vista de todos. No como una conspiración desde atrás de los bastidores, sino en negociaciones oficiales honestas, realizadas por representantes de ambos Estados; no mediante astucias para aprovecharse de una debilidad simulada, o para sabotear la economía del "partenaire", sino para el beneficio mutuo que acordaron ambos Estados. Los representantes de Israel nunca fueron agentes o espías de un Estado foráneo, y sólo aquellos para quienes el espionaje y el trabajo destructivo de zapa son procedimientos legales, pudieron atribuir a esos representantes tal infamia y hacerles esas falsas acusaciones. Sólo aquellos que consideran las relaciones internacionales como tramas de planes criminales que se tejen en secreto, pudieron creer capaces a los ministros israelíes de confabulaciones tan horribles, que provocan la carcajada de cualquier persona inteligente en los países libres. Todas las infamias que el fiscal quiso endilgar a los voceros de Israel, caen sobre los propios difamadores. Si en toda esta vergonzosa patraña hay algo aleccionador, ello es la bajeza espiritual y personal de sus gestores.

La historia dictó su veredicto sobre los regímenes que necesitan de la agitación antisemita para desviar la atención de las masas de su vida difícil y los fracasos de sus gobiernos, y que buscan orientar el odio y el descontento contra los judíos, que sirven como víctima propiciatoria. La liberación de Checoslovaquia de los verdugos hitleristas está siendo humillada ante todo el mundo, por el afán de resucitar en la Checoslovaquia liberada su espíritu inmundo.

El proceso provocador amenaza a los judíos en Checoslovaquia y en los países vecinos. Busca comprometer a sus ojos al Estado judío y desea desarraigar de sus corazones el orgullo de ser judíos. Quiere hacerlos odiosos a los ojos del pueblo y justificar anticipadamente toda discriminación y persecución de la que serán víctimas.

En esta hora estamos, de corazón, con nuestros hermanos judíos, que han sido arrancados del cuerpo de nuestra nación. Fueron aislados de todo contacto viviente con el Estado de Israel y las demás partes del pueblo judío y están obligados a cargar con su destino en el aislamiento y el encierro. Es posible que nuestra voz no llegue hasta ellos; pero toda nuestra preocupación y miedo es por ellos, por su vida y su porvenir.

Nuestro pueblo ha sido favorecido con una larga memoria. Nunca olvidará al que le ayuda en la desgracia y, particularmente, recordará toda ayuda y todo apoyo en favor de su salvación e independencia. El proceso de Praga arrojó una mancha oscura y turbia sobre el maravilloso capítulo de amistad entre el pueblo judío y el checo. Arrojó un lastre muy pesado y triste sobre la memoria del pueblo judío.

## INDICE

	<i>Pág.</i>
La bandera de Israel en las Naciones Unidas . . . . .	7
Ingreso de Israel en las Naciones Unidas . . . . .	9
El reconocimiento de Israel . . . . .	17
Propuesta de Israel sobre Jerusalén . . . . .	39
Por Jerusalén, no descansaré . . . . .	55
Admisión de nuevos miembros . . . . .	71
El conflicto de Corea . . . . .	81
La solución del problema coreano . . . . .	87
Israel y la guerra en Corea . . . . .	95
Sobre la paz en Corea . . . . .	105
Los refugiados árabes e Israel . . . . .	111
Paz entre Israel y los Estados árabes . . . . .	127
Al servicio de nuestro destino . . . . .	141
Israel y el judaísmo norteamericano . . . . .	171
Política exterior de Israel . . . . .	189
Rectificando falsedades . . . . .	203
Uno de los problemas de Israel: la producción . . . . .	215
Israel y las calumnias de Praga . . . . .	225

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE  
IMPRIMIR EL 30 DE MARZO  
DE 1953, EN LOS TALLERES  
EL GRÁFICO, IMPRESORES,  
SAN LUIS 3149, BS. AIRES